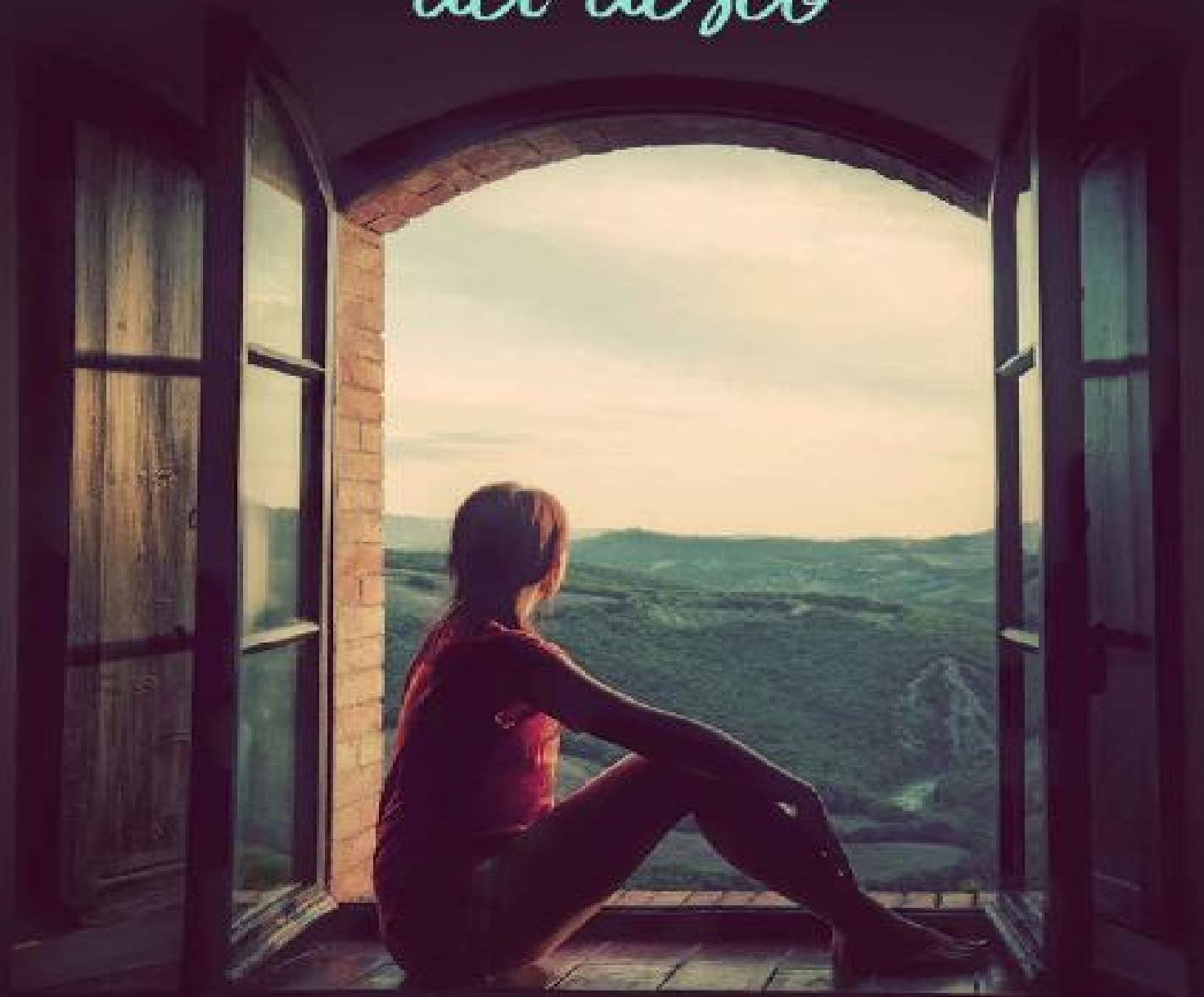


*En las profundidades
del deseo*



LAUREY BRIGHT



e lit

e^{lit}

EN LAS PROFUNDIDADES DEL DESEO

LAUREY BRIGHT



 HARLEQUIN™

Índice

[En las profundidades del deseo](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 16](#)

Sinopsis

UNA ATRACCIÓN excitante... y peligrosa.

Le habían robado, la habían atracado, casi la habían atropellado... y encima tenía que luchar contra la atracción que sentía hacia su nuevo jefe. Cuando Sienna Rivers se alistó en la expedición arqueológica de Rescate de Tesoros del Pacífico, no imaginaba que estuviera poniendo en peligro su vida... ni arriesgándose a perder su corazón por un hombre como Brodie Stanner.

El experto buceador no pudo evitar la atracción por aquella mujer tan hermosa e inteligente. Sabía que sus perseguidores no la dejarían hasta conseguir la valiosa información que poseía. Decidido a proteger a la obstinada arqueóloga, Brodie se mantuvo a su lado y pronto la tuvo en sus brazos... y en su cama. Pero cuando el peligro volvió a surgir, las vidas de ambos se vieron amenazadas por culpa del poderoso deseo que compartían.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Daphne Clair De Jong
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
En las profundidades del deseo, n.º 53 - julio 2018
Título original: Her Passionate Protector
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-740-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

UN ESQUELETO humano no era un hallazgo inesperado bajo el mar, cerca de un barco hundido, y tampoco era el primero con el que tropezaba Brodie Stanner. Pero cuando vio los blancos huesos de las costillas entre la arena, y un pez pequeño y brillante saliendo de la cuenca de un ojo, sintió un escalofrío.

Hacía apenas veinte minutos, con su compañero de buceo Rogan Broderick, había saltado al océano Pacífico desde la cubierta del *Bribón del Mar*. El arrecife brillaba con los colores del arcoiris, y corales y esponjas se apiñaban en una mezcla de fantásticas formas. Rogan se hallaba a su lado, dejando detrás una estela de burbujas. No tardaron en descubrir la silueta del barco, festoneado de algas, a medias cubierto por un manto de arena.

Intentaron remover la arena del casco con la esperanza de que el nombre del buque aún resultara visible, pero no habían hecho grandes progresos cuando Rogan le indicó por señas que debían volver a subir.

La corriente era más fuerte de lo que había pensado Brodie en un principio, hasta el punto de que los había arrastrado unos metros hacia el arrecife. Fue entonces cuando vio el esqueleto, al pie de la barrera coralina. La parte inferior estaba enterrada o desaparecida, pero el costillar permanecía intacto, así como el cráneo de macabra sonrisa. Cuando se detuvo para observarlo, distinguió un brazo entre la nube de minúsculos granos de arena.

Después de un último examen, subió a reunirse con Rogan en el primer nivel de descompresión, en el cable de la boya. Y continuaron

el ascenso, deteniéndose en los siguientes niveles para eliminar progresivamente el nitrógeno de la sangre, cuyos efectos podían resultar mortales. Una vez a bordo, Brodie se quitó el respirador de la boca y le preguntó a su compañero:

—¿Has visto el esqueleto?

—El *Maiden's Prayer* se hundió con todos sus tripulantes — comentó Rogan mientras dejaba su bombona en cubierta—. Es probable que encontremos más. Aunque también es posible que tu esqueleto no proceda de este naufragio en particular. En este arrecife naufragaron muchos barcos, sobre todo antes de que fuera convenientemente cartografiado. El hecho de no aparecer en las antiguas cartas marinas lo convirtió en una trampa mortal.

Los legendarios clippers del siglo XIX, cargados de mineros que regresaban a América con su cargamento de oro australiano, habían carecido de los sofisticados instrumentos de navegación actuales. El *Maiden's Prayer* no era el único buque que había desaparecido sin dejar rastro, con su tesoro enterrado en el fondo del mar.

Con ayuda del sonar, Brodie y Rogan terminaron de calcular la ubicación exacta del pecio, así como de los pocos objetos que habían encontrado. Rogan había descubierto el buque varios meses atrás, y ambos amigos se habían embarcado en aquel viaje con la intención de demostrar que se trataba realmente del *Maiden's Prayer*.

Mientras saboreaba un cangrejo en la cubierta del *Bribón del Mar*, Rogan comentó:

—La primera vez que bajé no tuve tiempo de hacer una inspección detenida, pero recogí unas cuantas monedas y joyas, además de varios aparejos del barco. La verdad es que ahora pensaba encontrar mucho más —desvió la mirada hacia la barra de arena con palmeras que cubría el arrecife.

—Quizá encontraste todo lo que quedaba en la superficie. Las tormentas y los ciclones suelen remover mucho el fondo.

—Es verdad —asintió, decepcionado—. Espero que los furtivos no se lo hayan llevado todo, mientras nosotros estábamos ocupados con los derechos legales de la exploración.

—Desde que llegamos no hemos visto ningún otro barco. Y si

algún pescador o algún buceador ha tenido la suerte de encontrar algunas piezas sueltas por los alrededores, no creo que haya accedido al pecio. Se necesita un equipo profesional de buceo, y tú sabes perfectamente lo que cuesta conseguir uno.

—Cierto —convino Rogan mientras chupaba una pata de cangrejo—. Incluso si la localización del pecio hubiera sido filtrada, el saqueo habría sido pequeño. Bueno, mañana será nuestra última inmersión.

—Sí —se sonrió Brodie, consciente de que su amigo tenía que estar de vuelta en el puerto para casarse—. Será mejor que llegues a la iglesia a tiempo.

A la mañana siguiente se sumergieron temprano. Encontraron un par de monedas y algunas botellas de vidrio, que podían servirles para datar el pecio, hasta que Brodie distinguió un objeto curvo, verde, metálico, casi invisible bajo la arena. Lo desenterraron juntos y lo subieron a la superficie. Era una campana de barco, medio cubierta de corales y esponjas fosilizadas.

—¡Eureka! —exclamó Rogan cuando leyó la inscripción que figuraba en el borde—: *Maiden's Prayer*. Mi padre tenía razón. Ya tiene su tesoro. Volvamos a casa. Pero no se lo digas a nadie...

Brodie se había quedado ensimismado contemplando su hallazgo. De pronto alzó bruscamente la mirada.

—Antes quiero echarle otro vistazo a ese esqueleto.

—Claro. Como quieras.

Tardaron bastante en encontrar el lugar donde estaba medio enterrado. Para entonces ya casi estaban obligados a subir a la superficie. Brodie volvió a hallarse frente a aquel par de cuencas vacías, de mirada muerta. Miró en el interior del cráneo. Había arena dentro. Pero también distinguió algo más. Quitándose los guantes de goma, introdujo dos dedos en la órbita ocular y sacó un pequeño objeto de brillo apagado.

Una bala.

Capítulo 1

LA LUZ del sol se filtraba por el alto ventanal de la capilla marinera de Mokohina. El insistente rumor del mar se mezclaba con las voces de los novios mientras pronunciaban sus votos.

En la segunda fila de bancos, Brodie admiraba la melena rizada de la dama de honor de la novia, coronada por una diadema de flores, y la fina y delicada curva de su cuello. El contraste de su cutis cremoso con el color de su pelo, de un color castaño rojizo, le daba cierto aire de vulnerabilidad. Sentía curiosidad por ver su rostro. No la había visto bien cuando precedió a Camille de camino al altar.

En realidad su atención se había visto atraída por el fulgor de los ojos de Rogan, cuando estaba esperando a su novia al pie del altar. La violenta emoción que había visto en su mirada lo había dejado paralizado, casi consternado. Le había removido sentimientos que creía enterrados, dejándole incluso en la boca un sabor parecido al de... la envidia.

El matrimonio era algo en lo que nunca había pensado seriamente. Y estaba seguro de que Rogan tampoco hasta que conoció a Camille, una deslumbrante belleza de cabello castaño y ojos verdes, con una figura de modelo, capaz de debilitar la voluntad de cualquier hombre.

Cuando la ceremonia terminó y Granger, hermano de Rogan y padrino de boda, le ofreció su brazo a la dama de honor, Brodie pudo por fin ver su rostro. Un cutis traslúcido que le recordaba el esmalte nacarado de una perla. Unas cejas finas y bien delineadas, unos ojos de color castaño dorado, largas pestañas... Y una boca deliciosa, de

labios llenos, hecha para ser besada. Por un instante creyó vislumbrar una sombra de tristeza en su mirada, un brillo sospechoso. Tuvo que recordarse que las mujeres solían llorar en las bodas.

Mientras la observaba, una leve sonrisa se dibujó en aquella boca tan seductora. No era una sonrisa tan radiante como la de la novia, pero resultaba igualmente cautivadora. Recorrió entonces su figura con la mirada. Era delgada, de bonitas curvas y senos bien redondeados... Su corto vestido de seda revelaba unas piernas espectaculares, bien torneadas, de tobillos finos que fácilmente habría podido rodear con una mano. Al imaginarse aquella escena, algo más que una simple punzada de curiosidad le removió la sangre. Algo más que un puro deseo carnal. Y absolutamente inconveniente teniendo en cuenta que se encontraba en una iglesia...

El banquete nupcial se celebró en el salón privado de un lujoso hotel cercano, un hermoso edificio blanco, de madera blanca, herencia del pasado colonial de Nueva Zelanda. Después de la cena y de los brindis, los novios cortaron la tarta y la dama de honor se dedicó a repartirla entre los cerca de cincuenta invitados que abarrotaban la sala.

Brodie seguía atentamente todos los movimientos de la dama de honor. De hecho, no había dejado de mirarla desde que se sentó a la mesa con Camille y Rogan. Aparte de la novia, era la mujer más hermosa de la fiesta, y al mismo tiempo la más fascinante y enigmática. Mantenía una expresión agradable pero levemente distante, que sólo se iluminaba cuando hablaba con la novia, mientras continuaba repartiendo porciones de tarta.

Cuando llegó el turno de Brodie, le lanzó una rápida sonrisa y una mirada penetrante, como si pudiera leerle el pensamiento, antes de bajar la vista al plato que estaba sirviendo.

—No nos conocemos. Me llamo Brodie... Brodie Stanner —se presentó mientras recogía el plato—. Y tú eres Sienna Rivers, la arqueóloga que ha estado examinando las piezas que rescató Rogan.

Parecía sorprendida de que la conociera.

—Sí, fue un favor que me pidió Camille —explicó, recelosa.

—Ya. Trabajas con ella en la universidad, ¿no?

—Camille trabaja en el Departamento de Historia de Rusden, pero a finales de este semestre se incorporará a la empresa de rescate de tesoros de Rogan —lo dijo con un tono de desaprobación. O quizá de decepción. Dándole la espalda, murmuró—: Y ahora, si me disculpas...

Y continuó repartiendo porciones de tarta, esbozando aquella agradable pero a la vez distante sonrisa carente de todo entusiasmo.

La mayor parte de las mujeres encontraban muy atractivo a Brodie, con su cuerpo fibroso, bronceado. Tenía los ojos de un azul claro, la mandíbula cuadrada, de mentón hendido, y el cabello espeso y rubio, decolorado por el sol. De manera que el evidente desinterés de Sienna, y el hecho de que no le hubiera caído nada bien, le hizo preguntarse si sería culpable de tener un ego demasiado inflado.

Al otro lado de la sala vio a Granger quitarle a Sienna el plato de las manos y entregarle una copa de vino. Aquella atención sí que pareció ser de su gusto. Y por segunda vez en aquel día, Brodie no pudo menos que envidiar a los hermanos Broderick.

Apartando la mirada, se fijó en una joven rubia, de estatura pequeña, muy hermosa. La estimulante sonrisa que le lanzó, y la forma que tenía de abanicar las pestañas, lo convencieron de que estaba interesada en él. Así que, devolviéndole la sonrisa, Brodie no dudó en ir a su encuentro.

Granger Broderick acababa de quitarle el plato de las manos. Una vez sola, Sienna se volvió para contemplar la sala. La copa que sostenía en la mano era una excusa para tener que dejar de sonreír constantemente, y poder así relajar los músculos faciales. Bebió un sorbo de vino.

El hermano de Rogan estaba ejerciendo su papel de anfitrión con una impecable cortesía y un cierto distanciamiento que resultaba infinitamente reconfortante. Todo lo contrario del descarado interés que le había demostrado el hombre de los ojos azul cielo. Se preguntó si las mechas rubias de su cabello castaño serían teñidas. Aunque no daba en absoluto la impresión de ser un hombre vanidoso, evidentemente era un hombre consciente de su propio

atractivo.

Se dedicó a observar a los invitados. Camille y Rogan iban de uno a otro, solícitos. Brodie se había retirado al otro extremo de la sala y estaba charlando con una joven rubia que parecía disfrutar mucho con sus atenciones. Tomó otro sorbo de vino, recordándose que no debía beber mucho después de lo poco que había comido en la cena. Su apetito aún no se había recuperado de la intoxicación por la que tuvieron que hospitalizarla apenas unas semanas atrás, seguida de un ataque de gripe que había retrasado su convalecencia. Incluso había dudado que pudiera asistir a la boda.

De repente el ambiente de aquella enorme sala le resultó agobiante, opresivo. Quizá lo del vino no había sido una buena idea, después de todo. O tal vez llevara demasiado tiempo de pie. No había ninguna silla libre cerca. Maldiciendo aquel permanente estado de debilidad, dejó la copa en una mesa y de inmediato se vio asaltada por una náusea.

Lanzando un rápido vistazo en busca de una ruta de escape, descubrió unas puertas dobles que llevaban al jardín del hotel. Había una mesa con sombrilla en el césped. Se apresuró a dirigirse hacia allí.

Pero las puertas no se abrían, y sintió una momentánea punzada de pánico. Lo último que quería era desmayarse en la boda de su amiga... De repente alguien la sujetó de la cintura al tiempo que abría la puerta con decisión. Una deliciosa brisa marina le acarició el rostro, haciendo ondear su pelo. Segundos después, cuando trastabillaba sobre el césped, sostenida por un fuerte brazo, una voz le preguntó con tono urgente:

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mintió débilmente, agradecida de poder sentarse en una silla. Apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza. Cuando volvió a levantarla, vio a Brodie Stanner sentado frente a ella, mirándola preocupado.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, estoy bien —o al menos lo estaría al cabo de un par de minutos—. Gracias.

—Conque bien, ¿eh? —la expresión de preocupación se trocó en otra de incredulidad—. Pues estás terriblemente pálida.

—Hacía calor dentro. Me recuperaré en un momento.

—¿Estás a dieta o algo así?

—¡En absoluto!

—No has comido casi nada.

—No tengo apetito —¿acaso la había estado vigilando durante la cena?

—¿Por qué no?

—Últimamente he estado algo enferma, nada grave. Ya estoy bien, es sólo que no tengo mucho apetito.

—Pensé que te ibas a desmayar.

Sienna se recordó que, afortunadamente, eso no había sucedido... gracias a él. Consciente de su inevitable tendencia a la gratitud, pronunció:

—Has sido muy amable al abrirme la puerta, muchas gracias, Pero ahora que ya estoy bien, ¿por qué no vuelves con tu... amiga?

Por un instante la miró sin comprender.

—Acabo de conocerla ahora mismo. No creo que me eche de menos.

Sienna lo dudaba. Aquella joven rubia se había mostrado muy poco inmune a sus encantos masculinos.

—Estoy perfectamente, de verdad.

Brodie extendió una mano y le acarició levemente una mejilla. Una oleada de calor la anegó por dentro, provocándole un estremecimiento de placer.

—Has recuperado un poco de color, pero aún estás pálida.

—Soy pálida por naturaleza —protestó Sienna.

—Tienes un cutis espléndido.

—Gracias —repuso sin pensar, fingiendo no ver la mirada de curiosidad que le lanzó—. Disculpa, pero tal vez Camille me necesite para algo.

Aquel hombre era demasiado atractivo. Por experiencia propia, Sienna sabía lo fácil que era ceder a los cumplidos y a las atenciones. Especialmente cuando procedían de alguien tan seductor, con aquel

cuerpo tan fantástico... Empezó a levantarse de la silla.

Pero inmediatamente Brodie le puso una mano sobre la suya, reteniéndosela contra la mesa, y señaló el salón con la cabeza.

—En este momento, Camille no necesita a nadie que no sea Rogan. Todavía están hablando con sus invitados. Deberías descansar un poco. Supongo que no querrás marearte de nuevo.

Tenía razón. Incluso la brusquedad con que se había levantado la había dejado un tanto aturdida. Intentó retirar la mano, pero él no se la soltó, mirándola a los ojos en todo momento.

—Relájate —le dijo con tono tranquilo—. Y dime si necesitas algo. ¿Un vaso de agua? ¿Un refresco?

—No quiero nada, de verdad.

Por fin le había soltado la mano. Manteniendo la calma, Sienna desvió la mirada hacia la banda de mar azul que se distinguía al otro lado de la carretera, con las siluetas de los barcos anclados en el muelle. Por hacer conversación, comentó:

—Mokohina es un pueblo muy bonito.

—A mí me gusta.

—¿Vives aquí?

—He corrido algo de mundo, pero aquí es donde mejor me encuentro. Soy el propietario de la tienda de buceo.

Debió haber adivinado que era un buceador. No era tan alto como Rogan pero tenía su misma corpulencia, y el aspecto de un hombre que había pasado gran parte de su vida en el mar.

—¿Estás emparentado con los Broderick? —pensó que tal vez fuera primo suyo.

—No, pero Rogan y yo somos amigos desde que estudiábamos en el colegio. Estoy seguro de que cuidará bien de Camille. No tienes por qué preocuparte.

Se volvió para mirarlo. ¿Cómo había podido saber que estaba preocupada por su amiga, ya que se había enamorado de un hombre que, en su opinión, no era el adecuado para ella? Un hombre que, según había admitido la propia Camille, era la antítesis de su ideal.

—¿No hay ninguna noticia nueva sobre los objetos robados del pecio? —le preguntó de repente Brodie.

Sienna supuso que, si tan amigos eran, era lógico que contara con la plena confianza de Rogan. Le habían pedido que mantuviera la máxima discreción acerca de las monedas y las joyas antiguas que le habían sido confiadas. Cuando Camille recurrió a sus servicios, Sienna tuvo que explicarle que tendría que contárselo a alguien del departamento de arqueología si quería utilizar el equipo de la universidad, pero que no se lo diría a nadie más. Por lo visto, Brodie también estaba al tanto de lo ocurrido.

—Al parecer la policía no tiene ninguna pista.

Se sentía culpable por el robo, aunque tanto Camille como Rogan se habían mostrado muy comprensivos. No era culpa suya que el laboratorio hubiera sido asaltado cuando ella se hallaba convaleciente de aquella intoxicación en el hospital. Afortunadamente, antes había tenido la precaución de sacar fotografías de los objetos.

No era lo único que se habían llevado los ladrones. Las alumnas de Sienna habían estado excavando un yacimiento recientemente descubierto. Se trataba de un pueblo amurallado de los maoríes, que había sido defendido de una invasión de colonos por sus guerreros tatuados. Las excavaciones habían sacado a la luz adornos de jade y hueso de un valor inestimable. Un material que también había desaparecido.

—No se ha recuperado nada —le dijo a Brodie.

—Bueno, supongo que lo principal del tesoro está por descubrir —repuso Brodie—. Y Rescate de Tesoros del Pacífico retomará los trabajos tan pronto como esté listo el equipo de buceo. Y a ser posible antes de que alguien se nos adelante.

Aunque los Broderick se habían esforzado por mantener en secreto su descubrimiento y se habían negado a hablar con los medios de difusión, todo el mundo sabía que el *Bribón del Mar* había encontrado un barco hundido, y el rumor sobre los planes de la nueva compañía se había extendido.

Sienna se mordió una uña, frunciendo el ceño. A pesar de la seguridad que Camille le había dado de que el tesoro sería recuperado con el debido respeto a su valor histórico, no estaba muy

segura de que su flamante marido no la estuviera engañando. Al parecer, el padre de los Broderick había estado obsesionado con encontrar el tesoro hundido, y Rogan se había propuesto seguir sus pasos.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó Brodie, curioso.

—Tengo mis dudas acerca de la empresa de Rogan. Mucho me temo que está estropeando un yacimiento de valor histórico.

—¿Acaso quieres que ese barco se quede en el fondo del mar, intacto, hasta que se pudra?

—Me gustaría tener la seguridad de que ningún objeto de valor arqueológico se eche a perder por culpa de la ignorancia. O de la avaricia.

Brodie arqueó las cejas.

—¿No te basta con las seguridades que te ha dado Camille? Es investigadora oficial, y una reputada historiadora.

—¡Pero está enamorada! Y eso suele nublar el buen juicio de la gente —cuando Brodie le lanzó una mirada interrogativa, se apresuró a añadir—: Estoy convencida de que sus intenciones son buenas, pero la arqueología no es su especialidad y...

—Y tienes miedo de que Rogan la influya —Brodie parecía levemente divertido—. ¿Es que no te das cuenta de que ese hombre está loco por ella? Haría cualquier cosa por Camille.

—Tal vez eso no dure mucho —sintió una punzada de amargura, que logró disimular.

—Eres demasiado joven para ser tan cínica... ¿Qué edad tienes? ¿Veinticinco años?

—Veintisiete. Pero la edad no tiene nada que ver. Simplemente soy realista.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—Por supuesto —algo se le removió por dentro—. ¿Tú no?

Brodie desvió la mirada. Su expresión se enfrió de repente.

—De esa manera... no.

Sienna se volvió para ver lo que había llamado su atención. Las figuras de Camille y de Rogan se recortaban en el umbral iluminado, abrazadas. Aquella imagen consiguió emocionarla, y se le hizo un

nudo en la garganta. Acababan de besarse tiernamente en los labios.

—¿No crees que eso durará? —le preguntó Brodie.

Volviéndose de nuevo hacia él, se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Lo único que digo es que yo no contaría con ello —por el bien de Camille esperaba sinceramente que no fuera así, pero la experiencia la había vuelto muy cauta.

La mirada de Brodie se tornó de pronto penetrante, como si le estuviera leyendo el alma.

—¿Quieres apostar?

—Yo no juego.

—No me extraña.

Sienna no respondió a aquel despectivo comentario. En lugar de ello, concentró su atención en los barcos anclados en el muelle.

—¿El *Bribón del Mar* es uno de aquéllos?

Camille y Rogan pensaban pasar una corta luna de miel a bordo de su barco, antes de equiparlo debidamente para las inmersiones de rescate.

—Es el que está más lejos, en el extremo de la bahía. En el antiguo embarcadero.

Sienna asintió con la cabeza. Luego se dispuso a levantarse. Esa vez Brodie no la detuvo.

—Bueno, gracias por la conversación —pronunció con tono distante, mientras él también se levantaba.

Su mirada interrogante parecía dudar de su sinceridad. No la siguió cuando se dirigió al salón. Para entonces, Camille y Rogan ya habían desaparecido.

—Creo que voy a subir a cambiarme pronto —la informó Camille poco después—. ¿Qué te pasa? Estás algo acalorada.

—Estoy bien. Es que he estado sentada un rato al sol —mintió, ya que Brodie se había ocupado de sentarla debajo de una sombrilla.

—Oh, sí. Granger salió en tu busca, pero me aseguró que Brodie te estaba cuidando bien...

—¡Yo no necesito que me cuiden!

Camille sonrió ante su vehemencia.

—Bueno, no puedes negar que tienes un aspecto frágil. Y eso hace

aflorar el instinto protector en los hombres...

—Por lo que a mí se refiere, que se guarden ese instinto.

Hacía mucho tiempo que Sienna había aprendido que no había seguridad alguna en los brazos de un hombre. Y que, a la hora de cuidarse, solamente se podía confiar en una persona: ella misma.

—Hace solamente dos semanas que saliste del hospital. Si no hubieras podido hacer de dama de honor, me lo habrías dicho, ¿verdad?

—Para mí ha sido un placer, Camille. No quería perderme tu boda —aunque en realidad su placer se mezclaba con una profunda preocupación por su amiga. Hasta el momento no se había atrevido a expresarle sus temores.

Subieron las escaleras y Camille cambió su vestido de novia por una blusa de algodón y unos cómodos pantalones. Poco después la mayor parte de los invitados se trasladó al puerto para despedir a los recién casados en su viaje de luna de miel, a bordo del *Bribón del Mar*. Mientras el barco se alejaba lentamente, en medio de una lluvia de serpentinas, Camille lanzó su ramo de flores al muelle. Sienna retrocedió un paso, reacia a tocarlo, pero Granger lo recogió del suelo. Cuando se lo ofreció con una sonrisa, ya no pudo negarse a aceptarlo.

De regreso en el hotel, Granger le comentó:

—He reservado una mesa aquí para las siete y media. La madre de Camille y algunos más se reunirán con nosotros.

Se mostró de acuerdo, consciente de que atender a Mona Hartley era una de sus responsabilidades como dama de honor.

—Voy a subir a cambiarme. Nos veremos en el comedor.

En el cuarto de baño, se cepilló cuidadosamente el cabello. De su maleta sacó una falda sencilla color ocre y un top sin mangas color crema, bordado con cuentas de ámbar. Satisfecha de su aspecto, bajó de nuevo. Al pie de las escaleras vio a Brodie.

Llevaba el cuello de la camisa abierto y la chaqueta colgada al hombro. Había un inequívoco brillo de admiración en sus ojos azules.

—¿Lista para la cena? —le preguntó.

—Voy a cenar con Granger.

—Ya lo sé. Yo también —replicó, acompañándola al comedor—. Me ofrecí a esperarte.

No se había retrasado, pero cuando entraron, ya había dos mujeres sentadas a la mesa, con Granger. La madre de Camille y una mujer de mediana edad llamada Mollie Edwards.

Mona parecía malhumorada, algo habitual en ella. Mollie había sido una buena amiga del difunto padre de Rogan y también lo era de Granger. En un intento por ignorar la presencia de Brodie a su lado, Sienna concentró casi toda su atención en Mona. La mujer acababa de ver casarse a su única hija con un hombre al que secretamente no aprobaba. Al menos ésa era la sospecha de Sienna.

Mollie estaba muy contenta de que Rogan y su hermano estuvieran planeando rescatar el tesoro cuya existencia había descubierto su padre.

—Barney siempre decía que algún día terminaría encontrándolo —se enjugó una lágrima de emoción.

Mona aprovechó para soltar una burlona carcajada.

—Yo, en cambio, tengo mis dudas. Camille no ha querido contarme nada. Después de todo, mi marido era socio de Barney. Creo que tengo derecho a saberlo.

Granger la observó en silencio durante unos segundos antes de confesárselo.

—Estoy seguro de que sabrás guardar el secreto, Mona. Rogan ya ha descubierto varias monedas antiguas y piezas de joyería del barco hundido que Barney estuvo buscando durante tanto tiempo. El rescate del cargamento será un gran negocio.

»Aparte del tesoro, incluso los artículos personales de los pasajeros que logremos rescatar reportarán sus buenos beneficios, teniendo en cuenta el valor histórico del pecio.

Pero Mona no parecía muy convencida.

—¿Qué diferencia puede significar eso?

—La romántica historia del naufragio y un certificado de autenticidad histórica de cada objeto harán subir su precio de partida en cualquier subasta —le explicó Granger.

—Pero eso sería una especie de fraude histórico —protestó Sienna—. Y todo formando parte de una simple operación comercial, sin ninguna pretensión científica.

Brodie se volvió hacia ella.

—Por cierto, como experta que eres... me gustaría conocer tu opinión sobre el valor de las piezas que encontró Rogan.

Esa vez no tuvo más remedio que mirarlo, encontrarse con aquellos penetrantes ojos azules, tan cerca de ella. Casi podía ver su propio rostro reflejado en sus pupilas. Por un instante, casi se olvidó de lo que estaba diciendo.

—La identificación y datación exactas todavía están pendientes de estudio. Pero estoy segura de que Rogan y Granger sacarán el precio más alto posible.

—Parece como si desaprobaras la operación, querida —le comentó Mollie.

—Sienna siempre ha desconfiado de los buscadores de tesoros —explicó Brodie, levemente divertido.

—¿Por qué? —quiso saber Mollie—. Eres demasiado joven para amargarte por una cosa así.

—Yo estoy seguro de que Sienna tiene sus razones —intervino Granger—. ¿Quieres decirnos cuáles son?

Sienna sospechaba que Granger las conocía de sobra. Pero evidentemente los demás estaban esperando sus explicaciones.

—Los antiguos pecios contienen una enorme cantidad de información histórica. Los barcos pueden permanecer enterrados en el fondo del mar durante siglos, prácticamente intactos. Hasta que alguien acaba con ese sistema natural de preservación al sacarlos a la superficie —vio que Brodie se removía incómodo a su lado—. En mi opinión, no debería rescatarse nada de un pecio antes de que fuera debidamente estudiado y cartografiado por un equipo de arqueología submarina.

Mollie parecía dudosa. Brodie apoyó un brazo en el respaldo de su silla mientras continuaba observando a Sienna.

—Es tremendamente caro estudiar y rescatar un pecio apropiadamente. Ni siquiera los arqueólogos se atreven a invertir en

una actividad así sin tener pruebas fehacientes de que el resultado compensará sus gastos.

—Me temo que ése es un dilema constante —convino Granger—. Es muy difícil encontrar inversores para ese tipo de actividades.

Sienna le dio la razón, reacia. Pero satisfecha a la vez de poder desviar su atención de Brodie.

—Sin embargo, un puñado de buzos irresponsables pueden arruinar un patrimonio que es público, de todos. Se ha llegado a fundir objetos de un valor incalculable para venderlos al peso. ¡Es absolutamente criminal!

Brodie seguía mirándola, curioso.

—No todos los buscadores de tesoros son unos vándalos sin sensibilidad. Y tus colegas arqueólogos pueden mostrarse igual de cabezotas, con la única diferencia de que nadie obtiene ningún beneficio.

—¿Cabezotas? —le lanzó una mirada hostil.

—¿Qué sentido tiene bloquear rescates de pecios que se están pudriendo en el fondo del océano, o están siendo barridos por las corrientes marinas? ¿O enterrados en las obras de los puertos?

—Eso no debería suceder.

—Pero ha sucedido. Y también es absolutamente criminal, ¿verdad? El rescate es un trabajo muy duro —se inclinó hacia ella, apoyándose sobre la mesa—. Y peligroso. Suele acarrear más decepciones que éxitos. La mayor parte de lo que recuperan los buzos va a parar a museos o colecciones privadas, para que esté a disposición de investigadores como tú.

—Pero el principal interés de los buscadores de tesoros es el dinero —objetó Sienna, desafiante.

—No es un pecado cobrar por lo que uno hace. Y los tipos que se dedican a esto no lo hacen solamente por dinero. Hay algo excitante en encontrar un precioso hallazgo que ha permanecido en el mar durante cientos o miles de años. Tú deberías saberlo mejor que nadie...

—¡Por supuesto que lo sé! —por su profesión, sabía perfectamente lo que se sentía al recuperar una cerámica de la época

victoriana, o un adorno maorí anterior a la llegada de los europeos.

Al otro lado de la mesa, Granger la miró con expresión pensativa.

—Sé que tienes un puesto de trabajo estable en la universidad, Sienna —le dijo—. Pero me pregunto si aceptarías incorporarte a Rescate de Tesoros del Pacífico en calidad de arqueóloga oficial.

Capítulo 2

SIENNA SE lo quedó mirando asombrada.

—¿Yo?

—Antes de que te pusieras enferma, Camille me comentó que le gustaría que estuvieras a bordo. Iba a planteártelo mañana, pero como ha surgido el tema...

A Mollie le brillaban los ojos.

—Suenan excitante... si yo fuera tú, querida, aprovecharía al vuelo la oportunidad. Yo misma tengo un capital invertido en la compañía. Por la memoria de Barney.

Mona disimuló como pudo un gesto de desagrado. Sienna, por su parte, seguía perpleja. Evidentemente no deseaba formar parte de ninguna operación de ese tipo.

—No creo que...

Pero Brodie la interrumpió:

—Así te asegurarías de que todo se hiciese a tu manera. Tal y como crees que se deben hacer las cosas.

—Camille me dijo que tenías experiencia en arqueología submarina —añadió Granger.

—He hecho algo —admitió Sienna. Había aprendido a bucear de adolescente, y en la universidad había estado trabajando en una antigua canoa maorí hundida en un estuario.

—Espero que reflexiones sobre nuestra propuesta. Te daré más detalles cuando quieras.

—Si realmente te preocupa que estropeemos el pecio —insistió Brodie— ésta es tu oportunidad de evitarlo.

Sienna vaciló, y Granger le lanzó a Brodie una mirada risueña.

—Creo que él tiene razón. Pero supongo que también tienes que pensar en tu situación en la universidad. Sé que hay arqueólogos que consideran incompatible su trabajo con nuestra profesión. En cualquier caso, no hay prisa ninguna. El *Bribón del Mar* no volverá a hacerse a la mar hasta que haya pasado la temporada de los ciclones y tengamos el equipo preparado. Y si al final decides rechazar nuestra oferta, quizá para entonces puedas recomendarnos a alguien.

Se volvió hacia Mona, ofreciéndose a rellenarle la copa. Con lo cual dio por cerrado el tema. Por el momento.

Sienna permaneció despierta en la cama, escuchando el rumor del mar. Sabía que ni siquiera debería plantearse la propuesta de Granger, pero era incapaz de dejar de pensar en ella.

Lo que le estaba ofreciendo podía ser un escape para los problemas que la acosaban, y que había intentado enterrar en el fondo de su mente. Apenas había vuelto a pensar en Aidan Rutherford, su jefe de departamento, desde que llegó a Mokohina.

Aidan la había visitado casi diariamente cuando estuvo en el hospital, llevándole flores, libros y bombones. Incluso se había ofrecido a cuidarle la casa durante su ausencia, regándole las plantas y alimentando a su gato. Una tarde le había tomado la mano y se había acercado mucho a ella, murmurando su nombre con tono urgente. Al ver que abría los ojos, se había apresurado a apartarse.

—Espero que te recuperes pronto —le había dicho, irguiéndose nervioso y subiéndose las gafas que siempre le resbalaban por el largo puente de la nariz—. Yo... todos te echamos de menos en el departamento.

En su primer día de vuelta al trabajo, su rostro, siempre melancólico, se había iluminado de alivio cuando la vio entrar en su despacho. La saludó efusivamente, ruborizado.

Resultaba obvio que el interés de Aidan por Sienna trascendía la simple amistad. Lo cual era cuando menos problemático, ya que estaba casado y tenía una hija de seis años.

Aparte de su aversión a las aventuras extramatrimoniales con colegas de trabajo, que siempre suscitaban incómodos rumores y

tensiones, la actitud ética de Sienna era muy clara al respecto. No quería ser la responsable de herir a nadie. Y mucho menos a una niña de seis años. Aidan era definitivamente el tipo de hombre que había esperado encontrar algún día, pero una relación íntima entre ellos estaba descartada.

Decidida a dormir, cerró los ojos. Las imágenes de aquel día desfilaron detrás de sus párpados. La expresión radiante de Camille, el reflejo de la alianza de matrimonio cuando Rogan se la puso en el dedo. Granger ofreciéndole el ramo nupcial que Camille lanzó desde el barco, y que en ese momento estaba en la mesilla, en un florero.

Lo último que vio antes de caer en un profundo sueño fue la expresión concentrada de Brodie Stanner cuando le preguntó si había estado enamorado alguna vez. Y la extraña intensidad de su voz cuando respondió: «De esa manera... no».

Rogan había dispuesto que Granger llevara a Sienna a Auckland, donde vivía y trabajaba como abogado. Sienna tenía reservado un billete de avión para Palmerston North. Una vez allí recogería su coche y se dirigiría a su casa, cerca del campus universitario de Rusden.

Durante el trayecto, le habló de los términos según los cuales su compañía estaría dispuesta a contratarla como arqueóloga. Cuando llegaron el aeropuerto, insistió en llevarle la maleta hasta la puerta de embarque. Mientras la estaban atendiendo, compró un periódico y se dedicó a hojearlo.

Cuando Sienna se volvió hacia él con su tarjeta de embarque, lo oyó soltar una exclamación.

—¿Qué pasa?

—James Drummond ha escapado —alzó la mirada, apretando los labios—. Al parecer hace un par de meses que no se sabe nada de él.

Sienna tardó unos segundos en comprender. Un escalofrío le recorrió la espalda. James Drummond había sido indirectamente responsable de la muerte del padre de Granger y de Rogan.

—Maldita sea... —masculló Granger—. Y maldito el juez que lo dejó en libertad bajo fianza.

—¡Ese hombre amenazó con matar a Camille y a Rogan! —había

estado dispuesto a todo con tal de acceder al *Maiden's Prayer* y a su tesoro antes que los Broderick. Incluso al asesinato.

—Sí —afirmó Broderick, sombrío—. Aunque dudo que ahora estén en peligro, dado que no hay nada que pueda sacar de ellos... Probablemente lo único que lo preocupa en este momento es salvar el pellejo. Estará escondido. O a lo mejor ha abandonado el país.

—¿Sin pasaporte?

—Se habrá procurado alguno gracias a sus contactos en el tráfico ilegal de antigüedades. Esperemos que Rogan y Camille no se enteren de nada hasta que termine su luna de miel. La noticia se la podría estropear —después de doblar el periódico, Granger le entregó su tarjeta—. Llámame si necesitas saber algún detalle más sobre el empleo. Espero que al final te decidas a participar. A Camille le encantaría.

Pocos días después de la vuelta de Sienna a las clases, su equipo de investigación desenterró un antiguo ajuar maorí. Necesitada de su consejo, invitó a Aidan Rutherford a visitar el yacimiento.

Tras asesorarla debidamente, Aidan invitó al equipo al completo a tomar una copa. Al cabo de un par de horas, cuando salían del pub, Sienna se encontró con que su coche no arrancaba.

—Es culpa mía —admitió, dirigiéndose a los alumnos que se habían ofrecido a ayudarla—. Me había fallado últimamente, pero estaba demasiado ocupada para llevarlo al taller.

Para colmo, se puso a llover.

—Me iré en taxi. Y mañana llamaré para que lo recojan.

—Yo te llevo a casa —se ofreció Aidan, que ya había invitado a varios alumnos a subir a su coche. Uno de ellos se bajó para cederle el asiento.

Aidan dejó primero a los alumnos en su albergue. Luego, sin pronunciar palabra, la llevó a su casa del centro de la ciudad.

—Lo siento —se disculpó cuando llegaron—. Lamento no haber sido una buena compañía esta noche.

—Tú siempre eres una buena compañía, Aidan —le aseguró, deseosa de bajar cuanto antes.

—Eso díselo a mi mujer —musitó—. Ella piensa que soy un

aburrido. Yo no sé qué tipo de vida pensaba llevar cuando se casó con un profesor de arqueología, pero al parecer no le basta. Y mi salario tampoco.

—Lo siento —repuso Sienna, incómoda. No había retirado la mano de la puerta.

—No te vayas todavía —se volvió hacia ella con expresión suplicante.

—¿No se estará preguntando tu mujer dónde estás?

—La llamé antes. Le di las buenas noches a Pixie y le prometí que le daría un beso si todavía la encontraba dispuesta cuando volviera.

El nombre de su hija era Priscilla, pero siempre la llamaba Pixie.

—Dale un abrazo de mi parte —le encargó Sienna, y se dispuso a bajar.

—Eres muy amable. Sienna, yo... —agarrándole la mano libre con fuerza, la atrajo hacia sí.

—Buenas noches, Aidan —se despidió, liberándose—. Gracias por haberme traído a casa.

Y bajó rápidamente del coche. Mientras se dirigía apresurada hacia la puerta, Aidan arrancó el coche con un chirrido de neumáticos.

El corazón le latía acelerado. Aidan estaba muy cerca del hombre ideal que siempre había tenido en mente: alguien a quien pudiera respetar y admirar. Pero aunque habían trabajado estrechamente juntos, a veces había llegado a olvidarse de que era un hombre.

Algo que jamás le había ocurrido con Brodie Stanner, por ejemplo. Cuando estaba con él, era incapaz de sacarse ese importante hecho de la cabeza ni por un instante. Aquel hombre simplemente exudaba masculinidad, y no se había molestado en disimular su interés por ella.

Impaciente, se esforzó por dejar de pensar en Brodie para ocuparse de su problema más inmediato. No podía permitir que Aidan arruinara su matrimonio enredándose con ella. La perspectiva de seguir los mismos pasos de su padre la ponía enferma.

Cuando Sienna tenía quince años, una aventura de su padre con una compañera suya de trabajo dio al traste con su matrimonio. Dos

familias se habían visto irremediablemente afectadas por la incapacidad de dos personas para guardar sus votos. Jamás sería responsable de que otro hombre cometiera ese mismo error. ¿Por qué Aidan no había sido capaz de mantener la cómoda camaradería que hasta entonces había presidido su relación? Se fue a la cama entre furiosa y apenada. Dudaba mucho que pudieran recuperar alguna vez su amistad de antaño. Y la tensión resultante afectaría a su trabajo.

A la mañana siguiente, telefoneó a Granger.

—Acepto el empleo.

Sienna dejó creer a las autoridades universitarias que su precaria salud era el motivo de su excedencia con carácter indefinido para finales de aquel semestre. No había recuperado su apetito normal y era consciente de que sus colegas seguían muy preocupados por ella.

Aidan le comentó que le gustaría tenerla de vuelta para el semestre siguiente. Pero cuando Sienna le confesó sus intenciones de trabajar en un yacimiento submarino, se quedó boquiabierto, absolutamente consternado. Sentado ante su escritorio, dejó caer el bolígrafo y se la quedó mirando con expresión incrédula.

—¿Tiene esto algo que ver con esos objetos que trajo tu amiga del Departamento de Historia, y que fueron robados? ¡Sienna, te aconsejo que te mantengas apartada de ese asunto!

Tanta vehemencia la sorprendió.

—Sé que algunos arqueólogos piensan que trabajar en empresas de este tipo compromete su integridad profesional, pero...

—¿Es que no te das cuenta de dónde te estás metiendo? —se inclinó sobre la mesa, tenso, pálido—. Ese negocio está lleno de ladrones y delincuentes. ¿Acaso no te has metido en suficientes problemas?

—¿Qué quieres decir?

—El robo, y... bueno, ¿no te parece bastante? Imagínate si hubieras estado allí cuando entraron los ladrones. Dios sabe lo que podían haberte hecho...

Sienna pensó que tenía razón. Necesitada de guardar la máxima discreción, había trabajado con aquellas piezas durante su tiempo

libre, generalmente de madrugada.

—Eres muy amable al preocuparte tanto, pero tú mismo dijiste que aquel robo no tenía una relación directa con las piezas de mi amiga, sino más bien con los adornos maoríes de jade que habíamos encontrado. El hecho de que esas piezas estuvieran allí no fue más que una causalidad.

—Y mantengo lo que te dije. Hay coleccionistas sin escrúpulos que pagan muy bien el antiguo arte del Pacífico. Pero sigue sin gustarme esa idea tuya. ¿Querías reconsiderarla? No me gustaría perderte, Sienna —añadió con una expresión de súplica en los ojos.

Obligándose a recordarse la razón de su partida, negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ya he tomado una decisión.

Para cuando llegó por la carretera costera al pequeño puerto de Mokohina y se registró en el Hotel Imperial, ya se estaba poniendo el sol. Se duchó y cenó temprano. El comedor estaba medio vacío. A través de las ventanas podía ver las luces de los yates anclados reflejándose en el agua. Después del comer salió a pasear por el muelle y a disfrutar de la brisa marina.

No tardó en llegar al antiguo embarcadero. Camille se había reunido con su marido varios días antes en el *Bribón del Mar*. Y Sienna había encontrado en el hotel una nota de su amiga, invitándola a visitarla cuando llegara, si no estaba demasiado cansada.

No le costó identificar el viejo queche de madera, con su característica cabina. Había una luz encendida. La puerta estaba abierta. Llamó y a los poco segundos apareció Camille, que la saludó con un fuerte abrazo.

—Vamos, pasa. Estamos terminando de cenar. ¿Has comido algo?

—Sí, no quería interrumpiros, yo...

Pero Camille la urgió a entrar.

—Por lo menos cómete el postre. Apuesto a que no lo has pedido en el hotel —una vez en el salón, le preguntó—: ¿Te acuerdas de Brodie?

Estaba sentado a la mesa. Asintió levemente con la cabeza a

modo de saludo, recorriéndola con la mirada.

—Muévete, Brodie —le dijo Camille—, y haz sitio a Sienna.

—No sabía que tuvierais invitados —balbuceó Sienna cuando su amiga le señaló un asiento al lado de Brodie—. Siento que...

—Deja ya de disculparte.

—Además —terció Rogan—. Brodie no es un invitado. Es un trabajador del equipo.

—Y si no fuera por él, supongo que sería yo la que tendría que subirse a los mástiles con una caja de herramientas para poner un poco de orden en esa maraña de cables —añadió Camille.

—Por supuesto —sonrió su marido—. ¿Por qué crees que me casé contigo?

Camille se echó a reír mientras se levantaba para servir los postres. Poco después, Rogan sugirió que tomaran el café en cubierta.

Se instalaron cerca del puente de popa. Sienna se sentó frente a sus anfitriones, al lado de Brodie. Su cercanía le resultaba perturbadora, inquietante...

—¿Has encontrado a alguien para que te cuide el gato? —le preguntó Camille.

—Sí, uno de mis estudiantes... Granger me dijo que vosotros podríais conseguirme un lugar para dejar el coche.

—Brodie se ha ofrecido a dejarte la mitad de su garaje mientras estemos en el mar.

Sienna se volvió hacia Brodie.

—Gracias. Te pagaré un alquiler...

—No hace falta. No hay problema.

—Bueno, gracias.

—¿Cómo está tu hermano, Sienna? —quiso saber Camille—. Supongo que lo habrás visitado de camino hacia aquí.

—Está bien. Pero alguien forzó la puerta de mi coche cuando lo tenía aparcado en la puerta de su casa. Y me robaron el equipaje, incluido mi equipo de submarinismo.

Camille se quedó asombrada, y ambos hombres se tensaron visiblemente, frunciendo el ceño.

—¿Lo denunciaste a la policía? —le preguntó Rogan.

—Sí, pero tuve la impresión de que tenían cosas más importantes de las que preocuparse. Me dijeron que había tenido suerte de que el ladrón fuera un especialista, ya que logró abrir la puerta sin romper nada. Presenté una petición a la empresa de seguros, pero dudo que me paguen todo lo que se llevaron.

—Yo te prestaré otro equipo de submarinismo —le dijo Brodie—. Ven a verme cuando puedas a la tienda.

—Qué contratiempo —exclamó Camille—. ¿Y la ropa?

—He comprado algo en Hamilton. Lo más básico. No necesitaré mucha ropa en el barco. Por suerte, había sacado mi ordenador portátil del coche. Lo dejé en casa de mi hermano, dado que tú me dijiste que podía usar los ordenadores de a bordo.

—¿El tuyo contiene alguna información sobre los objetos que encontramos? —le preguntó Rogan.

—No. Nunca dejo ese tipo de datos en el disco duro. Siempre llevo en el bolso un disco protegido con clave.

Los robos de ordenadores portátiles eran bastante frecuentes, y Sienna era muy precavida con sus archivos. Ni siquiera Aidan los había visto. Cuando le pidió permiso para acceder al equipo del laboratorio, le comentó que no podía hablarle del trabajo y que guardaba los objetos en una caja de caudales. Aun así, lamentablemente, los ladrones consiguieron abrirla.

—Creo que después de forzar la puerta del coche, el ladrón intentó entrar en la casa, pero mi hermano oyó algo y lo ahuyentó. Hasta la mañana siguiente no nos dimos cuenta de que había entrado en el coche —se había enfadado mucho, por supuesto, pero por suerte no se habían llevado nada importante—. Le he enviado a Granger una copia de mis notas. Supongo que la habrá guardado en un lugar seguro...

—No lo dudes. Mi hermano tiene una caja acorazada en su oficina —la informó Rogan—. ¿Tu hermano es mayor que tú?

—No, más pequeño. Gracias a él aprendí a bucear. Fue un verano que pasamos en Bay of Islands. En aquel entonces yo tenía quince años y mi hermano doce. Él tenía muchas ganas de aprender, pero nuestros padres solamente consintieron con la condición de que yo

no le quitase ojo de encima.

Aquellas fueron sus últimas vacaciones con sus padres. Quizá por eso las recordaba tan bien. En realidad había estado más interesada en pasear tranquilamente por la playa, recogiendo veneras, que en bucear. Durante aquel maravilloso y feliz verano, nada había podido presagiar el cataclismo que no tardaría en sacudir sus vidas. Apenas unas semanas después de su regreso, su padre les anunció que se marchaba a vivir con otra mujer que, además, estaba esperando un hijo suyo.

—Si piensas bucear en esta expedición —le advirtió Brodie—, tendrás que hacerte con un certificado médico.

—Le envié a Granger un certificado de mi médico de cabecera, pero él ya me advirtió que Rogan quería que me examinara un médico aquí, en Mokohina. Iré mañana mismo —le aseguró.

Poco después se levantaba para marcharse, pretextando que estaba cansada.

—Te acompaño al hotel —se ofreció Brodie.

—No es necesario. Este pueblo es el más tranquilo del mundo.

—El padre de Rogan apareció muerto no muy lejos de aquí —le espetó, sorprendiéndola.

Sienna tenía entendido que Barney Broderick llevaba consigo una pista fundamental sobre la localización del barco hundido cuando lo atacaron, de modo que no se había tratado de un asalto común. Pero Brodie no parecía dispuesto a ceder, y evidentemente tanto Rogan como Camille estaban esperando que aceptase.

Brodie saltó primero al muelle y le tendió una mano para ayudarla. Sus dedos, cálidos y fuertes, se cerraron sobre los suyos.

—Gracias.

—Ha sido un placer.

Sienna creyó haber detectado un tono de irónica diversión en su voz, pero estaba muy oscuro y no podía ver bien su rostro. Empezó a caminar. Brodie se mantenía a su lado, hundidas las manos en los bolsillos. De vez en cuando miraba hacia atrás, como si estuviera constantemente alerta.

—¿Estás buscando a alguien? —le preguntó.

—No —se volvió hacia ella—. ¿No te parece un poco extraño que primero asaltaran el laboratorio y después tu coche? —le preguntó al cabo de unos minutos de silencio.

Aquella sugerencia la sobresaltó.

—No es tan extraño. Los robos de coches suelen ser frecuentes. Además, eso ocurrió a kilómetros del laboratorio de la universidad.

—Mmmm —Brodie pareció relajarse un tanto cuando llegaron a una zona iluminada del pueblo, donde todavía quedaban algunos bares abiertos—. Dime una cosa... ¿qué fue lo que te decidió finalmente a aceptar el trabajo?

—Bueno, yo... —no estaba dispuesta a revelar el verdadero motivo—. Resultaba interesante. Y, como tú mismo dijiste, si realmente quiero que no se destruya un yacimiento submarino... lo mejor que puedo hacer es estar presente en las operaciones de rescate.

—Ten por seguro que Rogan no entrará como un toro en una tienda de porcelanas. Y contigo y con Camille a bordo, estoy convencido de que tus temores se disiparán enseguida.

—Pero mucho me temo que Camille ya ha capitulado —reflexionó Sienna en voz alta.

—¿Qué quieres decir? Fue ella quien insistió en que formaras parte del equipo.

—No pretendo ofenderla —le aseguró Sienna—. Sólo quiero decir que... bueno, el matrimonio la ha cambiado.

—La ha hecho más feliz —replicó, brusco—. ¿Es eso un crimen?

—Por supuesto que no. Y yo me alegro por ella. Supongo que es inevitable.

—¿El qué?

—Ahora, su primera lealtad se la debe a su marido. Antes... bueno, antes era diferente —tanto Camille como ella habían tenido buenas razones para desconfiar de los hombres. Y ahora, cuando su amiga estaba felizmente casada, se sentía extrañamente abandonada. No la había perdido, pero sabía que ya nada volvería a ser lo mismo.

—Rogan también ha cambiado —repuso Brodie—. El matrimonio tiene ese efecto sobre la gente. Cambia sus percepciones sobre la

vida, sobre el mundo —y añadió, pensativo—: Yo jamás imaginé que Rogan era de ese tipo de hombres.

—¿De cuáles?

—De los que terminan casándose.

Desde luego Brodie no pertenecía a ese tipo, pensó Sienna. Camille le había comentado una vez que poseía una casa en Mokohina, así como la tienda de submarinismo y la escuela de buceo del pueblo. Lo que no significaba que hubiera sentado la cabeza.

—¿Alguna vez has estado casado?

—¿Acaso te lo parezco? —rio Brodie—. No.

—Era lo que suponía.

—¿El qué? ¿Que ninguna mujer querría tenerme como marido?

—Estoy segura de que muchas mujeres querrían tenerte como marido. El problema es que probablemente después... se arrepentirían.

Brodie le sonrió, como si no se sintiera en absoluto ofendido.

—Tal vez tengas razón. Creo que no sirvo para el matrimonio. ¿Y tú? ¿Te has casado alguna vez?

—No —¿cómo habían acabado conversando de cosas tan personales? Acababan de llegar al jardín que se extendía frente al hotel cuando le espetó, apresurada —: Gracias por haberme acompañado.

Y se dispuso a cruzar la carretera. Justo en aquel instante, un coche surgió de la oscuridad, cegándola con sus faros.

Capítulo 3

BRODIE LA agarró de un brazo, atrayéndola hacia su duro cuerpo y soltando una maldición.

El coche, que le había pasado rozando, aceleró hasta perderse de vista. Con el rostro todavía enterrado en su pecho, Sienna aspiró su masculino aroma. Bajo sus dedos podía sentir el acelerado latido de su corazón. Estaba temblando y le flaqueaban las rodillas.

—Has cruzado la carretera sin mirar. ¿En qué diablos estabas pensando? —le preguntó él con tono áspero.

Sienna se apartó, vacilante.

—No vi acercarse el coche.

—Si eres tan poco precavida, no sé si deberías incorporarte a una expedición de buceo.

—De todos modos, eso es algo que tendrá que decidir Rogan, ¿no te parece? —alzó la barbilla—. En cualquier caso, cometí un error. No se trata de una costumbre.

—Eso espero.

—Y tampoco es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Como jefe de buceo de este viaje...

—¿Como qué?

—Jefe de buceo —repitió Brodie con exagerada claridad—. ¿Es que no lo sabías?

—No, nadie me lo dijo. ¿Es que no tienes un negocio del que ocuparte, aquí en el pueblo?

—Tengo gente que se encarga de ello —le espetó—. Soy socio de Rescate de Tesoros del Pacífico... ¿eso tampoco lo sabías? —vio que

negaba con la cabeza—. Te estaba diciendo que, como maestro de buceo, soy yo quien tiene que decir quién se embarca y quién no.

—Lo siento —pensó que, en parte al menos, su airada reacción estaba justificada—. No sabía que estuvieras tan involucrado en el proyecto.

—Hasta el cuello —pareció tranquilizarse un tanto—. Me has dado un buen susto. Supongo que estabas muy cansada después de un viaje tan largo. Y ese coche iba demasiado rápido.

Sienna se tomó aquello como una disculpa. Tomándola del brazo, Brodie cruzó la carretera y la dejó en la misma puerta del hotel.

—Espero que ya estés del todo bien...

—Por supuesto. No necesito una niñera.

Brodie sonrió. Aparentemente, había recuperado su buen humor.

—Me alegro, porque yo no lo soy —la miró con los ojos brillantes, exudando el magnetismo sexual que tanto lo caracterizaba.

—Buenas noches, entonces. Y gracias otra vez por acompañarme.

—Hasta mañana.

Cuando entró en su habitación, percibió algo extraño en el aire. Como si hubiera entrado otra persona, un intruso. Mirando a su alrededor, vio su maleta abierta, con su ropa todavía dentro cuidadosamente doblada, tal y como la había dejado. Nada parecía haber cambiado.

Al acercarse a la ventana, distinguió la solitaria figura de Brodie alejándose por el muelle. Algo se removió en su interior, una especie de espiral de reacción física. Incómoda, lo reconoció como lo que era. Una respuesta sexual... de excitación.

Iba a tener que convivir, quizá durante meses, con Brodie Stanner. No se había preocupado en disimular que la encontraba atractiva. Pero el sexo por el sexo era algo que jamás había atraído a Sienna.

Si Brodie tenía algo en mente, no era más que una fugaz y tórrida aventura. Eso no era para ella. Y él, desde luego, tampoco lo vería.

El médico de Mokohina le aseguró a Sienna que estaba completamente recuperada de su intoxicación, aunque algo delgada. Salió de la clínica contenta de tener el certificado correspondiente en el bolsillo. Cuando llegó al muelle, reinaba una frenética actividad en

el *Bribón del Mar*. Brodie estaba cargando cajas y sacos en compañía de otros dos hombres. Se había quitado la camisa. Rogan, por su parte, se ocupaba de revisar los albaranes para que no faltara nada.

Brodie interrumpió por un instante su tarea y alzó una mano para saludarla. Rogan levantó la mirada de su cuaderno, sonriendo.

—Sube a bordo. Camille está abajo, esperándote.

—Gracias.

Encontró a su amiga sentada ante un ordenador incorporado a un tablero de instrumentos. Las dos mujeres pasaron un par de horas revisando la documentación histórica que Camille había reunido sobre el *Maiden's Prayer*.

—Podríamos transferir mis notas del CD a tu ordenador —le sugirió Sienna.

—Sí, es una buena idea. Tenemos que llevar cuidado porque el barco ya ha sido asaltado antes. Pero zarparemos dentro de un par de días, y contamos ya con un sistema de alarma muy eficaz. Probablemente lo oirías anoche.

—¿Anoche?

—Parece que se trató de una falsa alarma. Rogan se levantó rápidamente y subió a cubierta, pero no vio a nadie. Tal vez una ráfaga de viento disparó la alarma, aunque se supone que el sistema no debería activarse en esos casos. Acudió mucha gente de los otros barcos, con lo que supongo que si fue un ladrón, en el futuro se lo pensará dos veces. Aun así, ya sabes que esta investigación es muy delicada.

—Me hago cargo.

Camille vaciló por un momento.

—Como miembro que eres del equipo, tengo que decírtelo... Hemos encontrado la campana del barco, del *Maiden's Prayer*, pero estamos manteniendo el más riguroso secreto al respecto. Tú eres la única que lo sabe, aparte de Granger, Rogan, Brodie y yo.

Comieron en cubierta con Rogan y Brodie.

—¿Has conseguido el certificado médico? —le preguntó Brodie.

Se lo tendió, junto con su licencia de buceo.

De repente un hombre se detuvo en el muelle, frente al barco.

—¿Rogan Broderick?

—Soy yo —Rogan se levantó.

Era un hombre de unos cincuenta años, cabello castaño, con entradas. Llevaba unas modernas gafas de sol. Subió a bordo sin que lo invitaran y le tendió la mano.

—Fraser Conran. ¿Es su hermano? —se dirigió a Brodie.

—No —Brodie lo negó, reacio a presentarse.

Por un instante el hombre no reaccionó. Simplemente esbozó una leve sonrisa.

—¿Lo conocemos de algo? —preguntó Camille.

Se volvió hacia ella.

—Nos vimos en casa de James Drummond.

Sienna recordó que Camille había frecuentado a Drummond antes de descubrir que era un canalla y un asesino. Conran no pareció advertir la extraña tensión del ambiente.

—Mal asunto... —comentó, sacudiendo la cabeza—. Yo no lo conocía bien, pero sus tiendas de antigüedades eran estupendas. Era un hombre famoso, reputado. Resulta difícil de creer que... aunque, por supuesto, aún no lo han condenado...

—Es culpable —afirmó Rogan con tono brusco—. ¿Qué es lo que quiere?

—Espero que no se me juzgue de igual manera que a Drummond solamente porque fuera conocido suyo. Estábamos en el mismo negocio, nada más. Tengo entendido que están buscando inversores para una... operación. Yo poseo algunos ahorros. Quizá podríamos hablar de ello...

—Ha oído mal —lo interrumpió Rogan—. Nuestro contacto con inversores se han efectuado por rigurosa invitación. Y ya no necesitamos más.

—¿De veras? Rescatar tesoros es una actividad muy cara.

—Gracias por la oferta, pero estoy seguro de que encontrará otras operaciones en las que invertir. Y probablemente bastante menos azarosas.

—Pero no tan interesantes.

Siguió un corto silencio. Conran se encogió de hombros.

—Si cambia de opinión, aquí está mi tarjeta.

Rogan la aceptó, reacio. Lo observaron mientras se alejaba por el muelle, sin prisa.

—¿Qué te parece ese tipo?

Encogiéndose de hombros, Rogan se volvió hacia Camille.

—¿Sabes algo de él?

—No. No lo reconocí en el momento. Creo que James esperaba venderle algo.

—Quería darnos la impresión de que apenas conocía a Drummond.

—No es el primero que se acerca a curiosear —terció Brodie.

—No, desde luego —repuso Rogan, leyendo la tarjeta.

—¿A qué se dedica?

—Es agente naviero.

—Supongo que Drummond conocería a muchos.

—Sinceramente, yo no confiaría en nadie que hubiera tenido algún trato de negocios con Drummond —sentenció Rogan.

Las dos mujeres ayudaron a colocar la carga en el barco. Ya era media tarde cuando Sienna se encontró de nuevo acompañada por Brodie, de camino al hotel.

—Camille ya te habrá dicho que ahora estamos seguros de que se trata del *Maiden's Prayer*, ¿verdad?

—Sí. Me contó lo de la campana. Y me pidió que no se lo dijera a nadie.

—¿Encontraste algún indicio de la identidad del barco en las piezas que te entregó Rogan?

—No hay nada que lo desmienta, pero no quiero adelantarme a sacar conclusiones.

—¿Siempre eres tan cauta?

—Los prejuicios están reñidos con el saber científico.

—Lo sé —repuso, pensativo—. Tengo la sensación de que tú tienes prejuicios sobre mí.

—Pues no sé por qué piensas eso. En cualquier caso, si los tuviera, no dejaría que interfirieran en mi trabajo.

—¿Te das cuenta de que vamos a tener que convivir durante varios

meses?

—Hasta ahora nunca he tenido problemas con la gente con la que he convivido.

Tenía la sensación de que, pese a sus intenciones, no estaba proyectando una imagen serena, confiada. Detestaría que Brodie descubriera el efecto que parecía ejercer sobre ella, con aquella sonrisa tan sensual...

De pronto cambió de tema.

—¿Tu hermano sigue buceando?

—A veces. Pero siempre que consigue dominar alguna técnica, se dedica a buscar un nuevo desafío. En la universidad estuvo en un grupo de montaña, y todavía es miembro del grupo de búsqueda y rescate. Cuando se trasladó a Hamilton para trabajar de mecánico, aprendió a volar. Ahora trabaja para una empresa de ingeniería aeronáutica y asiste a clases de perfeccionamiento de vuelo. Últimamente parece que se está acomodando demasiado.

—¿Y tú no lo apruebas?

—¿No es eso lo que has hecho tú? ¿No te has cansado de trabajar en la tienda?

—Yo nunca he dejado de bucear. Combino mi trabajo en la tienda y en la escuela de buceo con viajes de negocios, de cuando en cuando. La tienda me reporta unos ingresos constantes y me da libertad para dedicarme a otras cosas.

—¿Como Rescate de Tesoros del Pacífico?

—Poca gente puede resistirse a la llamada de un tesoro enterrado en el fondo del mar. Ni siquiera tú.

Sienna no se molestó en negarlo. Esbozó una leve sonrisa, y Brodie la correspondió con otra que la dejó sin aliento. Pensó, soltando un profundo suspiro, que muchas mujeres se habrían enamorado de él instantáneamente.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo estoy algo cansada.

—¿Seguro que estás preparada para este viaje?

—Ya has visto el certificado médico. Tendré tiempo para recuperarme del todo antes de que llegemos al pecio —su

localización exacta era secreta, pero suponía que estaría a una semana de navegación de Mokohina.

Brodie le lanzó una mirada extraña, pero no dijo nada.

Al día siguiente Sienna se dirigió hacia la escuela de submarinismo. En el camino se entretuvo mirando el escaparate de una tienda de arte indígena. En el reflejo del cristal vio a un adolescente desaliñado, con una gorra calada hasta los ojos. Aparentemente el chico también estaba mirando las piezas expuestas, pero cuando se volvió, agachó la cabeza y se dedicó a curiosear el escaparate del negocio contiguo.

Echó a andar de nuevo. Acababa de doblar la esquina cuando sintió que alguien le agarraba el bolso. Instintivamente tiró de la correa, forcejeando con el chico de la gorra.

Sienna no lo dudó y le propinó una fuerte patada, que lo hizo encogerse de dolor y soltar el bolso. Justo en aquel momento se acercaba una pareja de mediana edad.

—¡Maldita seas! —gritó el adolescente, empezando a correr. Un coche estuvo a punto de atropellado cuando cruzó la carretera.

La pareja se detuvo, sorprendida.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el hombre.

Sienna estaba respirando aceleradamente, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Sí. Ha intentado robarme el bolso. Estoy bien.

—Estas cosas no solían pasar en Mokohina —exclamó la mujer, disgustada—. Debería denunciarlo a la policía.

—Sí —afirmó Sienna. Pero el chico había desaparecido, y para cuando informara del incidente, ya no tendría esperanza alguna de capturarlo—. Gracias.

Y continuó su camino. Cuando entró en la tienda de submarinismo, Brodie estaba ayudando a dos risueñas jóvenes a escoger el equipo adecuado. Debía de ser su primera lección.

—¿Tú vas a ser el profesor? —le preguntó una de ellas, echándose hacia atrás su larga melena oscura.

—Lamentablemente no. No voy a estar disponible durante un tiempo. Pero tenemos monitores muy cualificados.

La joven pareció decepcionada.

—Pero es su foto la que figura en el folleto del hotel...

Sienna pensó que aquel folleto debía de atraer a muchas alumnas a la escuela.

—Yo soy el dueño del negocio —explicó Brodie—. No os preocupéis. Hemi os atenderá bien.

Una empleada de Brodie, alta y fibrosa, disimuló una sonrisa y se acercó a Sienna.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Estoy esperando a Brodie.

La joven sonrió de nuevo, desviando la mirada hacia su jefe.

—Me temo que va a tener que esperar un rato.

Al parecer la había confundido con otra admiradora.

—Soy la arqueóloga de Rescate de Tesoros del Pacífico.

Al sonido de su voz, Brodie alzó la vista.

—Encárgate de esto, por favor, Hemi —después de disculparse con las jóvenes, se reunió con Sienna—. Acompáñame, por favor.

La llevó a una espaciosa habitación, mezcla de oficina y almacén, donde le enseñó un sofisticado equipo de buceo.

—Lo he elegido para ti. Es un nuevo modelo que funciona muy bien. Pruébalo.

Se colocó detrás de ella y la ayudó a ponérselo. Luego le ajustó el broche delantero del cinturón, informándola acerca de los indicadores que llevaba incorporados.

—En el agua te dará mucha más libertad de movimientos que los modelos tradicionales —se le acercó de nuevo—. Estos dos grandes botones sirven para regular la flotabilidad.

Ese mecanismo servía al buceador para no descender al fondo o subir a la superficie con demasiada rapidez. Brodie alzó la vista de su equipo y sus miradas se encontraron. Por un instante, Sienna se perdió en las azules profundidades de aquellos ojos.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se apresuró a desviar la mirada y se concentró en pulsar los botones que le había indicado. Brodie la observaba con expresión tranquila, las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—Creo que probablemente el alquiler será bastante caro.

—Te haré un descuento del veinticinco por ciento. Podría proporcionarte algo más barato, pero créeme, merecerá la pena.

—No lo discuto. Tú eres el experto. Rescate de Tesoros del Pacífico me pagará muy bien por este viaje, así que la respuesta es «sí». Y gracias por el descuento.

Brodie la ayudó a quitarse el equipo.

—No te arrepentirás.

—¿Es una promesa? —inquirió con tono ligero.

—Puedes apostar.

—Tú eres el que hace apuestas —replicó, recordándole la conversación que habían tenido acerca de si la relación de Camille y Rogan duraría o no—. Yo no suelo apostar.

—Ah, sí. La mujer precavida —se burló. Un brillo de diversión ardía en sus ojos—. ¿Sabes? Me alegro de que lo seas. Correr riesgos bajo el agua puede resultar fatal... ¿por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si no me creyeras.

En realidad, se había distraído contemplándolo. ¿De qué estaban hablando? Ah, sí, de correr riesgos bajo el agua.

—Tú no pareces un hombre muy precavido que digamos. Sobre todo dada tu afición al juego...

—Bajo el agua lo soy. Los tipos que cometen imprudencias en este negocio no viven mucho, eso te lo aseguro.

—¿Tú has cometido imprudencias alguna vez? —le preguntó, estremecida.

—Un par de veces —admitió, reacio—. Cuando era joven. Pero ya no. Supongo que pensé que la suerte se me podía acabar.

—¿Fue entonces cuando decidiste comprar este negocio?

—No, eso vino después. El caso es que la segunda vez que cometí una tontería, estuve a punto de arrastrar a Rogan conmigo. Arriesgó su vida para salvarme. En ese momento juré que jamás volvería a hacer algo así. Nadie es invencible. Acuérdate de eso cuando estés bajo el agua.

—No creo que lo olvide —lo comprendía perfectamente. En cierta forma ella misma había pasado por una experiencia similar, pero no en un sentido físico, sino emocional.

No le había resultado fácil seguir adelante, y tampoco había sido su primer error. Pero estaba decidida a que fuera el último. Ahora era la dueña absoluta de sus emociones, y jamás dejaría que escapasen a su control. La vida era mucho más cómoda de esa manera.

—¿Te preocupa algo? —inquirió Brodie, sobresaltándola.

Su expresión debía de haberla traicionado.

—No, nada —respondió con tono ligero—. ¿Necesito más cosas, no? Neopreno, aletas, máscara...

La ayudó a escoger el resto del equipo.

—Haré que te lleven todo esto al barco. ¿Vas a trasladarte al *Bribón del Mar*?

—Creo que me quedaré en el Imperial hasta mañana, cuando zarpemos.

—Avísame cuando quieras aparcar el coche en mi garaje. Si no me encuentras aquí, estaré en mi casa o a bordo.

—¿Dónde vives?

—Muy cerca de aquí, a cinco minutos andando. Si te esperas a la hora de cerrar... —miró su reloj— que falta muy poco, te la enseñaré. ¿Por qué no cenas conmigo allí? Así llegaríamos a conocernos un poco más, antes de que empecemos este viaje...

Sienna sabía que tenía razón, pero aun así dudaba.

—¿Sabes cocinar?

—Claro que sí. Si no supiera, no te habría invitado. No tendrás que mover un sólo dedo, te lo prometo.

No llegó a pronunciar un «sí», pero de alguna manera Brodie lo dio por sobrentendido. Media hora después la llevaba por el sendero del jardín hacia una pequeña casita blanca con un garaje adosado. La fachada delantera tenía una veranda con una barandilla de hierro forjado. El salón ofrecía un aspecto muy acogedor, con el suelo de madera encerada y varias alfombras. El mobiliario era mínimo. Brodie le señaló un cómodo sofá. Había un pequeño aparato de televisión en una esquina.

El espacio era amplio, despejado. Sienna supuso que había derribado una pared para sustituirla por un arco de mampostería. La cocina estaba separada por una barra, formando un pequeño comedor.

—¿Quieres beber algo? ¿Cerveza, vino?

Sienna pidió un vino blanco. Brodie sirvió dos copas. Después de entregarle la suya, se instaló cómodamente en uno de los dos sillones.

—¿Te gusta el *nasi goreng*?

—Es un plato de arroz, ¿verdad? Sí. Me gusta el arroz.

—Bien —alzó su copa—. Por el *Maiden's Prayer*. Y por el éxito de este viaje... que esperamos no sea el último.

—¡Y que digas! —brindó Sienna.

—¿Desde cuándo conoces a Camille?

—La conocí hace un par de años. Es una gran persona. Espero que Rogan la trate bien.

—La adora. Es un hombre muy afortunado. Camille es una mujer fantástica.

—Y muy guapa.

—Tú también —comentó Brodie.

—Oh, por favor, no necesito falsos cumplidos...

—Era un cumplido sincero. Torpe, quizá —reconoció con una sonrisa culpable—, pero sincero.

Sienna no pudo evitar una carcajada al ver su apesadumbrada expresión.

—Bueno, tengo que ponerme con el arroz.

—¿Te ayudo?

—Ni hablar. Lo único que tendrás que hacer será admirar mi trabajo.

Mientras él cocinaba, Sienna se sentó en una mecedora y se dedicaron a charlar del viaje. No tardó en sentirse deliciosamente relajada.

Cuando empezó a hacerse de noche, Brodie encendió las luces de la cocina. Minutos después sirvió los platos en la barra. Le sacó un taburete y él se sentó al otro lado, frente a ella. Le ofreció vino tinto.

—Seguiré con el blanco —respondió Sienna, dejando que le rellenara la copa por tercera vez. Se dijo que ése sería el último vaso. El atractivo de Brodie podía debilitar sus defensas, y se conocía demasiado bien.

El *nasi goreng* era exquisito, pero no pudo terminarse el plato. Era demasiada cantidad.

—¿No te gusta?

—Claro que sí, pero es demasiado para mí —alzó la mirada y se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Tengo que reconocer que no lo has hecho nada mal —se puso a preparar café—. ¿Quieres que nos sentemos allí? Hay una luz al lado de la puerta, si quieres encenderla.

Preguntándose si habría advertido su ligera vacilación, Sienna encendió la luz y se sentó en un extremo del sofá. Después de servirle una taza, Brodie se instaló al otro lado.

—Podríamos ver la televisión, si te apetece.

—Como quieras. Me da igual.

—Por mí no. Lo cierto es que es bastante aburrida.

Sienna pensó que Brodie no parecía un tipo que se aburriera a menudo. Era de la clase de personas que se enfrentaban de cara a la vida, sin perder el tiempo en lamentaciones. Personas activas, decididas. Así era como ella quería organizar su propia vida. No quería enfangarse en el tipo de desesperación que había anegado a su madre después del abandono de su marido.

—¿Quieres decírmelo? —le preguntó Brodie.

—¿Decirte el qué?

—El motivo de esa expresión de tristeza. Como si tuvieras un dolor oculto.

—¿Acaso no le pasa a todo el mundo? —exclamó con tono ligero.

Por un instante se había sentido casi tentada de contarle la historia del divorcio de sus padres, y del sufrimiento desesperanzado de su madre. Afortunadamente, sus defensas seguían intactas. Confesarle sus penas a un desconocido era impropio de su naturaleza. Quizá había bebido más de la cuenta. Apurando su café, se levantó del sofá.

—Es hora de que me vaya a casa. Gracias por la cena. Ha sido estupenda.

—Te acompaño al hotel.

Recordando el intento de robo que había sufrido antes, no discutió. Caminaron por el paseo. La luz de las farolas arrancaba reflejos a las mechas rubias de su pelo. A regañadientes, Sienna se esforzó por desviar la mirada hacia la vista del puerto.

—Gracias otra vez por la cena —le dijo cuando llegaron a la puerta del hotel—. Y por haberme acompañado.

—De nada —de pronto, en el instante en que Sienna se disponía a subir los escalones del porche, la agarró suavemente de un brazo.

—¿Qué pasa?

Durante unos segundos se la quedó mirando, muy serio. Hasta que bajó la cabeza y la besó en los labios.

Capítulo 4

SIENNA parpadeó, asombrada. Debería haber protestado. Debería haberlo apartado de sí. Pero la había tomado desprevenida.

La soltó, retrocediendo un paso.

—Buenas noches, Sienna —y, girándose en redondo, se alejó tranquilamente con las manos en los bolsillos. La luz de las farolas seguía arrancando reflejos a las mechas rubias de su pelo.

Esforzándose por recuperarse, subió los escalones del porche. Pensó que probablemente aquel hombre estaba acostumbrado a besar a cada mujer que acompañaba a casa... aunque no recibiera invitación alguna. Tampoco había sido un beso intenso, apasionado... De modo que no debía darle ninguna importancia.

Pero le ardían los labios. No podía olvidarse del contacto de aquella boca. Y del brillo de sus ojos.

Brodie se volvió para mirarla justo antes de que desapareciera por la puerta del Hotel Imperial. El sabor de su boca persistía en sus labios y en su mente.

Había querido besarla desde la primera vez que la vio en la boda de Rogan. Ahora ya sabía que era tan dulce y tan sensual como había imaginado. Incluso más. Y no le bastaba. Era una mujer recatada, cauta, controlada. Pero aquellos labios y la expresión de dolor que había vislumbrado en sus ojos le hablaban de una mujer muy distinta...

Sí. Aquel beso había confirmado sus sospechas. Sienna le evocaba sensaciones familiares, largo tiempo olvidadas. Y excitaba su curiosidad. ¿Por qué parecía tan empeñada en fingir aquella

indiferencia?, se preguntó mientras se acercaba a su casa.

Se disponía a abrir la verja del jardín cuando detectó un movimiento entre las sombras de la veranda... y oyó un crujido de tablas. Se le erizó el vello de la nuca. Aguzó los oídos, alerta.

De repente una sombra se lanzó contra él al tiempo que otra se le acercaba dando un rodeo. Agarró al primer agresor de la garganta, pero el segundo ya se le había echado encima, propinándole dos fuertes golpes que lo obligaron a soltar a su compañero. Una vez libre, el tipo le descargó una fuerte patada en el estómago.

Fueran quienes fueran, parecían más interesados en huir que en atacarlo. Para cuando recuperó el resuello, ya habían desaparecido.

Irritado consigo mismo, subió los escalones de la entrada y entró en su casa. Una rápida inspección le confirmó que no habían forzado ninguna puerta ni roto ninguna ventana. Quizá los intrusos habían confiado en que tardaría más en volver. O quizá eran unos simples oportunistas que habían visto la casa a oscuras y decidido probar suerte. En cualquier caso, no parecía que hubiesen llegado a entrar.

Marcó el número de la policía y dejó el mensaje. El único representante de la ley en Mokohina debía de estar fuera, de patrulla. Colgó el auricular y se tocó el moretón que tenía en la mejilla. La cabeza también le dolía. Hacía años que no lo golpeaban así. Debía de estar perdiendo forma. Rogan se reiría de él cuando le contase cómo los había dejado escapar.

Rogan... ¿tendría aquello algo que ver con Rescate de Tesoros del Pacífico y con el *Maiden's Prayer*? ¿No era demasiada casualidad que aquel incidente se hubiera sumado al robo de los objetos del laboratorio de Sienna y al de su coche?

Sienna había estado en su casa aquella noche. ¿Habría sospechado alguien que había dejado algo de valor al cuidado de Brodie? Un nudo de preocupación le atenazó el estómago. Descolgó de nuevo el auricular y marcó el número del hotel.

—¿Tienes cadena o cerrojo en tu habitación? —le espetó de golpe cuando le pusieron con su habitación.

—Sí, pero...

—Échala, por favor.

—Brodie...

—Hazlo. No discutas.

—De acuerdo —respondió al cabo de unos segundos—. Y ahora... ¿quieres explicarme qué está pasando?

—Y no duermas con las ventanas abiertas. Acabo de tener un encontronazo con un par de matones.

—¿Dónde? —inquirió, alarmada—. ¿Estás bien?

—Sí. Me atacaron en la puerta de mi casa.

—¿Llamaste a la policía?

—Sí, sí. Eres tú quien me preocupa.

—¿Yo? ¡A mí no me han atacado!

—Pero estuviste aquí esta noche. Y acuérdate de lo del laboratorio. Y de tu coche.

Se hizo un silencio. Se preguntó si estaría asustada. Quería que lo estuviera, al menos lo suficiente para que tuviera cuidado.

—Es sólo por precaución —añadió con tono tranquilizador—. Es caso de que exista alguna relación entre esos hechos.

Siguió un corto silencio.

—Hoy... alguien intentó robarme el bolso.

—¿Qué? ¿Cuándo? —por un momento experimentó algo muy parecido a una punzada de pánico—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No me pareció importante. No llegó a quitármelo. Le di una patada y echó a correr. En realidad, sólo era un chico. Un adolescente.

—¿Luchaste con él?

—No te sorprendas tanto. No soy una muñeca de porcelana.

Evidentemente no lo era.

—¿Informaste a la policía?

—No.

—Son demasiadas casualidades —comentó Brodie—. James Drummond. Tiene que andar por alguna parte...

—¡Espero que no en Mokohina!

—No, aquí es muy conocido, pero probablemente seguirá en contacto con gente que le haga el trabajo sucio. Quizá esté detrás de todo esto.

—Quienquiera que entró en el laboratorio ya tiene los objetos del

pecio. ¿Qué más podría querer? ¿Y por qué te atacaron a ti?

—No lo sé. Pero, por lo que más quieras, no abras la puerta a nadie que no conozcas. Mañana zarparemos. Vendré a buscarte y te llevaré primero a la comisaría, y luego al barco. Hasta entonces, no te muevas del hotel.

Así lo hizo. A la mañana siguiente desayunó con ella en el comedor del hotel y la acompañó a la comisaría, para informar del intento de robo de su bolso. Cuando el policía hubo recabado todos los detalles, Brodie añadió:

—No es la primera vez que le sucede algo parecido. En Hamilton alguien forzó su coche. Y antes sucedió algo parecido en su laboratorio. Cuéntaselo, Sienna.

El agente tomó nota de todo.

—Ustedes pertenecen al equipo del *Bribón del Mar*, ¿verdad?

—Sí.

—Mmmm. Informaré de todo esto a Whangarei. ¿Qué me dice del incidente que sufrió usted, Brodie?

Brodie se lo contó todo.

—¿Hay noticias de Drummond?

—No. Pobre del juez que lo puso en libertad bajo fianza. Mucho me temo que a estas alturas ya habrá dejado el país.

—Dígame... ¿se sabe algo de un asesinato cometido en alta mar?

El policía lo miró desconfiado.

—Si se refiere a ese hombre de James Drummond supuestamente asesinado...

—No, esto es distinto. Por lo que yo sé, no tiene nada que ver con James Drummond.

—¿Entonces de qué estamos hablando?

—Bueno, nosotros encontramos su esqueleto.

—¿Dónde exactamente?

—Bueno, er... en aguas internacionales.

—Eso complica las cosas. ¿Por qué piensa que esa persona pudo ser asesinada?

—¿Quizá por la bala que tenía dentro del cráneo?

La expresión del policía no cambió.

—Ésa es una buena pista. Las balas se pueden identificar. ¿Sigues todavía allí?

Brodie bajó la mirada.

—Yo, bueno... la saqué del cráneo. Y luego la perdí. En cuanto a los huesos... no sé qué edad pueden tener. No soy un experto.

—¿Perdió la bala? ¿Dónde?

—En el agua, cuando estábamos subiendo a la superficie. Quise meterla dentro de un guante, pero se me cayó. Era muy pequeña.

El agente se frotó una mejilla, esbozando una mueca.

—¿Y el esqueleto? ¿Podría encontrarlo de nuevo?

—Quizá, pero no es seguro. La corriente puede haberlo arrastrado.

A Sienna se le puso la carne de gallina mientras lo escuchaba.

—Sin la bala, no hay evidencia del crimen. A no ser que usted pueda traernos el esqueleto para que se lo entreguemos a los forenses. De todas formas, supongo que será muy antiguo. ¿Quiere informar oficialmente de ello?

Obviamente, se lo estaba desaconsejando. Brodie negó con la cabeza.

—Olvídelo. Sólo pensé que debía mencionárselo —dedujo que el departamento de policía, tan parco en medios como era, no necesitaba más trabajo del que tenía entre manos. Sobre todo tratándose de un crimen antiguo que probablemente escapaba a su jurisdicción.

Cuando volvían al Hotel Imperial para recoger su equipaje, Sienna le comentó:

—Te ha impresionado el descubrimiento de ese esqueleto, ¿verdad?

—No es el primero que me encuentro. Pero dado que no fue una muerte por accidente... —se encogió de hombros—. Bueno, al fin y al cabo, a la policía no le interesa. Y a Rogan no le gustaría que anduvieran curioseando por ahí mientras trabajamos.

Cargó las maletas y el nuevo equipo de Sienna en el barco y luego fueron a su casa a dejar el coche. Una vez en el *Bribón del Mar*, cada uno se metió en sus respectivos camarotes. Minutos después, Brodie

ayudó a Rogan con la maniobra de salida.

Sienna procuraba no molestar mientras los hombres se afanaban con las velas. Pusieron rumbo norte. Camille preparó unos sándwiches y los subió a cubierta. Se sentó al lado de su marido, en la cabina, y Brodie lo hizo en el asiento opuesto, invitando tácitamente a Sienna a instalarse a su lado. Luego apoyó el brazo en su respaldo, sin tocarla.

Sienna encontró aquel gesto muy turbador, pero se esforzó por ignorar aquella cercanía... cuando lo que más deseaba era apoyar la cabeza en su hombro.

Después ayudó a Camille a limpiar la cocina. De alguna manera, ya se había acostumbrado al balanceo del barco.

En los días que siguieron, la vida a bordo adquirió un ritmo tranquilo y pausado, semejante al de la mar en calma. Cuando se sentaban en la cabina juntos, cada uno ocupaba su lugar de costumbre. Y cada vez Sienna experimentaba el mismo deseo de buscar el contacto de Brodie y apoyar la cabeza en su pecho. Lo único que podía esperar era que no adivinara sus sentimientos. A veces lo sorprendía mirándola pensativo, como si intentara desentrañar algún enigma. Y de cuando en cuando vislumbraba en sus ojos un brillo que le quitaba el aliento.

Una semana después de su salida de Mokohina, con las primeras luces del alba, Sienna se puso un suéter y unos vaqueros y subió a cubierta. Brodie se hallaba en una esquina, medio oculto entre las sombras.

—Buenos días —se sentó, abrazándose—. Puedes bajar a dormir un poco, si quieres. Yo te relevo.

—No tengo sueño. Y hay un cielo magnífico.

El mar parecía hecho de cristal ahumado, y un borde de luz asomaba en el horizonte. Las estrellas aún brillaban.

—¿Sabes? —echó la cabeza hacia atrás—. A veces me pregunto por qué decidí convertirme en una mezcla de hombre de tierra y de mar. Sin ser realmente ninguna de las dos cosas...

—¿Acaso no disfrutas de ambas? ¿De la tierra y del mar?

—Sí —bajó la cabeza para mirarla—. Puedo marcharme siempre

que quiera y dedicarme a navegar, o a bucear. Y la tienda y la escuela siempre están ahí. Pero un día... —se interrumpió, contemplando el horizonte.

Un día, adivinó Sienna, su espíritu inquieto lo llevaría a romper los lazos que lo ataban a la costa para adoptar la misma vida que Rogan, cuya única vida era su barco. Brodie se echó a reír.

—¡No sé! Puede que algún día haga algo sorprendente, imprevisible. Es una de las cosas que me gustan del mar. Nunca sabes qué esperar. Esa tranquila superficie esconde tantos secretos, tantas maravillas por explorar... es como un hechizo.

—¿Por eso te convertiste en buceador profesional? ¿Por el hechizo del mar?

—Exactamente —afirmó, riendo.

—Rogan me contó que ambos ingresasteis en la escuela de buceo de adolescentes. ¿Siempre quisiste dedicarte a bucear?

—Siempre supe que quería hacer algo relacionado con el mar. Ahora, si hubiera sabido lo duro que sería... —sacudió la cabeza.

—¿Te arrepientes?

—Jamás. Creo que me quedé enganchado. Me gusta la tienda, tratar con gente que comparte mis mismas aficiones, pero siempre necesito salir al mar, bucear en libertad. Bajo el agua... hay una paz mágica. Una paz que nada en la tierra puede darte.

Sienna se imaginaba perfectamente aquella sensación. Flotar ligera en el agua, olvidada de todas las trampas emocionales que la mantenían constantemente en guardia. En aquel preciso instante, el borde del disco solar estalló en una llama anaranjada. Esa vez sí que pudo distinguir el rostro de Brodie. El amanecer se reflejaba en sus ojos.

—El buceo —continuó— me sedujo desde el primer momento. La perspectiva de vivir de ello me pareció una especie de paraíso —se interrumpió—. ¿Y tú? ¿Por qué decidiste hacerte arqueóloga?

Desconcertada por la pregunta, no respondió de inmediato.

—Supongo que nací con ello. Cuando tenía diez años, leí un libro sobre las pirámides y quedé fascinada. En el instituto tuve una profesora de Historia que pasaba los veranos trabajando en

excavaciones en Nueva Zelanda, y para cuando ingresé en la universidad, ya sabía lo que quería estudiar. Resucitar el pasado y preservarlo.

—Oh-oh.

Algo en su tono la impulsó a preguntarle:

—¿Tienes alguna objeción a eso?

—No. Sólo estaba... pensando.

—¿En qué?

—¿Qué es lo que hace que una chica como tú quiera vivir en el pasado?

—¡Yo no vivo en el pasado! Lo estudio —en su fuero interno, se preguntó si no tendría razón. Fue poco después de la ruptura matrimonial de sus padres cuando decidió hacerse arqueóloga. Quizá el deseo de volver a su antigua vida había tenido algo que ver con esa decisión—. Del pasado podemos aprender muchas cosas —añadió.

—¿Saber cómo vivía la gente hace siglos puede ayudarte en algo a vivir la tuya?

—Quizá no directamente, pero no podemos conocernos a nosotros mismos si no conocemos nuestra historia. ¿A ti el buceo te ha enseñado algo acerca de la vida?

—Diablos, claro que sí. Me ha enseñado lo valiosa que es, y a no malgastar ni un sólo segundo. Me ha enseñado que solamente tengo una vida, con sus riesgos inevitables. Buceando he aprendido a ser responsable de mí mismo pero también a velar por mis compañeros, y a confiar en que ellos hagan lo mismo por mí. A aprovechar las oportunidades cuando se presentan y asegurarme de tener un respaldo detrás en caso de que las cosas vayan mal...

—Por eso compraste la tienda —adivinó Sienna.

—Exacto.

El sol se había alzado sobre el horizonte.

—Es la primera vez que tú y yo estamos solos desde que comenzamos el viaje —le comentó Brodie.

—¿De veras? —repuso, aunque lo sabía perfectamente.

—Pensé que quizá me estabas evitando.

Sienna intentó parecer sorprendida.

—Es difícil evitar a alguien en un barco tan pequeño.

De repente Brodie cambió de tema de conversación.

—¿Has estado alguna vez en Parakeo?

En aquella remota isla era donde Rogan se había citado con los buzos profesionales. Allí tenía la gabarra de rescate que había mandado traer de Rarotonga.

—No —respondió—. ¿Por qué no hemos recogido la gabarra y a los buzos directamente en Rarotonga?

—Para evitar rumores indeseados... o que alguien pudiera seguirnos hasta el pecio. Parakeo es un lugar muy tranquilo, con una población de menos de tres mil personas y poca infraestructura turística. Te gustará.

La isla era un cono volcánico cubierto de una densa vegetación tropical, con playas salpicadas de altos cocoteros. El pueblo se extendía en la falda de un antiguo volcán submarino. Había un destartalado mercante cargando en el puerto. Un intenso olor a copra flotaba en el aire.

Cuando el *Bribón del Mar* echó el ancla en la bahía, un ejército de niños nadó hasta el barco.

—¡Hola, hola, señor Rogan, señor Brodie! —saludaban alborozados.

Para cuando Rogan y Brodie botaron la balsa neumática y remaron hasta la costa con Camille y Sienna, un pequeño comité de bienvenida se había congregado en el muelle. Las mujeres llevaban vistosos vestidos, y los hombres pantalones cortos o pareos multicolores.

Enseguida fueron agasajados con collares de flores, sonrisas y apretones de manos. La noticia de la boda de Rogan fue acogida con verdadero júbilo, y Camille se convirtió en el centro de las felicitaciones. Una de las mujeres se volvió hacia Brodie y, señalando a Sienna, le preguntó:

—Brodie... ¿tú también has traído a tu esposa?

—Oh, no —respondió, sonriente—. Sienna es una amiga de Camille.

—Algún día, ¿no? —pronunció la mujer, maliciosa.

Brodie no dijo nada. Pero se volvió hacia Sienna, mirándola con un extraño brillo en los ojos. La comitiva ascendió por la ladera hasta una casa amplia, con sus grandes puertas y ventanas abiertas a la brisa del mar. Les sirvieron pasteles de coco y zumo de naranja. Camille y Sienna conocieron a Tu, un fornido isleño que poseía una escuela de buceo y que había quedado encargado de custodiar la gabarra de Rogan.

—¿Han llegado ya nuestros buzos? —le preguntó Rogan.

—Tilisi está aquí, por supuesto. Joe está en el hotel, esperando. Los otros llegarán mañana en avioneta, desde Raro. Y la gabarra está preparada, aunque supongo que antes querrás inspeccionarla.

—¿Han venido últimamente forasteros por la isla? ¿Alguien haciendo preguntas?

Tu se encogió de hombros.

—Buceadores, surfers... Un tipo apareció en un yate y nos hizo algunas preguntas. Dijo que era escritor y que estaba preparando un libro sobre el Pacífico.

Brodie y Rogan se miraron.

—¿Llegó a ver nuestra gabarra?

—No es fácil esconder algo tan grande en una isla tan pequeña —respondió, sonriendo—. Le dije que era para los buscadores de perlas. No sé si me creyó.

Una hora después los cuatro subieron hasta el único hotel de la isla, un antiguo edificio de dos pisos en la ladera del volcán. Encontraron a los dos buzos en el bar. Joe era australiano, con una amplia experiencia en rescates submarinos. Tilisi se había graduado en la escuela de Tu y llevaba varios años buceando de manera profesional. Saludaron efusivamente a Brodie y a Rogan, que les presentaron a las mujeres.

Tilisi estrechó la mano de Sienna, lanzándole una sonrisa de admiración.

—¡No sabía que las arqueólogas eran tan bellas!

Sienna se echó a reír.

—Cuidado con él —le advirtió Brodie—. No es tan inocente como parece.

—Brodie... —lo miró con expresión dolida—. ¡Yo creía que eras amigo mío!

—Y lo soy, por eso te conozco tan bien...

Poco después se dedicaron a inspeccionar la gabarra, atracada en un rincón del muelle. Sienna se declaró satisfecha con su equipamiento. Llevaba incluso grandes bañeras de plástico para los objetos delicados que corrieran peligro de deteriorarse. Rogan tenía intención de hacer algunas modificaciones de última hora, pero calculaba que en un par de días la embarcación estaría lista para zarpar.

—Le prometí a Sienna que le enseñaría la isla —le dijo Brodie. Todavía quedaban varias horas para que se pusiera el sol—. ¿Me necesitas para algo?

—Adelante. Nos veremos después.

Minutos después Brodie y Sienna cruzaban la calle principal y entraban en el mercado al aire libre. Allí compraron unos mangos y se fueron a comerlos a la playa.

—Deliciosos —exclamó Sienna—. Aunque también un poco complicados de comer... —añadió, sonriente, mirándose las manos pegajosas de zumo.

Se las lavaron en un arroyo cercano. De repente Brodie le preguntó:

—¿Te apetece beber leche de coco?

Sienna alzó la mirada a los altos cocoteros que llegaban hasta el borde del mar.

—¿Te estás ofreciendo a bajarme uno?

—¿Crees que no puedo?

—Yo no hago apuestas.

—Gallina. Arriésgate por una vez. Aunque, de todas formas, perderías.

—Demuéstramelo —lo desafió.

Brodie se echó a reír. Después de descalzarse, se quitó el cinturón y se sirvió de él para trepar por el tronco, usando la misma técnica de los nativos. Cuando llegó a lo alto, sacó un cuchillo.

—Apártate —le gritó.

Y empezaron a llover cocos verdes. Segundos después estaba de nuevo abajo, sonriendo triunfal. Sienna no pudo menos que aplaudir su actuación.

Partió los cocos con el cuchillo y bebieron cada uno de una mitad.

—Es fantástico —comentó Sienna mientras bebía el jugo fresco, dulce.

—Espérame aquí —le dijo de pronto Brodie. No tardaré.

Sienna se quedó sentada en la arena, apoyada contra el tronco del cocotero, la barbilla apoyada en las manos. Llevaba un sombrero de paja. El sol arrancaba cegadores reflejos al mar. Se sentía soñolienta y feliz. Y viva. Jamás se había sentido tan llena de vida como en aquel momento.

Brodie apareció al cabo de unos diez minutos, montado en una motocicleta.

—¿Dónde has conseguido eso?

—Me la han dejado. Sube.

Vaciló sólo por un instante. Luego, con una punzada de excitación, subió a la moto.

—Será mejor que te agarres bien. Las carreteras están llenas de baches.

No bromeaba. Conforme ascendían por la carretera flanqueada de plantaciones de piña y plataneras, árboles del pan y gigantescos hibiscos, la carretera se iba estrechando cada vez más. Brodie redujo la velocidad y Sienna no lo soltó en ningún momento, enlazadas las manos en su cintura.

Tenía los abdominales muy duros, y a través de la tela de la camisa podía sentir el calor de su piel. Intentó distraerse con algo, concentrarse en la vista del mar, en los niños que los saludaban, en las mujeres que preparaban la comida en los porches de las cabañas. Pero seguía agudamente consciente del cuerpo de Brodie pegado al suyo, del firme latido de su corazón...

Finalmente la carretera se convirtió en un simple sendero y tuvieron que bajar.

—A partir de aquí hay que seguir a pie.

La senda empinada se perdía entre los árboles, a través de un

verdadero túnel de vegetación. Cinco minutos después salieron a un claro, en una especie de meseta rocosa. Abajo se veía el pueblo con su pequeño puerto. Y detrás el mar, en todo su esplendor.

Cuando se giró en redondo, Sienna descubrió que desde allí arriba podía dominarse toda la isla. En el extremo opuesto al muelle, anclado cerca de la playa, descubrió un buque pesquero de grandes proporciones.

—No es de aquí —le comentó Brodie.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie en esta isla se puede permitir un barco de ese tamaño.

Permanecieron allí durante unos minutos más. Tenían que volver, ya que habían quedado a cenar en el hotel.

Encontraron a Camille, Rogan y a los demás tomando una copa en la terraza que dominaba el puerto. Brodie le sacó una silla a Sienna y pidieron bebidas.

—¿Os lo habéis pasado bien? —les preguntó Rogan.

Brodie la miró, esperando que respondiera.

—Fenomenal —contestó, sincera. Hacía mucho tiempo que no había disfrutado tanto—. Brodie es un gran guía.

Alzó su copa hacia ella, agradeciéndole el elogio. El brillo de su mirada le aceleró el corazón. «Cuidado», le aconsejó una voz interior, pero la ignoró. El día aún no había terminado, y la placidez y la serenidad de aquella isla se estaban infiltrando en su alma. No quería mostrarse cauta, miedosa, temerosa de su propia susceptibilidad. Tenía suficiente experiencia y se conocía a sí misma lo bastante como para saber mantener sus sentimientos bajo control.

Más tarde cenaron todos juntos. El hotel había organizado un espectáculo de danza tradicional. Varias mujeres isleñas salieron a la pista, ataviadas con vistosos pareos, contoneando sensualmente las caderas. Los hombres no tardaron en rodearlas, con sus brillantes torsos desnudos, al son de los tambores. Tras una ronda de aplausos, los bailarines invitaron al público a reunirse con ellos.

Rogan arrastró a la pista a Camille, riendo. Resultaba evidente que no era ningún neófito en aquel baile. Tilisi, a su vez, sacó a Sienna.

—¡Eres buena! —exclamó, admirado—. Bailas muy bien. Seguro que no es la primera vez que lo haces.

Tenía razón. Le había enseñado a bailar una joven de Rarotonga con la que había hecho amistad años atrás, en un viaje a las islas Cook. Tilisi le sonrió y Sienna le devolvió la sonrisa. Se estaba desinhibiendo cada vez más, por momentos...

De repente Brodie apareció al lado de Tilisi, le dijo algo al oído y el joven se alejó riendo. Colocándose frente a Sienna, se puso a bailar. Tampoco para él era la primera vez. Extendió los brazos y los acercó a su cintura, sin tocarla en ningún momento, y sin dejar de mirarla a los ojos.

Sienna había bebido dos copas de vino durante la cena, no lo suficiente para emborracharse, pero sí para volverla más atrevida. Bajo la intensa mirada de Brodie, empezó a acentuar el contoneo de sus caderas. Y a mirarlo también a los ojos en una especie de silencioso duelo erótico...

Capítulo 5

EL FRENÉTICO ritmo del tambor pareció mezclarse con el del corazón de Sienna, que no se detuvo cuando terminó el baile. Respiraba aceleradamente. Vio que Brodie tenía la frente perlada de sudor. Por un instante permanecieron de pie, mirándose con un brillo de deseo en los ojos.

Sienna intentó decirse que no se trataba de ningún sentimiento profundo. Ambos se habían visto arrastrados por la energía sexual generada por los tambores y por el erotismo del baile. Los otros bailarines ya estaban abandonando la pista. Camille y Rogan desaparecieron discretamente por una puerta lateral.

Sienna desvió por fin la mirada de Brodie y lo siguió hasta su mesa, esforzándose por recuperarse. El resto de la tripulación estaba a punto de dirigirse al bar.

—Ésta será la última oportunidad de saborear una buena copa. Al menos por una temporada —comentó Joe.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Brodie a Sienna.

Nerviosa y acalorada, pensó en dar un paseo por el muelle, a la luz de la luna. Así se calmaría un poco.

—No, vete con ellos. Voy a salir a dar un paseo.

—Sola, no. Te acompañaré.

—Este lugar es el más seguro del mundo, ¿no te parece? —inquirió, disimulando una punzada de ansiedad.

—Insisto en acompañarte.

No consiguió disuadirlo. Se dirigieron por la estrecha carretera hasta las afueras del pueblo. Una vez allí siguieron por un sendero

que bordeaba el bosque. Las sombras de los árboles ocultaban casi por entero el camino, y Sienna tropezó un par de veces.

Salieron a una pequeña cala, un promontorio de granito rodeado de una barra de arena. Brodie la ayudó a trepar por las enormes rocas. La luz de la luna se reflejaba en el mar. Desde allí podían ver su barco anclado en la bahía, meciéndose plácidamente.

En la oscuridad un pez saltó en el agua, con su reflejo de plata. Sienna dio un paso hacia el borde de la roca y se vio asaltada por una sensación de vértigo.

—Cuidado —se apresuró a sujetarla, rodeándole la cintura.

—Perdona —no sabía que estaba tan cerca.

—¿Estás bien?

—Sí. No me había dado cuenta de que estábamos tan altos.

—¿Te asustan las alturas?

—No más que a la mayoría de la gente, supongo. Lo que pasa es que esto es más empinado de lo que creía. Ya puedes soltarme.

—¿Y si no quiero? —murmuró.

Sienna contuvo el aliento. No podía responder, aunque el sentido común le aconsejaba decir algo, cualquier cosa, para romper la magia de aquel instante.

De repente Brodie inclinó la cabeza y la besó en los labios, iniciando una lenta pero apasionada exploración que la dejó debilitada de deseo. Su aroma masculino se mezclaba con el perfume de las flores y con el olor penetrante del mar. Todas las fibras nerviosas de su cuerpo parecían haberse despertado de golpe, hasta el punto de que podía sentir la caricia de la luz de la luna en sus párpados cerrados. Y cuando Brodie interrumpió el beso y alzó una mano para acariciarle una mejilla, un estremecimiento de inefable placer la recorrió de la cabeza a los pies.

Suspirando, la soltó. Sienna estaba tan mareada como cuando se acercó al borde del abismo, apenas unos segundos antes. Jamás en toda su vida la habían besado de aquella manera. Nunca se había sentido tan viva, tan feliz. Pero su naturaleza precavida se resistía a la tentación. Haciendo un inmenso esfuerzo, se apartó de él.

—Creo que... deberíamos irnos.

—Sí —repuso Brodie al cabo de un silencio.

Bajaron por las rocas. En ningún momento volvió a dirigirle la palabra.

De regreso en el barco, sonrió al ver cómo se apresuraba a meterse en su camarote.

—Buenas noches.

Brodie se dirigió a su camarote, pensativo. La intimidad en un barco llevaba inevitablemente a estrechar lazos. A hablar. A hacerse confidencias. Pero, en ese aspecto, Sienna se había mostrado notablemente reticente.

Una noche, cuando estaban a solas en cubierta, él le había hablado de su familia, de sus cuatro hermanos. De su madre, una maestra que seguía dando clases en una pequeña escuela rural. Y de su padre, que había sido pescador y había muerto en el mar.

—¿No te alejó eso del mar? —le había preguntado ella, curiosa.

—No. Supongo que heredaré sus genes. Era una vida dura y no se ganaba mucho en aquellos tiempos.

—¿Tu madre no se preocupa por ti? ¿Por lo peligroso de tu trabajo?

—Jamás nos ha impedido hacer lo que queríamos. Siempre ha respetado nuestros deseos. ¿Y tú? ¿Tienes una madre preocupándose por ti en tierra?

—Soy una mujer adulta. Sabe que puedo cuidar perfectamente de mí misma.

—¿Y tu padre?

—La verdad es que no lo veo. Están divorciados.

—¿Te importa... no verlo?

Sienna se había quedado en silencio durante un rato, contemplando el horizonte.

—Supongo que es culpa mía. No pude perdonarlo. Y cuando finalmente mi hermano y yo lo visitamos, estaba triste, resentido.

—¿Fue él quien se marchó del hogar? ¿Hubo otra mujer?

—Sí —había afirmado, reacia—. Ahora tiene otra familia.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Quince años. Pero estoy bien. Hace mucho que lo superé.

—¿Y lo perdonaste?

—Me alegro de que sea feliz.

Pero Sienna no lo era. Resultaba evidente por el tono de su voz, y por la forma que tuvo de darle la espalda e interrumpir la conversación.

Aquella noche, en la isla, no se había mostrado tan esquiva cuando la besó. Tampoco le devolvió el beso, pero no se opuso. Sin embargo, cuando se separaron y Sienna comentó simplemente que debían volver al barco, no pareció en absoluto afectada por aquel episodio.

Cerró la puerta del camarote a su espalda y encendió la luz. No podía dejar de pensar en aquel beso. Cuando cerró los ojos, volvió a ver a Sienna vestida de dama de honor en la boda de su amiga, con el sol arrancando deslumbrantes reflejos a su cabello. Y pensar que ese mismo día alguien le había preguntado si era su novia...

Abrió los ojos, sacudiendo la cabeza. La boda de Rogan lo había impresionado demasiado. Lo había hecho pensar en cosas que jamás antes se le habían pasado por la cabeza. Tendría que ser paciente. Sienna y él trabajarían codo a codo. Llegarían a conocerse mejor, sin sexo de por medio...

Se estaba desabrochando los pantalones cuando se detuvo de repente. ¿Desde cuándo el sexo había sido un obstáculo? Hasta ese momento, siempre lo había considerado un medio eficaz de conocer a una mujer. Rápido, fácil y agradable. «Fácil, por supuesto», pensó con una punzada de culpabilidad. Sabía que, de alguna manera, lo fácil y lo rápido eran términos que no congeniaban bien con Sienna.

Al día siguiente, Rogan y Brodie terminaron de equipar la gabarra. Camille y Sienna pasaron la mañana ordenando el *Bribón del Mar* y preparando la comida del mediodía.

Sienna evitó todo lo posible a Brodie, contenta de que la presencia de los demás lo disuadiera de entablar cualquier conversación personal. No podía quitarse de la cabeza el beso de la noche anterior. Después de la comida se fue con Camille a comprarse pareos, la prenda más cómoda que podían llevar con aquel calor tropical.

Se puso uno aquella misma noche para cenar en el hotel. La

mirada de Brodie se entretuvo durante unos segundos en sus hombros desnudos, y Sienna intentó reprimir una punzada de orgullo al distinguir en sus ojos un brillo de admiración.

Mientras todos los demás pedían copas después del postre, salió discretamente por la terraza y bajó a la playa. Sabía que Brodie no lo aprobaría, pero necesitaba tiempo para estar sola, para pensar. Para recordarse a sí misma que no podría soportar otro choque emocional en su vida, y que ya había pasado por experiencias similares con hombres muy parecidos a él. Aquél era un camino que no deseaba volver a recorrer.

Se quitó las sandalias y metió los pies en el agua. No había nadie cerca; era como si estuviera completamente sola en la isla. Solamente se oía el susurro del viento en las palmeras y el rumor de las olas del mar. Presa de un irresistible impulso, se deshizo el nudo del pareo y lo dejó en la arena, con las sandalias, antes de zambullirse para nadar.

Era maravilloso sentir la caricia del agua fresca en la piel desnuda. Nadó unas brazadas y se tendió de espaldas, flotando, contemplando el cielo tachonado de estrellas. Nunca había tenido una conciencia tan aguda e intensa de su propio cuerpo. Era como si el mar la hubiera despojado de toda inhibición, como si fuera una nueva diosa Venus nacida de las aguas.

Volvió a la playa. Acababa de recoger el pareo cuando distinguió un leve movimiento entre los árboles. Instintivamente se cubrió los senos.

—¿Quién anda ahí?

Una figura masculina se recortó en la orilla, vestida con unos vaqueros y una fina camiseta.

—Soy yo —era la voz de Brodie—. No pasa nada. Sienna. Lo siento. No quería que te dieras cuenta.

—¿Me has estado espiando? —le preguntó con el corazón acelerado.

—Mirándote —admitió, sin dejar de acercarse—. Te seguí desde el hotel... ya te dije anoche que no debías salir sola. Evidentemente no querías compañía, así que procuré que no me vieras. No imaginaba

que querías bañarte desnuda.

—Ha sido un impulso. Tú... no deberías haberme... mirado.

—Lo sé —bajó la voz—. No pude evitarlo. Eres tan hermosa... Parecías una diosa. Una sirena. Mágica, misteriosa...

Sienna experimentó un traicionero arrebató de entusiasmo, de excitación. Suspiró profundamente y el pareo le resbaló por un hombro, desnudándole un seno. Sabía que debería subírselo de nuevo pero, en lugar de ello, permaneció inmóvil. Mirándolo a los ojos.

Fue Brodie quien, alzando lentamente una mano, volvió a colocarle el pareo en su lugar.

—Será mejor que te cubras —le dijo con tono suave—. Si quieres estar a salvo.

—Quizá no quiera estar a salvo... —repuso— esta noche.

Durante unos segundos, Brodie se la quedó mirando en silencio. Y estaba tan inmóvil que Sienna llegó a preguntarse si la rechazaría, después de todo. Pero poco después sintió la caricia de su aliento en los labios.

La besó en los párpados con exquisita ternura.

—Abre los ojos, Sienna —le pidió con voz ronca, no muy firme.

Obedeció reacia. Tenía el rostro tan cerca del suyo...

—Quiero hacerte el amor. ¿Tú también lo deseas?

—Sí —pronunció en un murmullo.

Le echó los brazos al cuello y Brodie aceptó la invitación, atrayéndola hacia sí. La acariciaba con ternura, pero Sienna no tardó en descubrir que no era eso lo que quería. Percibiéndolo, empezó a besarla con pasión, explorando con la lengua el dulce interior de su boca. Luego la despojó del pareo y lo extendió sobre la arena para que se tumbara encima, al tiempo que se desabrochaba los vaqueros.

Ella lo ayudó a desembarazarse de ellos, al igual que la camiseta. Y se quitó la braga del biquini. Nunca había ansiado con tanta impaciencia acariciar el cuerpo de un hombre, sentir su piel desnuda presionada contra la suya...

Brodie intentaba tomarse su tiempo mientras la acariciaba por todas partes, tentando, explorando, seduciendo... Excitándola por

completo. La luz de la luna descubría la tensión de sus rasgos mientras se esforzaba furiosamente por mantener el control, con un brillo torvo en los ojos.

Sienna se sentía desgarrada entre prolongar aquel delicioso preludeo o precipitar la cumbre del placer que poco a poco se acercaba con cada beso, cada caricia. Finalmente, con su propio cuerpo le dio a entender que lo necesitaba en aquel preciso instante, con urgencia... y se zambulló en un éxtasis que jamás antes había experimentado. Sabía que estaba allí, con ella, dentro de ella, flotando, navegando juntos en una inmensa ola de pasión y abandono.

Cerró los ojos, agotada, la cabeza enterrada en su pecho. Y lentamente, muy lentamente, regresó a tierra.

Brodie le besó el cabello, las mejillas y, meticulosamente, los labios. Sólo entonces, cuando la apartó, se dio cuenta Sienna de que se había preparado para aquello. Sintió un escalofrío irracional. Era algo muy razonable por su parte, sobre todo después del beso que habían compartido la noche anterior, a la luz de la luna. Debería haber esperado algo así. Incluso mientras ella seguía fingiendo que no ocurriría nada, que aún podría refrenar su deseo...

Pero una vez culminado el acto amoroso se sentía vacía, extrañamente desapasionada, sin emoción. Brodie se apartó y ella se sentó, cubriéndose con el pareo. Se la quedó mirando por un momento y empezó a vestirse. El ruido de la cremallera resonó en el silencio. Sienna, a su vez, se puso la braga del biquini.

—¿Estás bien? —le preguntó Brodie.

—Sí —respondió, pero se apartó cuando él fue a tocarla—. Necesito urgentemente una ducha —se dirigió hacia el barco.

Cabizbajo, caminó a su lado, las manos en los bolsillos.

—Debo decir que me has sorprendido —parecía como si algo lo molestara—. No esperaba que...

—No nos vamos a poner a analizarlo ahora —más que sorprendida, estaba consternada. Era como si otra mujer se hubiera apoderado de su cuerpo, de su mente. Una mujer que no conocía y en la que no confiaba. La aterraba que hubiera terminado haciendo

aquello casi contra su propia voluntad—. Sucedió y punto. Estuvo bien y ya está.

—¿Tú crees?

—Por supuesto —apresuró el paso. Se había dejado llevar por la pasión. Ahora tenía que volver a la cordura, a la realidad. Protegerse a sí misma.

Brodie permaneció en silencio durante todo el trayecto de regreso al barco. Una vez allí, Sienna se duchó y se fue a la cama. Al día siguiente dejarían la isla y se reducirían las posibilidades de otro encuentro íntimo como aquél. Quizá recuperaría un mínimo de juicio, de sentido común.

¡Cuánto habría dado para que Brodie no siguiera a bordo!

Al día siguiente el *Bribón del Mar* se hizo de nuevo a la mar, con el único remolcador del puerto tirando de la gran gabarra donde los buzos podían comer, dormir y trabajar. Veinticuatro horas después, la gabarra fue anclada cerca del lugar donde yacía el pecio, lo suficientemente alejado para que el ancla no lo dañara.

El *Bribón del Mar* fue amarrado al lado. Los buzos, junto con un ingeniero de Parakeo encargado del cabrestante, transportaron su equipo a la gabarra y se aprestaron al trabajo. Uno de los nuevos, un estadounidense grande y fornido llamado Hunk, había recibido preparación médica, y otro, el noruego Olin, poseía un sofisticado equipo de cámaras submarinas. Brodie y Rogan se habían dedicado a estudiar el funcionamiento del sonar y otros instrumentos diseñados para rastrear los fondos marinos.

—En el mar —le había dicho Brodie a Sienna—, siempre es bueno saber un poco de todo. Y más barato también. Y cuanta menos gente sepa dónde estamos, menos posibilidades tenemos de que se filtre la localización del pecio.

Sienna y él hicieron una exploración preliminar, para que pudiera echar un vistazo al barco antes de que empezaran los trabajos. Bajaron con bombonas, aunque estaba previsto que los buzos bajaran con escafandra y respiraran por un tubo conectado a un equipo de aire instalado en la gabarra, para poder permanecer más tiempo en el fondo.

Tal y como había vaticinado Brodie, sintió una punzada de excitación al descubrir la silueta del casco hundido, medio enterrado en la arena. Nadaron hacia allí, y no tardaron en distinguir un enorme agujero abierto en la panza del buque. Brodie se ocupó de señalar la localización con una boya antes de asomarse el hueco. Luego le indicó que lo siguiera y empezó a ascender por la cuerda de la boya.

Minutos después subían a bordo de la gabarra, donde Rogan y los demás los estaban esperando. Brodie se quitó la máscara con expresión abatida.

—Alguien ha abierto en el casco un gran agujero —anunció, soltando una imprecación.

Todo el mundo quedó consternado.

—¿Ese agujero no estaba allí antes? —inquirió Sienna, con su máscara en la mano.

—No —respondió Brodie.

Ella también se llevó un buen disgusto. Podía imaginarse el destrozo que habría causado aquella explosión.

—¿Entrasteis dentro? —inquirió Rogan.

—No. Hay mucha madera hecha astillas, incluidas varias vigas de gran tamaño. Y Dios sabe qué más puede haber. Acceder al interior del barco por el agujero puede ser muy peligroso. Corremos el riesgo de herirnos o quedarnos atrapados dentro.

—Me pregunto si los responsables de ese desaguisado llegarían a intentarlo —comentó Hunk, el estadounidense.

Todo el mundo se estaba preguntando qué cantidad del tesoro se habrían llevado.

—Tendrían que estar locos para hacer algo así —pronunció Brodie—. Eso es una trampa mortal.

Rogan tomó una decisión:

—Desenterraremos todo lo posible el pecio antes de intentar limpiar el agujero.

A la mañana siguiente avistaron un barco, anclado no muy lejos. Era un antiguo pesquero.

—Maldición, no pueden quedarse allí —dijo Rogan—. Si lanzan

las redes podrían engancharse en nuestros equipos, o incluso en nuestros buceadores. Es demasiado peligroso.

Brodie lo enfocó con los binoculares.

—Es el *Scorpio*. Estoy seguro de haberlo visto anclado en Parakeo. Anoche detectamos algo en el radar. Probablemente era él.

—¿En Parakeo? Yo no lo vi en el puerto.

—Estaba anclado en el otro extremo de la isla.

—Intentaré contactar por radio.

Rogan volvió minutos después, informando de que el capitán del *Scorpio* se negaba a retirarse.

—Dice que está en zona de pesca. Y que trabajan aquí regularmente.

—¿Tan cerca del arrecife? —inquirió Brodie.

—Eso parece —musitó Rogan—. Quizá sean los responsables del agujero en el casco.

—Algunos pesqueros utilizan dinamita para obligar a los peces a subir a la superficie —intervino Joe, el australiano pelirrojo.

—Eso es ilegal, ¿verdad? —preguntó Sienna.

—Sí —confirmó Joe—. Pero estamos en alta mar, y aquí... ¿quién se va a enterar?

—En cualquier caso, he informado al capitán de que tenemos autorización legal para quedarnos aquí, y le he pedido amablemente que se mueva —dijo Rogan—. Aunque no está obligado a hacerlo.

—Podríamos obstaculizarle la pesca con nuestros equipos —sugirió Brodie—. Las burbujas de nuestros tubos aspiradores ahuyentarán a los peces.

Sienna le lanzó una mirada dubitativa.

—Pero ellos tienen tanto derecho a quedarse aquí como nosotros, ¿no?

—El Pacífico es un mar muy grande. Hay otros bancos de peces aparte de los que están al lado del *Maiden's Prayer* —replicó antes de volverse hacia Rogan—. ¿Podríamos ofrecerles alguna compensación a cambio de que se movieran?

—No lo considero prudente. En realidad no sabemos exactamente por qué están aquí. Han aparecido justo cuando estábamos

dispuestos a empezar. Dudo que se trate de una pura coincidencia...

—No creo que sea tan estúpido como para lanzar las redes tan cerca de nuestras anclas —apuntó Brodie—. De cualquier modo, podemos empezar, siempre y cuando nos mantengamos cerca de la gabarra.

—Muy bien. Lo primero es aspirar parte de la arena que recubre el casco. Todavía no sabemos si el casco está entero o disperso en trozos. Y, Sienna, tú puedes ir empezando a practicar con el nuevo programa informático.

El programa en el que Rogan la había iniciado mientras navegaban hacia su destino permitía una visualización simultánea de las imágenes captadas por las cámaras de los buzos, instaladas en sus escafandras.

—Podría haber objetos frágiles allá abajo —señaló Sienna—. Objetos valiosos no desde un punto de vista arqueológico, sino comercial.

—Iremos con cuidado —le prometió Rogan.

—Desde luego —convino Brodie—. No queremos estropear nada.

La miró con expresión supuestamente reconfortante... pero el calor de su mirada la derritió por dentro. Como si le estuviera recordando la noche de amor que tanto se estaba esforzando por olvidar.

Una vez que se zambulleron los dos primeros buzos con escafandra, provistos de tubos aspiradores, Sienna y Brodie se sentaron en la cabina de control que se levantaba en el centro de la gabarra, observando la operación por las pantallas de ordenador.

Intentó ignorar el roce de su brazo desnudo. Y concentrarse en los monitores en vez de admirar los reflejos que el sol arrancaba a su pelo. Para su propia desgracia, aquel hombre era demasiado sensual.

Capítulo 6

LA ARENA se levantaba en densas nubes mientras los buzos barrían el casco del barco hundido con sus tubos aspiradores. Sienna sabía exactamente dónde estaban, ya que los números de la pantalla indicaban su cuadrante exacto. En cubierta, Camille y Rogan observaban los filtros adonde iba a parar la arena aspirada, a la espera de distinguir algún objeto.

Pero el entusiasmo fue decayendo conforme progresaban los trabajos y seguían sin encontrar nada interesante: pedazos de coral, fragmentos de madera que apartaron para examinarlos más tarde... Un objeto redondo encontrado por uno de los buzos resultó ser un flotador de pesca moderno. Brodie murmuró, removiéndose incómodo:

—Alguien ha limpiado todo esto.

—Lo que quiere decir que alguien más se enteró de la localización del pecio —sugirió Sienna.

—Rogan lo mantuvo en el mayor de los secretos. La primera vez que se zambulló aquí, lo hizo acompañado de Camille. Y la segunda vez yo estaba con él.

—¿Y qué pasó cuando estuvo en Rarotonga para preparar la gabarra? ¿Quién más pudo haberse enterado?

—Un buque de la Marina recogió a Camille y a Rogan la primera vez. Su capitán juró guardar el secreto, pero tal vez algún miembro de la tripulación sumó dos más dos, sobre todo cuando la prensa empezó a airear la historia y los periodistas se dedicaron a difundir toda clase de teorías dado que Rogan se negó a hablar con ellos. Y

James Drummond anda suelto por alguna parte. Él conoce la localización. Y el capitán de su barco.

—Que está en la cárcel —le recordó Sienna. El hombre lo había confesado todo, y juraba y perjuraba que había sido Drummond quien había planificado la operación.

—Ya, pero pudo haber hablado con sus compañeros de prisión... y quizá alguno ya esté fuera.

Cuando ascendieron los primeros buzos y entraron en la cámara de descompresión, dos más se sumergieron y el trabajo continuó. Fue entonces cuando tropezaron con el primer hallazgo del día. Uno de los buzos subió a la superficie para enseñarles lo que parecía un candelabro antiguo.

Sienna pulsó el zoom de la pantalla y detuvo la imagen de la localización exacta para archivarla. Brodie, a través del equipo de comunicación incorporado en la escafandra de los buzos, le pidió a Joe que lo guardara en la cesta. Joe alzó los pulgares y depositó cuidadosamente el objeto en el cesto de alambre que le habían acercado, antes de seguir trabajando.

Poco después, el compañero de Joe encontró algunos fragmentos de porcelana y un plato aparentemente intacto. Pero, según Brodie, la tarea más inmediata consistía en identificar en qué extremo del casco se encontraban, y si se conservaba entero o no. Cabía la posibilidad de que estuviera quebrado y que los restos hubieran sido dispersados por las corrientes marinas.

Para el final de la jornada, izaron la gran cesta metálica a bordo y Sienna se ocupó de examinar su contenido. El pesquero se había alejado, pero en ningún momento había desaparecido de su vista. Antes de que anocheciera, incluso volvió a anclar en el mismo sitio.

Después de cenar, Sienna se levantó de la mesa para volver al laboratorio. Brodie entró cuando estaba limpiando una botella de cristal de restos coralinos.

—¿Qué tal? —le preguntó, echando un vistazo por encima de su hombro—. ¿No tienes miedo de romper el vidrio?

—No si llevo suficiente cuidado. Se necesita paciencia.

Brodie se dedicó a contemplarla. Parecía ensimismada, ajena a

todo lo demás. Mientras estuvo recorriendo la isla con ella, había albergado la esperanza de que terminara sincerándose, abriéndose a él. De hecho, cuando hicieron el amor se mostró absolutamente desinhibida, generosa, entregada... para de inmediato volver a cerrarse en banda, expulsándolo de su mente, de su corazón.

—Sienna... en la isla llegamos a intimar mucho, al menos físicamente.

—Hacía una noche muy hermosa. Supongo que ambos nos dejamos llevar por una especie de romanticismo tropical.

«Excusas», pensó Brodie, irritado.

—Fue bonito —añadió ella.

¿Bonito? Había sido mucho más que eso. Había sido algo que debía atesorarse en la memoria... y repetirse. Vio que seguía limpiando la botella con sus instrumentos.

Sienna escondía su verdadera naturaleza tras una fachada de indiferencia y quizá incluso de cinismo. No era tan dura como le gustaba hacer creer. Por dentro era tan frágil como el vidrio que estaba limpiando con tan exquisito cuidado. Brodie estaba seguro de ello.

—Yo creí que en aquella playa compartimos algo muy... especial.

—Nos lo pasamos bien —se encogió de hombros.

—Confiaba en que llegaríamos a pasárnoslo aún mejor.

—Si lo que quieres decir es que esperas volver a acostarte conmigo, pues lo siento... eso es algo que no va a suceder.

Estuvo tentado de espetarle un «¿quieres apostar?», pero se contuvo. Como si estuviera reflexionando en voz alta, pronunció:

—Espero que no me odies.

Aquello sí que logró atraer su atención.

—¡Claro que no te odio! —se ruborizó.

—¿A quién odias?

—¡A nadie!

Ni siquiera a su padre, pensó Brodie. Le había dicho que se alegraba incluso de que fuera feliz. Decidió correr el riesgo.

—¿Qué me dices del tipo... o de los tipos... que te hicieron daño en el pasado?

Sienna desvió la mirada.

—Todo el mundo sufre por algo en esta vida.

—¿Hasta el punto de negarte a ti misma vivirla, disfrutar de ella?

—Me gusta la vida que llevo —replicó, mirándolo con expresión hostil—. Me encanta mi trabajo. Tengo muchos amigos. Un hermano con el que estoy muy unida. Y mi madre. ¿Te parezco acaso una persona que inspire compasión?

—No sé, tengo la impresión de que te esfuerzas por esconderte, por encerrarte en ti misma. Como si temieras dejarte llevar. ¿De qué tienes miedo?

—¡Yo no tengo miedo!

—Demuéstramelo.

—Vas a tener que cambiar de táctica —comentó, burlona—. No voy a irme de nuevo a la cama contigo sólo para demostrarte que no te tengo miedo.

Brodie soltó una carcajada.

—No hubo ninguna cama aquella primera vez, si mal no recuerdo. Sólo tú, yo, y la luz de la luna en la playa. Y fue suficiente con eso, ¿verdad?

—Desde luego, y por eso no pienso repetirlo —volvió a concentrarse en la botella—. Necesito seguir trabajando. Me estás distraendo.

Interpretando aquella reacción como una buena señal, se dirigió hacia la puerta.

—Hasta luego —y se volvió rápidamente, sorprendiendo en su rostro una expresión anhelante, de nostalgia...

Sienna se apresuró a bajar la cabeza, aparentemente absorta en su trabajo.

Quizá había imaginado aquella mirada, después de todo.

Permaneció con la cabeza baja, mirando la botella de vidrio sin verla en realidad. Una extraña tensión le atenazaba el estómago. Debió haber tratado a Brodie como hacía con Tilisi, que siempre estaba flirteando de broma con ella. Era como un juego. Resultaba divertido. Pero con Brodie era diferente.

Había sucumbido a sus encantos una vez, así que confiaba en

tener éxito una segunda. Y quizá estuviera espoleado por la indiferencia que le había demostrado desde entonces. Evidentemente se trataba de una experiencia novedosa para él, acostumbrado como estaba a todo lo contrario.

Varios días después el pesquero desapareció del horizonte y del radar. Los buzos seguían aspirando arena del casco, que parecía haberse conservado casi intacto. Sienna había acumulado ya muchos objetos para catalogar, entre ellos una media docena de mosquetes oxidados. Concluyó que el candelabro de Joe databa de mediados del siglo XIX. Con sólo seis buzos con escafandra trabajando con aire suministrado desde la superficie, Brodie buceaba a la vez que hacía de supervisor. Después de una de sus inmersiones le entregó a Sienna una brillante cadena, la leontina de un reloj de bolsillo.

—Es preciosa —exclamó—. Parece nueva.

El oro no había perdido lustre, a pesar del tiempo transcurrido.

—El oro es así. Dura para siempre —comentó Brodie cuando subió a bordo—. Supongo que es por eso por lo que se utiliza en las alianzas matrimoniales.

—Me temo que una alianza de oro dura bastante más que cualquier matrimonio. Al menos en estos tiempos.

—¿En estos tiempos, dices?

—Divorciarse ahora es mucho más fácil que antes. La gente puede abandonar a su pareja cuando quiera.

—¿Como tu padre?

Sienna alzó rápidamente la mirada antes de fingir concentrarse de nuevo en la cadena.

—Estaba generalizando —se arrepentía de haberle hablado de su padre.

—Mis padres todavía siguen juntos después de cuarenta años.

—Me alegro por ti.

—¡Eh!

—Perdona —se disculpó, sintiéndose culpable—. No quería parecer sarcástica.

—A mí eso me parece muy hermoso —le dijo Brodie—. Algo a lo que me gustaría aspirar, si alguna vez llego a casarme.

—Bueno, pues que tengas suerte.

La miró pensativo.

—Parece como si pensaras que la fuera a necesitar...

—No es algo personal.

—¿Alguna vez has pensado en casarte?

Aquella pregunta la sorprendió.

—De niñas, todas las mujeres soñamos con un vestido blanco y con un príncipe azul. Por desgracia, los príncipes de ese tipo escasean.

—¿Estás esperando a alguno?

Cuando volvió a mirarlo, descubrió que estaba esbozando una sonrisa burlona. Evidentemente, no se estaba tomando en serio aquella conversación.

—¡Cielos, no! He pasado por esa etapa. Ya no espero a nadie. Y tengo cosas más importantes que hacer, como fechar esta cadena —y se sentó al ordenador para consultar sus archivos.

Brodie se la quedó mirando durante unos minutos, antes de volverse para recoger un soberano de los varios que había sobre la mesa.

—¿Por qué un barco con destino a Estados Unidos llevaba dinero inglés?

Contenta de cambiar de tema, se lo explicó:

—La moneda británica seguía utilizándose en Australia a mediados del siglo XIX. Antes, las monedas de oro o de plata valían por la calidad del metal del que estaban hechas, aparte de su nacionalidad. Los mineros, sin embargo, solían atesorar sus fortunas directamente en oro. Pepitas, polvo o lingotes. Pero, aparte de estos pocos soberanos, hasta el momento no hemos encontrado mucho oro atesorado...

—El *Maiden's Prayer* llevaba a bordo una caja fuerte llena de lingotes de plata. Todavía no la hemos encontrado.

—¿Y si resulta que la encontramos y está vacía? Tal vez las noticias de la prensa de la época que investigó Camille no eran más que falsos rumores.

—Los indicios existen —afirmó Brodie—. No renunciaremos

hasta estar bien seguros, de una manera u otra. Rogan no se rinde así como así.

—¿Y tú? —le preguntó, volviéndose hacia él.

—Yo tampoco, Sienna.

La manera que tuvo de pronunciar su nombre le provocó un escalofrío. Para su alivio, se giró en redondo y se alejó en silencio.

Al cabo de otra semana quedó al descubierto lo que parecía la proa del barco, destrozada por el fatal choque con el arrecife. Sienna pidió a Rogan que suspendiera los trabajos mientras bajaba a inspeccionar el casco.

—Veinte minutos es todo lo que tienes.

—Quédate tú como responsable de los buzos, Rogan —le dijo Brodie—. Yo bajaré con ella.

Se sumergieron. Sienna iba en biquini, y Brodie solamente con los pantalones de neopreno, ya que no bajarían lo suficiente para que la temperatura descendiera demasiado.

Sienna se asomó a la cavidad, fijándose en cada detalle y tomando fotografías. Las maderas astilladas hablaban de la tragedia sufrida. Contempló los restos de lo que parecían las literas de los marineros, hasta que un mamparo le obstaculizó el paso.

Brodie la tomó entonces de la muñeca, tirando de ella. Abandonaron la proa para inspeccionar el agujero que había en medio del casco. No tocaron nada, pero Sienna continuó sacando fotografías.

Una vez en cubierta, comparó las imágenes con las que tenía archivadas y tomó notas. Brodie la observaba apoyado en el respaldo de su silla, haciendo comentarios ocasionales. Camille y Rogan estaban sentados a su lado.

—Parece como si el buque, después de chocar contra el arrecife y hundirse, se hubiera deslizado pendiente abajo, rápidamente o a lo largo de los años —comentó Brodie—. Entre el pecio y el arrecife pudo haber caído gran parte de su cargamento.

—Nuestros instrumentos podrían detectar una cantidad notable de metal, ahora que ya hemos retirado la mayor parte de la arena —sugirió Rogan—. Incluso es posible que los buzos con sus detectores

de mano encuentren algo.

Sienna seguía tecleando en el ordenador.

—Los detectores de metales no son eficaces. Se les despistan muchas cosas: porcelana, madera, otros materiales. No quiero que se retire nada mientras no haya cartografiado exactamente lo que tenemos abajo.

—Ah, Sienna... —objetó Rogan— los salarios de los buzos no son nada baratos.

—¿Cuándo podrán volver al agua? —quiso saber Brodie.

—Ya casi he terminado. Diles que localicen todo lo que no sea flora marina y que, sea lo que sea, no lo muevan de su sitio hasta que yo no lo haya registrado. Y los objetos pequeños y frágiles tienen que ser manipulados a mano, sin herramientas.

—Creo que eso ya lo saben.

Sienna se volvió para mirarlo.

—A veces la gente se entusiasma y se olvida.

—Se lo recordaré de nuevo —le prometió.

Los buzos izaron cestas repletas de clavos y piezas de barco, utensilios de escritorio, un tintero y más fragmentos de porcelana. Tilisi encontró un dedal de plata. Y Sienna empezó a recomponer las piezas de cerámica, ayudada por Camille.

Al cabo de dos semanas pudieron distinguir con claridad el perfil completo del barco.

—Debió de haberse hundido en la arena con bastante rapidez —comentó Brodie. Estaba al lado de Sienna, viendo trabajar a Tilisi y Olin en los monitores.

Sienna asintió, concentrada. Se había esforzado por ignorarlo, y en cierta forma lo había conseguido enfrascándose en su trabajo. Él, por su parte, parecía tratarla como si fuera uno más de la tripulación.

De repente vieron por la pantalla que Tilisi se retiraba bruscamente después de remover algo en el fondo marino.

—Huesos, jefe. Huesos humanos —dijo por la radio.

—No toques nada —le ordenó Brodie. Mira a ver si puedes encontrar una escotilla.

—Aquí está —informó el buzo, moviéndose a lo largo del casco.

Rogan se reunió con ellos, ordenando que los tubos aspiradores fueran trasladados a esa zona. Joe lo siguió.

—¿Puedo entrar?

Rogan se encogió de hombros sin retirar los ojos de la pantalla. La pequeña cabina estaba hirviendo de excitación. Se levantó una nube de arena que cubrió toda la pantalla. De repente Sienna distinguió algo.

—Ya está abierta —dijo Tilisi—. Pero hay mucha arena.

—Esos pobres desgraciados probablemente intentaron huir por la escotilla —comentó Brodie.

Sienna podía imaginarse el pánico de los tripulantes y pasajeros cuando se dieron cuenta de que el barco se estaba hundiendo. Camille entró en la cabina de control y Rogan le pasó una mano por la cintura.

—¿Entramos? —inquirió Olin, señalando el agujero de la escotilla.

—¡No! —respondió Brodie—. Ya casi se os ha acabado el tiempo. Os quiero en cubierta dentro de quince minutos. Enviaremos a alguien con unas bombonas para que eche un vistazo.

Cuando los buzos entraron en la cámara de descompresión, Brodie ya se estaba poniendo el equipo.

—¿Vas a bajar? —le preguntó Sienna.

—Allí dentro puede haber muchas cosas. Si penetrase un buzo, el tubo de aire podría romperse, o enredarse con algo. No les pediré a mis hombres que bajen si antes no lo he comprobado por mí mismo.

—Necesitas una pareja. Yo te acompaño —al ver que se disponía a negarse, añadió—: Yo también quiero ver eso personalmente antes de que empecéis a remover y sacar cosas.

—Es demasiado arriesgado —negó con la cabeza—. Me llevaré a uno de los chicos.

Sienna arqueó las cejas.

—Éste es mi trabajo. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Y ya sabes que estoy cualificada para ello.

—De acuerdo —rezongó—. Ponte el neopreno. Tendrás que ir protegida. Pero no te separes de mí y haz lo que yo te diga. Recuerda

que yo soy el jefe.

Como si pudiera olvidarlo...

* * *

Brodie encendió la linterna y se deslizó en el interior de la escotilla, seguido de cerca por Sienna.

Se volvió para mirarla y ella levantó los pulgares. En la penumbra distinguió aros y duelas de barriles desventrados, cajas reventadas y un surtido de variados contenidos dispersos por doquier: botellas, herramientas, monedas... Incluso botas y zapatos.

Era todo un cargamento. Sienna tomó fotos, intentando encontrar un orden en aquel caos, hasta que su avance se vio detenido por una mampara. Por las rendijas de la madera se distinguía la luz procedente del agujero abierto en el casco.

Brodie le indicó por señas que volvieran. Ya se disponía a seguirlo cuando se detuvo en seco, asaltada por una extraña sensación. Se sentía aturdida, con la cabeza ligera, aletargada. Un pez naranja y azul pasó ante sus ojos y se volvió para admirar sus evoluciones, fascinada con su color. Era como si estuviera soñando...

De repente su cerebro le advirtió que algo no andaba bien. «¡Despierta!», se ordenó. Tenía que ascender a la superficie pero, desorientada, no sabía qué camino tomar.

Bruscamente una mano se cerró sobre su muñeca. Era Brodie, que le estaba señalando con gestos enérgicos su reloj. Sienna alzó lentamente una mano para indicarle que todo marchaba bien. Le costaba trabajo pensar. «Tienes que salir de aquí», pensó desesperada.

Brodie tiró de ella y la sacó del casco. En la primera etapa de descompresión, antes de subir a la superficie, se le empezó a aclarar la cabeza. Y para cuando subió a cubierta ya estaba completamente despejada.

Mientras se quitaban las máscaras, Brodie se volvió hacia ella.

—¿Qué estabas haciendo allí abajo?

—Creo que me distraje un poco. Lo siento.

—¿Estás bien? —la miró preocupado.

—Sí, perfectamente —«ahora sí», añadió para sus adentros.

—¿Había algo interesante? —quiso saber Joe.

—Hay un montón de cosas, y muy variadas —lo informó Brodie—. Por el momento, es difícil saberlo.

Rogan miró a uno y a otra.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó Sienna.

Los demás se dispersaron. Cuando terminaron de quitarse el traje de neopreno y se quedaron en bañador, Brodie le espetó:

—Quiero hablar contigo —tomándola de un brazo, la llevó al laboratorio y cerró la puerta a su espalda—. ¿Qué te pasó realmente allá abajo? ¿Sufriste una narcosis de nitrógeno?

—No descendimos lo suficiente para eso. No puede haber sido una narcosis... —pensó, sin embargo, que aquella sensación de amodorramiento había sido terriblemente parecida a los síntomas ocasionados por la presencia de burbujas de nitrógeno en la sangre—. Ya te lo he dicho, me distraje un poco. Pasó un pez por delante de mí...

—Y te volviste para seguirlo.

—Sé que fue una estupidez —admitió, reacia—. El caso es que me mareé, pero sólo duró unos segundos...

—Sólo te duró unos segundos porque yo te saqué de allí. Los tipos que sufren narcosis se pierden en las profundidades detrás de alguna alucinación, como si estuvieran drogados, y jamás se vuelve a saber de ellos. No quiero que vuelvas a bucear.

—¡No puedes impedirme que bucee! —protestó, con los ojos brillantes.

Brodie no tuvo que recordarle que era el jefe de los buceadores. Su expresión era lo suficientemente elocuente.

—Rescate de Tesoros del Pacífico me paga muy bien por trabajar de arqueóloga. Supongo que no te gustaría que se malgastase ese dinero.

—Mejor eso que perder una vida. Puedes supervisarlos todo en las pantallas. Hasta ahora lo has hecho muy bien.

—Pero ahora que ya hemos entrado en el casco... Tú viste lo que había allí abajo.

—Sí que lo vi. Y es peligroso.

—¡Necesito hacer mi trabajo!

—Y también necesitas que no te pase nada. En eso precisamente consiste mi trabajo.

—Si hablo con Rogan...

—Él me respaldará.

Sienna no tenía la menor duda.

—Todo esto es porque soy una mujer, ¿verdad? —lo acusó—. ¿Es que no puedes olvidarte de eso aunque sólo sea por una vez?

—¿Olvidarlo? —la miró de la cabeza a los pies, sonriente—. Lo dudo.

Capítulo 3

REPENTINAMENTE consciente de que estaba en traje de baño, y Brodie también, se ruborizó de nuevo. A pesar suyo, su cuerpo parecía reaccionar a su escrutinio como si tuviera voluntad propia.

Brodie bajó la mirada a sus senos, con los pezones erectos visibles a través de la tela.

—No hagas eso —le dijo con tono suave, al ver que se estaba mordiendo el labio inferior—. Te harás daño.

Alzó lentamente una mano y le acarició el labio con la punta de un dedo. Luego, acercándose, inclinó la cabeza y la besó con infinita ternura. Ese fue el primer contacto, porque a continuación la obligó con suavidad a abrir la boca y el beso se tornó apasionadamente sensual. Sienna quería protestar, apartarse, pero su cuerpo se negaba a obedecerla, como si hubiese quedado atrapada en las sensaciones que él le provocaba con los labios, con la lengua y con la mano con que la atraía hacia sí, presionando en su espalda desnuda...

Con la otra mano le bajó un tirante del traje de baño, desnudando un seno. Pero cuando ya había bajado la cabeza para besárselo, Sienna recuperó la poca cordura que le quedaba.

—¡No! ¡Suéltame!

Brodie alzó la vista y, reacio, se apartó. Por un instante cerró los ojos, pasándose una mano por el pelo.

—De acuerdo.

Sienna todavía podía sentir su sabor en la boca, así que se la limpió con el dorso de la mano. Durante una fracción de segundo, alcanzó a vislumbrar en su mirada algo distinto del deseo. Estaba

furioso. No le había gustado aquel gesto.

—Si crees que puedes seducirme con un simple beso... ¡te equivocas de medio a medio!

Retrocediendo, Brodie apoyó la espalda en la puerta y se cruzó de brazos.

—Te deseo —le espetó con tono brusco, casi arrogante—. Y a juzgar por lo que acaba de pasar ahora mismo... y en Parakeo... el sentimiento es mutuo. ¿Tienes algún problema con eso?

—¡Sí que tengo un problema! No quiero liarme contigo. De haber sabido que ésa era tu intención, yo nunca... esto nunca habría sucedido.

—No tendremos muchas oportunidades mientras estemos trabajando en el pecio —le recordó.

—Es igual, yo...

Justo en aquel instante llamaron a la puerta. Era Rogan.

—¿Sucede algo? ¿Estáis bien? —inquirió, reparando en el rubor de Sienna.

—Sí —respondió ella—. Tengo que cambiarme.

Pasó entre los dos y subió a bordo del *Bribón del Mar*, hacia su camarote. Rogan se volvió hacia su amigo con expresión interrogante.

—¿Qué le pasa?

—Parece que ha sufrido algo de narcosis de nitrógeno.

—¿A tan poca profundidad? —inquirió, escéptico.

—Sí, lo que quiere decir que es demasiado sensible. Le ordené que no volviera a bucear.

—Oh-oh. ¿Y cómo se lo tomó?

—Me dijo que iba a quejarse a ti, pero yo le aseguré que me respaldarías.

—De modo que tuvisteis una discusión.

—Podría decirse que sí —reconoció Brodie, sonriendo levemente.

—¿Seguro que no te estás mostrando demasiado protector con ella?

—Todavía estaba convaleciente de aquella intoxicación cuando subió al barco. Quizá no lo haya superado aún.

—El médico certificó que estaba perfectamente.

—Aun así, no quiero que corra ningún riesgo.

—Tú sabrás —Rogan se encogió de hombros—. Seguro que no le va a gustar nada.

—Eso me lo ha dejado claro —pero también le había dejado claro que lo deseaba. La sangre le ardía en las venas cuando evocaba su primera reacción ante su beso...

Rogan bajó la mirada. Y no pudo reprimir una sonrisa al ver el estado de su traje de baño.

—Yo que tú no subiría a cubierta mientras no me hubiera... er... relajado un poco.

—Tienes razón —repuso, sonriendo—. Creo que necesito una ducha fría.

Los buzos recuperaron numerosos utensilios de lo que debió de haber sido la cocina del buque. Una caja intacta fue izada a bordo, y todo el mundo se arremolinó alrededor, expectante. Contenía ropa a punto de desintegrarse, calzado y una pistola oxidada.

Sienna lo retiró todo cuidadosamente y lo añadió a su ya abultada lista de productos.

Era consciente de la mirada de Brodie mientras trasladaba sus notas al ordenador. La observaba constantemente, como recordándole su propia debilidad... No por casualidad apenas se había resistido a su beso, después de que le prohibiera bucear. De hecho, al principio no se había resistido en absoluto.

Además, en su posterior ataque de furia se había mezclado otro sentimiento mucho más complejo y preocupante, producto de la sombra de inquietud que había visto en su mirada. Si le había prohibido bucear era precisamente porque estaba terriblemente preocupado por ella.

Tenía que aferrarse a su furia y rumiar aquella injusticia, aparentando una hostil indiferencia. No le importaba que pensara que estaba molesta, resentida. Mejor eso que creyera que podía seducirla de nuevo, a su capricho.

Un esqueleto humano completo fue descubierto en la puerta de uno de los camarotes del pecio, con su cinturón de cuero, del que colgaban dos pequeñas bolsas. Estaba medio enterrado en la arena.

En la pantalla, Sienna y Brodie seguían los movimientos de uno de los buzos para desenterrarlo. El esqueleto tenía una mano apoyada en una pieza de madera. Era un pequeño arcón con apliques de bronce.

Las bolsas fueron cuidadosamente introducidas en recipientes plásticos e izadas junto con el baúl. Sienna se lo llevó todo al laboratorio, ayudada de Brodie y de Rogan. Examinó la cerradura.

—No quiero forzarla a no ser que sea estrictamente necesario. Deberíamos buscar la llave en el esqueleto. Quizá la llevaba consigo.

—El pobre tipo estaría ocupado en proteger su fortuna cuando lo sorprendió la muerte —comentó Brodie.

Sienna no pudo evitar un escalofrío al imaginarse la escena.

—El peso del oro debió de obstaculizarle los movimientos.

Sacó una de las bolsas de su recipiente. Con unas pinzas, logró desatar el cordón con que estaba atada. Cuando quedó a la vista su contenido, Rogan soltó un silbido de alegría y Brodie lo felicitó con una palmada en la espalda. Indudablemente se trataba de polvo de oro.

Una oleada de optimismo sacudió a la tripulación, y todo el mundo reanudó sus tareas con renovado vigor y entusiasmo. Un detector de metales descubrió una llave cerca del esqueleto del desventurado minero. Después de limpiarla de orín, Sienna pudo abrir el arcón con ella. Camille, Brodie y Rogan observaban, expectantes.

El arcón contenía pepitas de oro de distintas formas y tamaños, algunas tan grandes como un huevo de gallina. Por un instante nadie dijo nada. En silencio, Rogan deslizó un brazo por la cintura de su esposa y la besó.

—¡Eureka! —exclamó Brodie.

Estaba detrás de Sienna, con las manos sobre sus hombros. En un impulso, la hizo volverse y la besó en los labios. Fue un beso tan rápido que no tuvo tiempo para protestar, pero fue como si un relámpago de alegría estallara en su pecho. Cuando se apartó, bajando las manos, la miró con un brillo extraño en los ojos.

Al día siguiente, los buzos rescataron una cadena de oro con un

diamante, un par de pendientes a juego, un anillo de brillantes y rubíes, un broche de piedras preciosas y otro de marfil engastado en oro. Todo ello había sido encontrado en una caja cuyas paredes se habían podrido con el tiempo.

—¿Alguna pasajera rica? —sugirió Brodie, viendo cómo Sienna colocaba las joyas sobre la mesa, en compañía de Camille y Rogan.

—O regalos de un minero para su esposa o su prometida —apuntó Sienna.

—Todos los objetos de valor que hemos encontrado hasta ahora —les recordó Rogan— pertenecen a los efectos personales de los pasajeros. Aún no hemos accedido al cargamento propiamente dicho.

Durante los días siguientes aparecieron más joyas y bolsas de oro.

—Yo diría que el barco se hundió durante la noche —aventuró Sienna durante una de las reuniones del equipo. Los hombres se habían quitado los relojes antes de acostarse. El choque contra el arrecife debió de despertarlos, y se apelotonarían en la oscuridad para subir al puente. Una vez allí, la alternativa era hundirse en el barco o lanzarse al mar embravecido.

—¿Y? —preguntó Brodie, al ver que se quedaba pensativa.

—Estaba pensando en el naufragio. Todas estas cosas pertenecían a gente que se ahogó aquella noche. Eso me hace sentirme un poco como si... les estuviera robando.

—A mí me sucede lo mismo —convino él.

Aquel mismo día, Brodie, Tilisi y Joe salieron a pescar con arpones submarinos cerca del arrecife, con la intención de traer algo para la cena. Estaban a punto de volver a la gabarra con sus capturas cuando Brodie creyó reconocer aquel lugar. Avisando a sus compañeros de que quería explorar un poco más la zona, se dedicó a buscar el esqueleto humano que había encontrado cuando estuvo buceando con Rogan.

Seguía allí. Espoleado por la curiosidad, Joe se reunió con él. Nada parecía haber cambiado. Antes de marcharse, echó un último vistazo al esqueleto. Se llevó una sorpresa cuando descubrió un brillo dorado en uno de los huesos de la mano. Oro.

Joe le tocó en aquel momento el brazo, señalando hacia arriba. Brodie lo ignoró durante unos segundos, clavada la mirada en el anillo. Su compañero insistió en que se estaban quedando sin aire.

Antes de marcharse, algo lo impulsó a llevarse el anillo, desprendiéndolo cuidadosamente del hueso. Se sentía como un profanador de tumbas.

De regreso en la gabarra, Rogan llevó los pescados a la cocina.

—¿Tiene algo de especial ese anillo, Brodie? —le preguntó Joe mientras se desembarazaba del equipo.

—Parece que nada, aparte de que es de oro. Pero algún valor tendrá.

Tilisi sacudió la cabeza.

—Tocar a los muertos da mala suerte. Al menos eso es lo que decimos en Parakeo.

—¿Puedo verlo? —le pidió Joe.

Brodie se lo tendió. Sujetándolo con el pulgar y el índice, el australiano se volvió para examinarlo a la luz con tal mala suerte que se le cayó. El anillo rodó por cubierta, hacia el agua. Ambos se abalanzaron para recogerlo antes de que cayera al mar.

El hombro de Brodie chocó con el de Joe, pero consiguió recuperarlo. El australiano maldijo entre dientes.

—Perdona, ¿te hecho daño? —le preguntó Brodie.

—No es nada —se incorporó—. ¿Lo tienes?

—Sí. Se lo llevaré a Sienna.

Seguido de Joe, fue al laboratorio y dejó el anillo en la mesa, frente a ella.

—¿Es antiguo? —le preguntó.

—Parece un anillo de duelo, probablemente de la época victoriana, incluso georgiana. Generalmente suelen tener una fecha grabada en el borde interior. Vaya, éste lleva un diminuto receptáculo...

Lo abrió con la uña. Brodie se inclinó para mirar, se distrajo contemplando su largo y fino cuello. Ansiaba besarlo, recorrer con los labios el pulso que latía bajo aquella piel traslúcida... Pero se obligó a concentrarse de nuevo en el anillo. El minúsculo

compartimento estaba vacío.

—Supongo que contendría un mechón de pelo. Ah, aquí hay una inscripción —leyó—: Thomas Goudge falleció el dieciséis de mayo de mil ochocientos treinta y uno a la edad de cuarenta y cinco años.

—¿En mil ochocientos treinta y uno? —exclamó Brodie.

—Está perfectamente conservado. ¿En qué parte del barco lo encontraste?

—No es del barco. Intentaré darte la posición exacta, pero quizá proceda de un naufragio anterior —sintiéndose todavía culpable, no le mencionó el esqueleto.

—Lo catalogaré antes de guardarlo en la caja fuerte del *Bribón del Mar*, junto con las otras joyas.

—¿Qué te parece? ¿Es posible que perteneciera a la viuda de ese tal Thomas? —le preguntó Brodie, irguiéndose—. ¿En recuerdo del amor que compartieron?

—No necesariamente. Los anillos de duelo solían ser distribuidos entre familiares y amigos en el momento del funeral. Tal vez perteneciera a un hombre.

Los buzos continuaron recuperando baúles y arcones. Muchos estaban destrozados o podridos, con su contenido tan descompuesto que resultaba imposible de determinar. Pero otros incluían joyas o platos de porcelana. Camille bajó con un equipo de bombonas para ayudar en los trabajos, y Sienna guardó cuidadosamente varios libros y diarios para estudiarlos en tierra, verdaderos tesoros para una investigación histórica. Una de las cajas contenía preciosos adornos de jade envueltos en seda. Las dos amigas los desenvolvieron meticulosamente.

—Alguien debió de haberlos comprado en China —observó Camille— o a alguno de los barcos de la ruta de Oriente.

—Evidentemente se trataba de una persona con sentido de la inversión —apuntó Sienna.

Con el entusiasmo y la expectación generados por tantos hallazgos, casi se había olvidado de mostrar una hostil indiferencia hacia Brodie.

Finalmente accedieron a la popa del barco. Rogan había bajado

con Joe en la última inmersión del día cuando los informó por la radio:

—Parece que hemos encontrado la caja fuerte.

Todo el mundo estalló en gritos y aplausos. Sienna se volvió para sonreír a Brodie, que tenía una expresión triunfante. Haciendo el micrófono a un lado, bajó la cabeza y la besó.

De repente volvió a oírse la voz de Rogan. Brodie tuvo que apartarse. Al parecer la caja era muy grande y no podían moverla, ni abrirla. Después de limpiarla un poco, volvieron a la superficie, reacios.

—Nos va costar mucho sacarla de donde está —los informó Rogan mientras se quitaba el equipo—. Antes habrá que retirar unos cuantos maderos.

Al día siguiente el cabrestante no funcionaba, y el ingeniero se pasó todo el día intentando arreglarlo, sin éxito. Los buzos tuvieron que limitarse a barrer las zonas ya exploradas. La frustración era evidente. Necesitaban una pieza de repuesto.

—Podríamos pedirle la pieza por radio a Tu —sugirió Brodie—, para que nos la mandase con el remolcador.

—Eso suponiendo que pudiera conseguirla en la isla —repuso Rogan.

Brodie se sonrió.

—Ten por seguro que si queda alguna a cien kilómetros a la redonda, irá a buscarla y nos la traerá.

Después de medianoche, incapaz de conciliar el sueño en su minúsculo camarote, Brodie se sentó en la proa del *Bribón del Mar*, contemplando las estrellas y pensando en Sienna. Durante semanas se había esforzado por mantener una actitud neutral, controlada. Conteniéndose para no abrazarla y besarla hasta obligarla a reconocer que lo deseaba tanto como él a ella.

A veces estaba seguro de que era así. Como cuando la veía retirar bruscamente la mano ante un roce accidental, o bajar la mirada para esconder su expresión de arrobo. Pero aquellos momentos de susceptibilidad eran demasiado escasos, y enseguida se veían sustituidos por su habitual actitud distante, casi hostil. Ansiaba

aprovecharse de la más leve distracción. Sabía, sin embargo, que si insistía demasiado, Sienna se retraería completamente, como una criatura marina protegiéndose detrás de su caparazón.

De repente una nube apareció en el horizonte, cubriendo la luna y las estrellas. Se había levantado una fresca brisa, y Brodie se cerró el impermeable. Fue entonces cuando oyó un potente ruido sordo, como un estampido, seguido de una vibración que hizo balancearse el barco. Se incorporó de inmediato manteniendo el equilibrio. En el mar no se veía nada, aparte de algún reflejo ocasional de la luna en el agua. Rogan, vestido únicamente con unos pantalones cortos, apareció en cubierta con una linterna en la mano.

—¿Qué ha sido eso?

Brodie pensó que abajo debían de haber percibido mejor el impacto.

—No lo sé... ¿una ballena, quizá?

Rogan enfocó los alrededores del barco con la linterna. Soltó una imprecación. Brodie distinguió una nube de burbujas bajo el halo de luz. Varios peces aparecieron flotando, muertos.

—¡Maldita sea! —exclamó Brodie—. ¿Es posible que lo hayan hecho delante de nuestras narices?

—Eso parece —repuso Rogan, sombrío—. No ha sido una ballena. Apuesto a que alguien ha intentado volar la caja fuerte.

Capítulo 8

—¿QUÉ CLASE de canalla...? —estalló Brodie.

—Un canalla muy avaricioso —respondió Rogan—. Yo diría que la explosión ha sido algo mayor de lo que esperaba. Podría haberlo matado, si es que no ha huido lo suficientemente rápido.

Continuó enfocando con la linterna, pero no se distinguía nada aparte del brillo plateado de los peces muertos.

—Pudo haber dañado también el casco de *Bribón del Mar*.

Segundos después Camille apareció en cubierta, poniéndose un suéter.

—¿Qué ha pasado?

—Vamos a averiguarlo.

Nadie en la gabarra parecía haber notado la explosión. Su grosor y su tamaño debían de haber amortiguado el efecto de la onda expansiva. Sienna también subió a cubierta, temerosa. Ambos hombres bajaron con su equipo de bombonas. Brodie agarró una segunda linterna y se sumergieron para explorar el casco del *Bribón del Mar*.

No parecía haber sufrido ningún daño. Tras informar de ello a Camille y a Sienna, descendieron para inspeccionar el pecio. Se dirigieron inmediatamente a la popa. Mientras se acercaban a su objetivo, Brodie enfocó con la linterna un agujero recién abierto.

Segundos después, un buceador vestido de negro apareció de la nada y pasó entre los dos. Brodie salió inmediatamente en su persecución, seguido de Rogan. El intruso nadaba muy rápidamente, pero Brodie consiguió agarrarlo de una aleta.

No sólo era rápido, sino también fuerte. Le propinó una patada, haciéndole perder la linterna. Empezaron a forcejear. Brodie distinguió el reflejo metálico de un cuchillo y alzó un brazo para protegerse. No sintió dolor, pero vio un hilo de sangre enredándose en el haz de luz. Fue entonces cuando Rogan tiró de él para apartarlo, y el buceador salió disparado como una flecha.

Estaba sangrando, y el corte le dolía. Una enorme silueta de color claro apareció entonces frente a ellos, en medio de los cientos de peces que había matado la explosión. No tardó en seguirle otra. Brodie se estremeció de miedo. Tiburones.

Tiburones atraídos por los peces muertos. Con un poco de suerte, estarían demasiado entretenidos comiéndoselos para ocuparse de los dos. Rogan le hizo una seña para que subieran con rapidez. Consciente de que estaba perdiendo sangre, Brodie se concentró en respirar profunda y regularmente. Cuando vio que una ondulante silueta gris empezaba a dar círculos a su alrededor, cerró los ojos y se puso a rezar como nunca lo había hecho en toda su vida.

Emergieron y nadaron rápidamente hacia la escalerilla del barco. Camille y Sienna se inclinaron sobre la barandilla. Rogan empujó a Brodie y subió detrás.

Nada más quitarse el respirador de la boca, Brodie estalló en furiosas imprecaciones, al tiempo que se apretaba la herida del brazo, que sangraba profusamente. Su amigo lo urgió a trasladarse a la gabarra, sin perder el tiempo.

—Tenemos dos minutos para meternos en la cámara de descompresión, Camille. Dile a Hunk que se meta allí con su equipo médico mientras yo ayudo a Brodie a entrar.

—No necesito ayuda —protestó. Como contradiciendo aquellas palabras, sufrió un repentino mareo.

Sienna se quitó la camisa para improvisarle un vendaje. No llevaba nada más que la parte inferior del biquini.

—Vamos a la gabarra —le dijo, apresurándose a sujetarlo.

—No es nada —rezongó Brodie.

Ambos lo ignoraron, y avanzó apoyándose en los dos, hacia la gabarra. No tardó en empezar a tener arcadas. Supuso que sería

consecuencia de su rápido ascenso, aunque Rogan no parecía sufrir ningún efecto. Afortunadamente contaban con un buen equipo de descompresión.

En un determinado momento Rogan acompañó a Sienna al barco, presumiblemente para que pusiera alguna ropa. Camille debió de haberse dado mucha prisa para despertar a Hunk, porque el gigantón ya lo estaba esperando en la cámara, en calzoncillos, con el botiquín en la mano. Oyó el estruendo de la puerta metálica en el instante en que cerraba los ojos.

Cuatro horas después, Camille y Sienna estaban tomando café a bordo del *Bribón del Mar* cuando bajaron los hombres. Brodie llevaba el brazo vendado, después de los puntos de sutura que le había dado Hunk. Se sentía mucho mejor, pero vio que Sienna estaba bastante más pálida que de costumbre.

Se había atado un pareo a la cintura y llevaba una camiseta. Brodie se preguntó si llevaría sostén, y fue en ese momento cuando evocó la visión de su cuerpo casi desnudo mientras lo ayudaba a mantenerse de pie. Ahora recordaba el leve balanceo de sus senos, la curva de sus caderas y el delicado ombligo que aquella noche, en la playa, había acariciado con la lengua...

La imagen era tan clara y nítida... que la reacción fue previsible. Se apresuró a sentarse a la mesa para no ponerse en evidencia, ocupando el asiento del banco que Camille había dejado libre.

—¿Cómo te hiciste ese corte? —le preguntó Camille, preocupada, mientras le servía una taza de café.

—Lo acuchillaron —respondió Rogan.

—¿Qué? —exclamó Sienna.

Rogan les puso al tanto de la situación. Sienna se había quedado aun más pálida. Y Camille también.

—Tenemos que informar a la policía —le dijo a su marido—. Esto es muy serio.

—Ya es demasiado tarde. Y no tenemos ni idea de quién puede ser ese tipo.

—¿Visteis algún bote?

—No —admitió Brodie—. Estaba muy oscuro.

—¿Lo reconocerías si lo vieras?

—¿Con una máscara de buceo? Imposible —respondió Brodie—. Además, estaba más pendiente de su cuchillo que de su cara.

—¿Cuánto se llevó? —quiso saber Camille.

—No mucho, si es que se llevó algo —contestó Rogan—. Quizá simplemente estaba abriendo la caja para que sus socios pudieran llevárselo todo.

—Eso no tiene mucho sentido —objetó Brodie—. Tendrían que tener maquinaria y no hay forma humana de hacer algo así en secreto. Yo sospecho más bien que estaba trabajando por su cuenta.

—Tienes razón —convino Rogan. Volviéndose hacia Camille, le preguntó—: ¿Viste a alguien levantado cuando fuiste a buscar a Hunk?

—Bueno, vi asomarse algunas cabezas cuando grité su nombre.

—Pero no recuerdas haber visto a nadie despierto, rondando por ahí, ¿no?

—Estaba muy oscuro. ¿No pensarás que...?

—Si el tipo de ahí abajo estaba trabajando solo... entonces por fuerza tuvo que ser uno de nuestros buzos.

Se hizo un tenso silencio.

—El equipo fue cuidadosamente seleccionado —pronunció Brodie—. Los conocemos a todos.

—Bueno, dicen que todo hombre tiene un precio, ¿no?

—Les pagamos salarios muy altos. E incentivos por las piezas rescatadas.

—Al lado de unos cuantos lingotes de oro, eso puede parecer poco.

Brodie bajó la mirada a su taza de café.

—Tilisi gana más una semana buceando que su viejo trabajando un año en la isla... pero quizás pudo verse tentado de hacer algo así para mejorar la situación de su familia.

—¿Crees que es Tilisi? —le preguntó Sienna, levantándose de la mesa.

—¡No! Si Rogan tiene razón, y espero que no la tenga, podría ser cualquiera.

Olin se había quejado de que lo que ganaba con sus fotos apenas le llegaba para pagar su cámara y el equipo. Hunk quería ahorrar dinero para casarse con su novia, comprarse un hotel en las islas y pasarse la vida pescando y buceando. Joe había trabajado como buzo profesional en una docena de pecios, al servicio de gente que había terminado enriqueciéndose. Quizá se había cansado de aquella vida y pensaba que se merecía más.

A la mañana siguiente regresó el pesquero.

—Tal vez nuestro amigo haya venido de allí —sugirió Brodie.

—Tendría que ser un buceador condenadamente bueno para nadar desde el pesquero hasta el pecio, en plena oscuridad, y luego hacer el camino de vuelta —repuso Rogan.

—Pero el pesquero pudo haberse acercado mucho más durante la noche. Sin luces. O quizá vino en un bote.

—Ya.

—Pero si el tipo procedía del pesquero... ¿cómo pudo haberse enterado de lo de la caja fuerte?

Rogan se quedó en silencio.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó Brodie, estremecido, aunque la expresión de su amigo era lo suficientemente elocuente—. Estás pensando que si el buceador no era nuestro, tenemos un espía a bordo...

—Dudo que la reaparición del pesquero sea una simple coincidencia.

—¿No podemos confiar en nadie?

—De eso se trata, justamente —contestó Rogan—. Hay que mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Y la sala de controles, y el laboratorio, cerrados. Es necesario que controlemos todas las emisiones por radio.

—A lo mejor tiene un teléfono por satélite.

—Maldita tecnología moderna...

—Supongo... que podríamos registrar los equipajes de los chicos —sugirió Brodie.

—¿Y provocar un motín? En cualquier caso, ya es demasiado tarde. Si nuestro amigo tiene socios en el pesquero, ya habrá

contactado con ellos. Esta noche vigilarémos. Y armados.

—Tienes razón —convino Brodie—. Estamos demasiado lejos de la comisaría más próxima.

Todo el mundo se había enterado de que habían volado la caja fuerte del barco, así que no tenía sentido fingir que Brodie se había herido por accidente. Una mezcla de furia, impaciencia y frustración hizo presa en el equipo. Tu les comunicó por radio que había conseguido una pieza de repuesto y que ya estaba en camino, en el remolcador que tenía que ir a buscarlos.

—Con un policía a bordo —informó Rogan a Brodie, Camille y Sienna.

Camille había insistido en denunciar el intento de robo y la agresión. La comisaría de Parakeo había abierto una investigación.

—Mientras tanto, tendremos que subir todo lo que podamos a mano.

Para acceder a la caja fuerte, los buzos primero tenían que limpiar los escombros originados por la explosión. No por otro motivo había huido el ladrón con las manos vacías. Ni siquiera había tenido tiempo de tocar la caja.

Cuando la caja fuerte quedó al descubierto, Rogan bajó acompañado de otro buzo. Estaba llena de cajas de madera perfectamente conservadas, pequeñas pero pesadas. Subieron la primera a bordo y todo el mundo se arremolinó para verla.

Se alzó un silencio de asombro cuando el sol arrancó reflejos a su contenido... seguido de un coro de silbidos y aplausos. Lingotes.

—¡Es increíble! —exclamó Hunk mientras Brodie levantaba uno y lo pasaba de mano en mano.

Incluso Sienna experimentó una punzada de emoción mientras lo examinaba. Se lo devolvió a Brodie, que lo besó antes de devolverlo a la caja.

La caja fuerte del pecio estaba llena de oro. Oro en lingotes fundidos en Adelaida, pepitas en bruto, más bolsas de polvo de oro, incluso soberanos ingleses y moneda estadounidense. La gabarra hervía de excitación. El ingeniero se ocupó de reparar el cabrestante con renovada determinación, y no tardó en anunciarles que volvía a

funcionar, sin necesidad de la pieza de repuesto que tenía que llegar en el remolcador.

—La fiebre del oro —comentó Brodie mientras veía trabajar a los buzos en los monitores, sentado al lado de Sienna—. Están contagiados.

—Tú tampoco eres inmune.

—¿No sentiste un estremecimiento cuando tocaste aquel lingote?

—Sí, aunque tampoco pude evitar pensar en lo que les pasó a los propietarios. Tanta sangre, sudor y lágrimas, y jamás volvieron a casa para disfrutarlo.

—Cierto. Aunque quizá algunos de esos pasajeros fueran verdaderos tiburones humanos, en vez de honestos y esforzados mineros...

—Bueno, los empresarios no tiene por qué ser forzosamente deshonestos, o perezosos. Mírate tú, por ejemplo.

—Vaya —reconoció Brodie, sonriendo—. Eso ha sido un golpe bajo.

Sienna se echó a reír. El brillo de humor que veía en los ojos de Brodie la hacía estremecerse... de placer.

* * *

Aquella misma tarde, Rogan entró en la sala de controles.

—Ahora mismo están subiendo el último cargamento de la caja fuerte. Trasladaremos el oro al *Bribón del Mar* y lo pondremos a buen recaudo. Tan pronto como llegue el remolcador, nos iremos de aquí.

—¡Pero no podemos marcharnos todavía! —protestó Sienna—. ¡El estudio arqueológico está sin terminar!

—Lo siento. Llevamos una carga de millones de dólares a bordo y necesitamos dejarla en un lugar seguro lo antes posible.

—¡Dinero! —exclamó, molesta—. ¿Es eso lo único que os preocupa a los dos?

—Eh, eso no es justo... —se quejó Brodie.

Rogan lo miró. Un ruido sordo en cubierta anunció la llegada de la última caja.

—Explícaselo, Brodie —le pidió, y los dejó solos.

—¿Explicarme qué? —se volvió hacia él—. ¿Que vuestro beneficio

económico es más valioso que mi investigación? ¿Que si me habéis contratado ha sido para dar un barniz de respetabilidad a un simple saqueo? Debí haberlo adivinado... Aidan tenía razón.

—¿Quién diablos es Aidan?

—Mi jefe de departamento de la universidad de Rusden. Él me advirtió que no confiara en los buscadores de tesoros, que era un mundo de matones y ladrones...

—¡No estoy de acuerdo!

Sienna se levantó.

—Y yo no estoy de acuerdo con que me utilicen.

—¡No te ha utilizado nadie!

—¿Cómo lo calificarías tú entonces? ¡Granger me prometió que Rogan me dejaría trabajar tranquila y apropiadamente! Y ahora, cuando ya tiene el oro, de repente... ¡paf! Ya está hecho, misión cumplida, nos vamos a casa...

—Escucha...

—¡Ya te escuché, y ése fue precisamente mi error! —se dispuso a marcharse.

—Eh, espera...

Sujetándola de un brazo, la atrajo hacia sí. Y antes de que ella pudiera hacer nada por evitarlo, la besó en la boca. Fue un beso violento, apasionado. Sólo duró un par de segundos.

—Tienes que escucharme —insistió—. No estás al tanto de la situación. Rogan está preocupado. ¿Acaso te has olvidado de cómo me hice esto? —le señaló el brazo vendado.

Sienna lo miró, furiosa y resentida.

—Si no hubieras salido detrás de ese tipo como un héroe de pacotilla, no te habría hecho eso.

—¿Así que me merecí que me apuñalara?

—¡No! Por supuesto que no —se estremeció al recordar el estado en que se encontraba cuando lo subieron al barco—. Pero cuando lo encontrasteis, estaba huyendo, ¿no? Quizá se asustó al verse perseguido. Quiero decir que tal vez no tenía intención de matarte...

—Era perfectamente capaz de hacerlo. Mira, no sé cuántos tipos viajan a bordo de ese pesquero, pero probablemente nos superan en

número. Y mientras sigamos aquí, seremos el blanco más fácil del mundo.

—¿El pesquero? Probablemente estén esperando a que nos vayamos para continuar pescando en paz.

—O a que hayamos terminado de rescatar el tesoro para quitárnoslo.

—¿No te estás poniendo un poquito melodramático? ¡Crees que todo el mundo está detrás del tesoro!

—Alguien de los nuestros puede estar conchabado con los del pesquero. Y no sabemos quién. Acuérdate de que James Drummond es un asesino. Ese barco se ha estado comportando de una manera muy extraña para tratarse de un pesquero. Por el bien de todo el mundo, debemos zarpar cuanto antes. No podemos abandonar a los chicos de la gabarra... además, si hay un espía, sabrá que el oro está a bordo del *Bribón del Mar*. Pero tan pronto como llegue el remolcador...

—Con el policía a bordo —añadió Sienna.

—Un sólo agente no servirá para disuadirlos. Aun así, su presencia hará menos probable que nos aborden durante el trayecto de vuelta a Parakeo.

—¿Que nos aborden, dices? ¿Piratas? —le parecía una fantasía, pero Rogan y Camille ya habían pasado por un trance semejante.

—No es algo tan infrecuente en estos días como se suele pensar —pronunció Brodie, muy serio.

—De acuerdo —concedió Sienna—. Quizá Rogan tenga sus razones para temer algo semejante. Pero quiero hacer una última revisión de todo lo que ha quedado abajo, y rescatar lo que se pueda.

—No es prudente. No después de lo que sucedió anoche.

—¿A pleno sol? Es de día.

—No.

—¡Brodie! —exclamó con los ojos brillantes, las manos en las caderas.

—He dicho que no. Es demasiado arriesgado.

Sienna se giró en redondo y salió en busca de Rogan. Para su sorpresa, aceptó siempre y cuando Brodie estuviera de acuerdo.

Camille insistió en zambullirse también. Finalmente, a regañadientes, Brodie consintió.

Rogan las acompañó en la inmersión, y Sienna estudió y fotografió todo lo que pudo, llenando una cesta de objetos.

—El remolcador estará aquí por la mañana —le dijo Rogan a Brodie cuando las mujeres llevaron al laboratorio los objetos recuperados—. Esta noche no encenderemos las luces. Y tú y yo nos quedaremos vigilando.

Rogan abrió las botellas de champaña que había reservado para la ocasión. La conversación de la mesa giró en torno al oro. Respecto a la caja reventada con explosivos, la mayoría del equipo concluyó que había sido la gente del pesquero. Brodie y Rogan no pusieron ninguna objeción a esa teoría. Pero tras su tranquila y relajada actitud, Brodie no dejaba de observar detenidamente a los miembros de la tripulación, buscando al traidor.

Eran las dos de la madrugada. Brodie estaba sentado en la proa del *Bribón del Mar*, detrás de un mamparo, escrutando en la oscuridad el lugar exacto donde había visto desaparecer al pesquero. Un rifle descansaba sobre sus rodillas.

Un leve sonido llegó hasta sus oídos. No era el rumor del mar, o el crujido de las tablas del barco. Parecía un paso apagado.

Volvió la cabeza. Una sombra se estaba moviendo en lo oscuro, sigilosamente. De pronto la perdió de vista y casi creyó que lo había imaginado. Hasta que vio el destello de luz, sólo por un instante. Al cabo de un segundo, otro destello. Y otro más.

Brodie se incorporó sin hacer el menor ruido, descalzo, dirigiéndose a un lateral del barco. Rápidamente encendió la linterna y levantó el rifle.

El hombre se volvió, cegado por la luz.

—Hola, Joe.

Capítulo 9

—NO PODÍA dormir —explicó Joe—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo con ese rifle? Me has dado un susto de muerte.

—¿Y qué diablos estabas haciendo tú con esa luz? —le espetó Brodie—. ¿Hablar con tus amigos?

—No sé de qué estás hablando —pronunció tras una ligera vacilación—. Es esta linterna, que no funciona bien. Se enciende sola.

—Sí, cada segundo exactamente, ¿no? Acércate, que a lo mejor yo puedo arreglártela...

—Brodie...

—Deja la linterna en el suelo y ven hacia aquí —le dijo, sin dejar de apuntarlo.

—Ay, diablos... —rezongó, obedeciendo.

—¿Por qué no nos lo cuentas todo? —soltó su linterna para recoger la de Joe. La encendió varias veces. Mira, funciona perfectamente. ¿Qué les estabas contando a tus socios en el pesquero?

—¡Nada!

—¿Estaba haciendo señales? —inquirió Rogan, apareciendo de pronto.

—Sí. Les estabas diciendo que vinieran a recoger el tesoro, ¿verdad, Joe?

—No es verdad —protestó—. Rogan, tú me conoces...

—Creía que te conocía. Jamás imaginé que podrías engañarnos.

—No comprendes...

—Claro que comprendo.

—¿Qué hacemos, Rogan? —inquirió Brodie—. ¿Le disparamos y lo echamos al agua, o esperamos al remolcador para que la policía lo acuse de intento de asesinato?

—¿La policía? —inquirió, temeroso.

—Sí, la que estará aquí dentro de... —Rogan miró su reloj— un par de horas. Mientras tanto, serás nuestro invitado en la sentina del *Bribón del Mar*.

Después de explicarles sus sospechas a los hombres, ataron a Joe y lo encerraron en el lugar más seguro del barco, allí donde guardaban el oro y los demás objetos encontrados.

—No se ve a nadie más —dijo Rogan minutos después, mientras barría el mar con su linterna—. Si Joe los estaba guiando hacia nosotros, probablemente se habrán dado cuenta de que algo marchaba mal cuando vieron tu linterna. Es posible que lo hayan visto todo.

Brodie apagó la suya.

—Mejor será que no les demos ninguna pista, por si lo intentan otra vez.

—Si lo hacen, estaremos preparados —afirmó uno de los miembros de la tripulación. Estaban indignados con el comportamiento de su compañero, y habían sacado sus fusiles submarinos. Todo el mundo estaba despierto y alerta.

—¿Seguro que estáis en lo cierto... acerca de Joe? —les preguntó Camille.

—Estaba haciendo señales, por mucho que lo niegue.

—¿Por qué no volvéis a la cama? —les sugirió Rogan.

Camille soltó un elocuente gruñido de disgusto, y Sienna replicó:

—¿Acaso esperáis que durmamos mientras vosotros hacéis la guardia?

No hubo respuesta.

—¿Sabes usar un arma? —le preguntó su amiga.

—No. Pero quizá estos dos puedan enseñarnos...

—No —se negó Rogan en redondo.

—¿Un par de mujeres que nunca han usado un arma, en un barco que se mueve de un lado a otro como un condenado? —exclamó

Brodie—. No, gracias. Estaríamos más a salvo si saltáramos al mar.

Rogan se echó a reír. Camille se sentó al lado de su marido, en el puente. Brodie subió al tejado de la cabina y se instaló allí, con el rifle sobre las rodillas.

Sienna, sintiéndose impotente e irritable, se acomodó en una esquina de la cabina de control. No tenía ninguna intención de irse a la cama. Había empezado a dormitar cuando oyó susurrar a Brodie:

—Hay alguien por ahí.

Alzó rápidamente la cabeza, estremecida. Brodie y Rogan se dirigían lentamente hacia la proa, en el más absoluto silencio.

Sienna oyó un chapoteo, y luego otro, como si alguien se hubiera lanzado al mar lo más sigilosamente posible. Se levantó con lentitud, asomándose por encima del techado de la cabina. Camille se reunió con ella.

—Camille —musitó Rogan con voz apenas audible—... Sienna y tú escondeos abajo.

Pero ninguna de las dos se movió.

El chapoteo se acercaba. Una sombra se dibujó en el mar. La silueta de una balsa neumática, con varios tripulantes.

—¡Quietos donde estáis! —gritó Rogan.

El chapoteo cesó bruscamente. Entonces se escuchó el ruido de un motor. La balsa continuaba su camino hacia el barco.

—¡Al suelo! —dijo Brodie.

Ambos se lanzaron a cubierta, y Sienna y Camille, abrazándose, se escondieron en la cabina. Sonó una ráfaga de ametralladora. Fragmentos de cristal llovieron a su alrededor. La balsa se fue acercando hasta pasar de largo a su lado.

«Brodie», pensó Sienna, aterrada. Y Rogan. ¿Los habrían herido? Camille le estaba clavando los dedos en el brazo. Apenas lo sentía.

De repente Brodie apareció en la puerta de la cabina.

—¡Os dijimos que os escondieseis abajo!

La balsa volvía a acercarse. En esa ocasión Camille y Sienna obedecieron. Los hombres se protegieron detrás de la cabina, preparando sus rifles.

—Hay que acertarle a la balsa —le sugirió Brodie.

Tilisi, armado con un arpón automático, saltó desde la gabarra y se reunió con ellos. Se agachó un segundo antes de que otra ráfaga de ametralladora barrierla la cubierta. Brodie esperó a que la balsa pasara nuevamente frente al barco antes de apuntarla con su rifle y disparar. El tiro fue a dar al agua.

—¡Maldita sea!

Los atacantes se estaban concentrando en el *Bribón del Mar*, y no había mucho sitio donde protegerse. La balsa había vuelto a virar para soltarles otra ráfaga. Dos hombres más de la gabarra habían saltado a cubierta, protegiéndose detrás de la estructura de la cabina. Hunk disparó un par de veces con su pistola. No tardaron en contestarle, y todo el mundo se lanzó al suelo.

—Al diablo con acertarle a la balsa —masculló Brodie—. Hay que darle al tipo de la ametralladora.

Distinguió una oscura figura provista de un arma larga, en la proa de la balsa neumática, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. El hombre se incorporó y cayó por la borda. Tilisi salió de su escondrijo dando gritos de alegría, a pesar de las advertencias de Rogan. Alzando su arpón automático, acertó de lleno a la balsa. Alguien en la embarcación soltó un grito: estaban perdiendo aire, balanceándose peligrosamente.

Esa vez no volvieron, sino que se perdieron en la oscuridad. Era seguro que tarde o temprano se hundirían, seguramente antes de que llegaran al pesquero.

El sol estaba empezando a despuntar en el horizonte. El rumor del motor se perdió en la lejanía.

—Eh, chicos, ¿estáis bien? —preguntó Hunk.

Rogan alzó la cabeza y se incorporó. Brodie también, tambaleándose. Le dolía terriblemente el brazo herido. Tenía el vendaje empapado de sangre.

—Todo están bien —informó Tilisi, contento—. ¡Y los hemos alcanzado!

Camille y Sienna no tardaron en subir a cubierta, mortalmente preocupadas. Rogan abrazó a su mujer. Una expresión de terror se dibujó en los ojos de Sienna cuando vio a Brodie. Quiso seguir el

ejemplo de su amigo y abrazarla. Pero no tenía ningún derecho a hacerlo.

—¡Se te ha abierto la herida otra vez! —mirando a su alrededor, preguntó—: ¿Dónde está Hunk?

—Tranquila, todo el mundo se encuentra perfectamente.

El resto de la tripulación se reunió con ellos, felicitándolos.

—Creo que confiaban en poder abordarnos —comentó Rogan—. Lo de dispararnos desde la lancha fue una medida desesperada. Ojalá no volvamos a verlos.

El *Bribón del Mar*, pese a los daños sufridos, seguía en perfectas condiciones para navegar.

—Dudo que quisieran hundirnos... —dijo Brodie delante de una taza de café, después de que Hunk volviera a curarle y vendarle la herida— sabiendo como sabían que llevamos el oro a bordo.

La tripulación había regresado a la gabarra para desayunar y prepararse para la partida. Rogan bajó el desayuno a Joe, y los informó de que seguía negándose en redondo a confesar.

—Dice que no sabe nada.

—¿Tú crees que encontraremos alguna prueba para acusarlo? —le preguntó Brodie.

De pronto Tilisi bajó para avisarlos de que el remolcador ya estaba a la vista.

Para entonces el pesquero ya había desaparecido de la pantalla del radar del *Bribón del Mar*. El policía, un isleño de estatura gigantesca, los miró con expresión desaprobadora cuando se enteró de que tenían un prisionero.

—¿Qué evidencias tienen contra este hombre? —inquirió, severo.

—Estaba haciendo señales a los tipos que intentaron matarnos esta madrugada.

—¿Que intentaron matarlos, dicen? —repitió el policía, escéptico—. ¿Qué pruebas tienen?

—¿Le parece poco esto? —replicó Brodie, señalando las numerosas huellas de los disparos en el barco—. ¡Nos dispararon con una ametralladora!

—Venían de un pesquero llamado *Scorpio* —añadió Rogan—.

Estaban aquí cuando llegamos. Usaron una balsa neumática.

—¿Vieron ustedes salir la balsa del pesquero?

—¡No! —gruñó Brodie—. Estaba muy oscuro. Pero no podía venir de otro sitio.

—Acaba de decir que estaba muy oscuro. ¿Cómo sabe que no había otro barco en las cercanías? Hay que tener cuidado. No me gustaría causar un incidente diplomático reteniendo a un barco de otra nacionalidad completamente inocente. Utilizar una linterna de noche no es ningún crimen —añadió—. Eso no basta para ordenar el arresto de una persona.

—¿Ni siquiera puede detenerlo para interrogarlo? —inquirió Brodie, exasperado—. Alguien disparó contra el *Bribón del Mar*. ¿Es que no va a investigarlo? Regístrele sus cosas a ver si encuentra algo allí.

El agente asintió, reacio, pero Brodie quería estar presente en el registro. Y también Rogan. Desataron a Joe. Le encontraron un teléfono móvil por satélite y una pistola, con su munición. Brodie supuso que, a esas alturas, ya debía de haberse deshecho del explosivo plástico con que había volado la caja.

—¿Tiene licencia? —le preguntó el policía, sosteniendo la pistola.

—Sí —Joe se encogió de hombros—. Pero no la llevo encima.

Para alivio de Brodie, el agente le confiscó el arma.

—Cuando me demuestre que la tiene, se la devolveré.

El teléfono móvil, sin embargo, no era ilegal. Y cuando Rogan le preguntó por qué llevaba un aparato tan caro y sofisticado, Joe respondió:

—Tengo una familia. Me gusta mantenerme en contacto.

—¿Una familia? —repitió, Brodie, incrédulo. Era la primera vez que le oía hablar de ella.

—Mis padres. Se están haciendo mayores, y he de echarles un ojo. Y también tengo hermanos. Y una novia.

—Lo siento. No puedo arrestar a un hombre por tener un teléfono —declaró el policía.

Indignados, Rogan y Brodie vieron cómo Joe recogía tranquilamente sus cosas.

—Pero habrá una investigación. La piratería es un asunto muy serio —les prometió mientras subía de nuevo al remolcador, despidiéndose de ellos.

—El poli tiene razón —le dijo Rogan a Brodie—. No tenemos ninguna prueba sólida contra él. Como diría Granger, con esto no se puede ir a un juicio.

Pusieron rumbo al pequeño puerto de Parakeo, seguidos de la gabarra remolcada. Una vez allí, Rogan repartió los cheques entre los miembros del equipo, incluyendo generosos incentivos y varias monedas de oro. A Joe le tendió el cheque en silencio. El hombre lo aceptó, revisó su contenido y se marchó al hotel, donde sus compañeros esperarían el avión para Rarotonga.

Tu y Tilisi encargaron a sus alumnos de la escuela de buceo que vigilaran constantemente el *Bribón del Mar*, por turnos, para que al menor problema diesen la alarma. Cuando estaba atardeciendo, un lujoso yate atracó en el muelle. Desembarcaron tres hombres, que se encaminaron hacia el hotel.

—¿Conoces a alguno? —le preguntó Brodie a Rogan.

—No, pero ese barco lo he visto antes. ¿En Mokohina, quizá?

—Yo no recuerdo haberlo visto.

—Pues a mí me resulta conocido. ¿Te apetece una copa en el hotel?

—Sí, los chicos nos están esperando para celebrarlo —una última copa con los miembros del equipo era una especie de obligado ritual—. ¿Qué hacemos con las mujeres?

—Les preguntaremos si quieren venir. Con los chicos de Tu rondando el barco, estarán seguras en cualquier parte.

El bar estaba lleno, sobre todo de turistas. Brodie buscó a los tres hombres que habían desembarcado del crucero, pero no pudo identificarlos. El equipo había ocupado dos mesas y el alcohol corría con generosidad, a cargo de Rogan. Sin embargo, el hecho de que Joe estuviera un rincón, bebiendo solo, amargaba un poco el clima de alegría.

Cuando se levantó para dirigirse a la parte trasera del hotel, la atmósfera se distendió visiblemente, como si todo el mundo hubiera

soltado un suspiro de alivio. La fiesta estaba en todo su apogeo en el momento en que la tripulación del *Bribón del Mar* decidió marcharse.

Brodie estaba sosteniendo la puerta para que pasaran Sienna y Camille cuando un individuo de chaqueta blanca y gafas de sol pasó a su lado dándole un leve empujón. Ni siquiera se molestó en disculparse. Supuso que se trataría de algún millonario del yate que habían visto atracar.

Rogan tomó del brazo a Camille. Brodie pensó en tomar de la mano a Sienna, pero al final cambió de idea. Había algo en aquel tipo del yate que le resultaba terriblemente familiar, pero no lograba acordarse. Resultaba difícil, con aquellas gafas negras. Quizá fuera un actor o político famoso, que no quería que lo reconocieran...

Después de que las mujeres se hubieron ido a la cama, dejando a los hombres en el salón, Rogan le preguntó:

—¿Crees que podríamos convencerlas de que tomaran un avión de vuelta a Nueva Zelanda?

Brodie sonrió.

—¿En caso de que el pesquero esté al acecho, esperando a que salgamos a mar abierto? No creo que tengas muchas posibilidades.

—Tienes razón. Hablaré con Granger, a ver si se le ocurre algo...

Brodie estaba durmiendo en su litera cuando oyó un golpe en un lateral del barco. El ruido lo sacó de un sueño en el que aparecía Sienna, sentada en la proa del *Bribón del Mar* con la melena al viento, desnudos sus senos, invitadores...

Musitó una maldición y se levantó. El ruido se repitió, seguido de algo parecido a un gruñido. En el muelle, los alumnos de la escuela de buceo estaban alertas. Los sonidos procedían del lado del mar, donde estaba la escalerilla para zambullirse.

Una mano surgió del agua, aferrándose al último peldaño. En la oscuridad se distinguió un rostro.

—¡Socorro! —suplicó una voz.

Lo ayudaron a subir a bordo. El hombre se dejó caer en la cubierta como un saco, jadeando, agotado y dolorido. Brodie se agachó para darle la vuelta, y no reconoció aquel rostro destrozado, lleno de sangre. Se notaba que tenía un brazo roto. Cuando fue a

examinárselo, soltó un grito.

—¡Cuidado, Brodie!

—¿Joe?

—No... me arrojes por la borda, ¿de acuerdo? —pronunció con voz débil. Parecía a punto de desmayarse.

Brodie le buscó el pulso en el cuello. Todavía latía con fuerza.

—Encargaos de él —les pidió a los chicos, y bajó a buscar a Rogan.

Sienna y Camille subieron también a cubierta.

—¡No! —protestó Joe cuando Camille sugirió llevarlo al único hospital de la isla—. Al hospital no... Allí me atraparán...

—¿Quién? —le preguntó Brodie—. ¿Quién te ha pegado?

Joe no parecía escucharlo.

—No se lo digáis a nadie, por favor, chicos. Rogan, lo siento...

Se quedó inconsciente. Brodie lo sacudió con cuidado. No reaccionaba.

—Me pregunto quién le habrá hecho esto...

—Quizá nos lo cuente todo cuando se despierte de nuevo —apuntó Rogan.

—¿Crees que será seguro mantenerlo a bordo? —inquirió Brodie.

—Supongo que no pensarás que pueda ser peligroso para nadie, en el estado en que se encuentra... —replicó Sienna—. Necesita urgentemente un médico.

—Mandaremos a buscar a Hunk —decidió Rogan, y uno de los jóvenes de la escuela de buceo fue despachado al hotel con ese encargo, mientras los demás llevaban a Joe al salón.

Lo dejaron sobre una manta, en el suelo. Camille le colocó cuidadosamente un cojín bajo la cabeza. Cuando retiró la mano, la tenía manchada de sangre.

—Creo que también lo han golpeado en la cabeza.

Hunk no tardó en aparecer. Le diagnosticó varias costillas y un brazo roto. Para entonces, Joe ya se había despertado, gruñendo.

—Tiene un traumatismo craneal. Hay que mantenerlo vigilado y despertarlo de cuando en cuando, para que no vuelva a quedarse inconsciente. Es un tipo duro... se recuperará en unos días.

—Y cuando lo haga, tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

Capítulo 10

POR LA mañana, Rogan informó a Camille y a Sienna de que Granger había reservado un vuelo de regreso a Nueva Zelanda para transportar el tesoro.

—De esa manera, se asegurará de guardarlo en el banco. El avión debería llegar en un par de días.

Estaban desayunando todos en el salón cuando se abrió la puerta del camarote y apareció Joe, desnudo y tambaleándose. Lo habían instalado allí para poder vigilarlo. Su cuerpo era una enorme mancha de colores morados y rojizos, y llevaba un brazo en cabestrillo, vendado al pecho.

—Lo siento, señoras... ¿Dónde diablos está mi ropa?

—Puedes utilizar la mía —Brodie se levantó para meterlo de nuevo en el camarote. Minutos después ambos volvieron al salón. Joe se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta que le quedaba pequeña, dada su gran corpulencia. Se sentó a la derecha de Sienna. Camille le puso delante una laza de café con tostadas.

—Gracias.

Todo el mundo lo estaba mirando con expresión ceñuda, hostil. Brodie le espetó:

—¿Qué pasó?

—Me pegaron una paliza.

—Eso ya lo sabemos —comentó, sarcástico—. Ahora nos dirás que no sabes quién fue, ¿verdad?

—¿Me creeríais?

—No.

—Mira, no sé sus nombres. Y esto es... confidencial, ¿entendéis? No podéis contárselo a la policía.

—¿Por qué no? —quiso saber Rogan—. Estoy seguro de que estarían interesados.

—¿Lo queréis saber o no? —Joe estaba empezando a mostrarse agresivo, como si hubiera recuperado las fuerzas—. Nada de polis, ¿de acuerdo? ¿Acaso queréis que me maten?

—Francamente, ¿por qué habría de importarnos? —replicó Brodie.

—Porque vosotros sois los buenos —sonrió con esfuerzo—. No sois unos asesinos.

—¿Y quiénes son los malos?

—Debieron de haberme seguido hasta el bar del hotel. Cuando salí a tomar el aire, me estaban esperando. No les vi la cara, pero sé quién los envió. Eran tres. No tenía la menor oportunidad. Lo único que recuerdo es que me desperté en el agua. Supongo que me dieron por muerto —esbozó una mueca—. Y por poco lo logran. Pero ahora van a saber lo que es bueno...

—Así que quieres ayudarnos —concluyó Brodie—. ¿A cambio de qué?

—¿No deberías ir a la policía, Joe? —sugirió Sienna—. Si realmente intentaron matarte...

El coloso sacudió la cabeza, impaciente, y mordió una tostada.

—Si voy a la poli, entonces sí que soy hombre muerto.

—Bueno, dínoslo de una vez, ¿no? —intervino Rogan—. ¿Por qué diablos quieren matarte?

—Piensan que... que los he traicionado.

Brodie se inclinó hacia delante.

—Así que estuviste trabajando para ellos. Los tipos del pesquero.

—No sabía lo que tenían en mente —evitó su mirada—. El plan era que yo los avisaría si encontrabais el oro. Eso era todo.

—¿Y esperabas que, una vez satisfecha su curiosidad, se largaran tan tranquilos? —replicó Rogan—. Cambia de táctica, Joe. Ésa no te ha dado resultado.

—De acuerdo —masculló, malhumorado—. Iban a quitároslo.

—¿Así, sin más? —inquirió Brodie.

—Me dijeron que si os rendíais, no habría heridos.

Brodie soltó una exclamación de incredulidad.

—¿Y qué pensabas llevarte tú? ¿Una parte del tesoro?

—Mirad, lo siento chicos... —rezongó, azorado—. Pero me amenazaron con matarme si no me prestaba a ello.

—Les seguiste el juego. Y pese a ello, intentaron matarte.

—Anoche les dije que no había sido culpa mía, pero no me escucharon. En cierta forma, tenían razón.

—Tú volaste la caja, ¿verdad? Pero no para ellos —adivinó Brodie—. Querías asegurarte tu parte en caso de que ellos no se hicieran con el botín...

—Pensé que podía quedarme con una parte del oro... ya sabéis, un par de lingotes o dos, y desaparecer una vez que regresáramos a tierra, desentendiéndome de ellos. Pero ya os lo he dicho, esos tipos son peligrosos —se llevó una mano a la frente—. Me duele la cabeza...

—Pobrecito... —se burló Brodie—. ¿Saboteaste también el cabrestante?

—Sí —respondió, vacilante—. Necesitaba tiempo para poder contactar con ellos y avisarles de que habíamos encontrado el oro. Aunque, hasta que no se abriera la caja, eso no era seguro...

—Y una vez que subimos el oro a bordo, contactaste con ellos por su teléfono móvil y les dijiste que podían acercarse cuando quisieran.

—Pero si estuviste en contacto con el pesquero durante todo el tiempo, ¿por qué se mantuvieron siempre a la vista? —preguntó Sienna.

—Para echar un ojo a lo que estaba sucediendo. Y recordarme de paso que estaban esperando. Lo cierto es que no confiaban en mí. Yo sabía que la presencia del pesquero os ponía nerviosos... ¡pero no tanto como a mí!

—¿Quiénes son esos tipos? —inquirió Brodie.

—Ya os lo dije, no lo sé. No me dieron nombres.

—¿Cómo se enteraron de que trabajabas para nosotros?

De repente Rogan recordó algo.

—Viniste a buscarme a Rarotonga. ¿Te enviaron ellos?

Brodie pensó que, en aquel momento, no les había parecido ninguna casualidad. Las noticias de las ofertas de trabajo circulaban rápidamente en el mundo de los buzos profesionales.

—Hasta Rarotonga corrió la voz de que habíais preparado una gabarra y que estabais contratando buzos. Acababa de terminar un trabajo y ese tipo... me abordó.

—Y te ofreció una parte de nuestro tesoro si nos espiabas de su parte —adivinó Rogan.

—No fue así exactamente —replicó Joe a la defensiva—. El caso es que acababa de hacer un trabajo para ellos y... —miró a su alrededor, nervioso, como si temiera que lo estuvieran escuchando—. No sabía en lo que me estaba metiendo cuando acepté trabajar para ellos. Son tipos duros... duros de verdad.

—¿Qué último trabajo fue ése?

—Ellos... me contrataron para algo ilegal. Por eso acepté seguirles el juego en lo del *Bribón del Mar*. Me amenazaron, y no podía acudir a la poli por culpa de lo que había hecho antes... no quería terminar en prisión.

—Mejor eso que terminar muerto —comentó Brodie—. ¿Así que se trataba de los mismos tipos?

Joe se removió en su asiento, incómodo.

—Chicos, si le vais con el cuento a la policía... por favor, yo nunca os he dicho nada.

Rogan lo miró pensativo.

—Tus amigos no son los únicos tipos duros que hay en este planeta. ¿Sabes? Me están entrando ganas de añadir unos cuantos moretones a los que ya tienes.

—Y a mí —añadió Brodie.

—Ya os he dicho que lo siento...

—¿Lo sientes? Esos tipos buscaron el *Maiden's Prayer*, intentaron acceder al pecio antes de que llegáramos, y tú te prestaste a trabajar para ellos. Fuiste tú quien le hizo ese primer agujero al casco y limpió los primeros objetos, los que estaban en la superficie, ¿verdad? —en aquel momento Rogan lo vio todo claro—. Ése fue el trabajo ilegal del

que estabas hablando. Y después acuchillaste a Brodie.

Sienna estaba indignada.

—¡Vamos, Joe! —a Brodie se le estaba acabando la paciencia—. Si quieres que te salvemos de esos tipos, vas a tener que contarnos todo lo que sabes de ellos. Aunque, personalmente, me gustaría poder devolverte esa cuchillada...

—Yo no quería herirte. Cuando vi que me estabas persiguiendo, me asusté. Ni siquiera sabía si eras tú.

—Vamos, cuéntanos el resto de la historia, amigo.

—De acuerdo... Sí, fui yo. Y un par de tipos, no profesionales. Buceadores deportivos, íbamos a bordo del pesquero. Encontramos algunas monedas y objetos dispersos alrededor del pecio, pero no pudimos acceder dentro. Malditos aficionados... Yo ya los avisé de que necesitábamos mejores equipos y mejores buceadores. No tenían el equipo adecuado. Decían que no disponían de tiempo para conseguirlo...

—Pero por fuerza tenías que saber que se trataba de algo ilegal —intervino Brodie.

Joe ignoró aquel comentario.

—Yo les dije que si reventaban el casco, la madera destrozada podría bloquear cualquier acceso. Al otro tipo esa perspectiva tampoco le gustaba. Pero ellos me contestaron que usarían el cabrestante del pesquero para retirar los escombros y sacar el oro.

—¿Qué otro tipo? —inquirió Rogan.

—Había dos tipos. No eran marineros, ni pescadores. Ellos le decían al capitán del pesquero lo que tenía que hacer. Supongo que lo habrían contratado.

Brodie supuso que aquel pesquero sería uno de los barcos que Drummond solía usar para sus negocios de contrabando de antigüedades.

—Tuvieron una fuerte discusión —continuó Joe— sobre si la explosión dañaría irreversiblemente el pecio. El tipo que parecía ser el jefe se impuso. Pero cuando empezamos a retirar los escombros y la madera... se nos rompió el cabrestante. Fue eso lo que más tarde me daría la idea de sabotear el de vuestra gabarra. El jefe nos ordenó

que nos zambulléramos, pero nosotros no podíamos remover los escombros. De manera que no pudieron acceder al oro, tal y como yo les había vaticinado. Volvimos a Rarotonga, y cuando nos enteramos de que habíais montado la expedición de rescate, me ordenaron que me integrara en el equipo, a cualquier precio.

—Ya. Y luego nos siguieron. Mientras tanto, tú los mantenías perfectamente informados —pronunció Brodie con un tono cargado de desprecio.

—¿Es que no lo entendéis? Antes os dije que el tipo que parecía el jefe ganó la discusión con el otro. En realidad... lo mató. ¡Sacó un arma y disparó contra él a sangre fría!

Un silencio siguió a sus palabras. Todo el mundo se había quedado estremecido.

—Y a mí me habría hecho lo mismo si me hubiera negado a colaborar —añadió finalmente Joe.

—¿Cómo era ese tipo? —quiso saber Rogan.

—Estatura mediana, pelo castaño. De aspecto absolutamente normal, a excepción de sus ojos. Eran fríos. De mirada helada.

—¿De qué color?

—Azules... Grises. Una mezcla de ambos, quizá.

—James Drummond —murmuró Rogan—. Siempre supe que era un asesino. Pero habitualmente siempre le encargaba a alguien el trabajo sucio...

Joe se pasó el día descansando en el camarote de Brodie. Camille le ofreció unos analgésicos, pero los rechazó. Tenía miedo de que le dieran sueño y se quedara dormido.

—Supongo que teme que Drummond se le aparezca en una pesadilla... —le comentó Brodie a Rogan cuando subieron a cubierta.

—No me extraña en absoluto. ¿Qué vamos a hacer con él?

—No tiene sentido entregarlo a la policía de aquí. Si lo mandamos de regreso a Nueva Zelanda, la policía podría estar interesada en averiguar algo sobre Drummond...

—Ya. Pero no me entusiasma nada la perspectiva de navegar de vuelta a casa con él y con las mujeres a bordo...

Brodie era de la misma opinión.

—Enviaremos a las mujeres a casa en avión, con el tesoro.

—¿Solas? —Rogan frunció el ceño—. Tal vez uno de nosotros debería acompañarlas.

Suponiendo que su amigo querría acompañar a su esposa para asegurarse de que no sufriera ningún daño, Brodie no dijo nada.

—¿Por qué no fingimos facturar el tesoro por avión... y volvemos a casa con él en el *Bribón del Mar*? —sugirió Rogan—. Sería bastante más seguro.

—¿Con Joe a bordo?

—Ahora lo único que quiere es descansar y quedarse tumbado en la cama. No creo que volvamos a tener problemas con él.

—Aun así, no sabemos cuál podría ser el siguiente movimiento de Drummond. O si Joe nos ha ocultado cosas... Imagínate que deciden seguirnos. Tal vez no se crean que hemos facturado el oro por avión...

Estaban en un dilema. Ambos querían proteger a sus mujeres. Porque así era como Brodie había empezado a pensar en Sienna.

—Hagamos una cosa —le propuso Brodie—. Tú te irás en el avión con Camille. Y yo volveré en el *Bribón del Mar*.

Rogan sonrió levemente.

—Te agradezco la oferta, pero... te recuerdo que se trata de mi barco.

Finalmente quedaron en que Rogan se quedaría en el *Bribón del Mar*, y que contrataría a Tilisi para que lo acompañara. Camille se opuso en un principio a que la enviaran en avión con Sienna, y solamente cedió cuando le dijeron que Brodie iría con ellas.

—Os quedaréis en mi casa hasta que Rogan llegue a puerto.

Todos los objetos del pecio fueron cuidadosamente empaquetados y cargados en el avión, que tres horas después aterrizaba en Auckland. Granger las estaba esperando con una furgoneta blindada y varios guardias de seguridad, para transportar el oro al banco y los demás artículos al museo. Una vez allí se dedicarían a restaurarlos. Sienna les había pedido que apartaran dos cajas.

—Son cosas que me gustaría restaurar personalmente —les

explicó—. Ninguna de ellas vale millones... y los ladrones estaban dispuestos a destruirlas con tal de llevarse el oro. Recordad que Rescate de Tesoros del Pacífico me paga por trabajar, no para que me quede de brazos cruzados...

Esa misma noche Camille y Sienna se instalaron en la habitación de invitados de la casa de Brodie. Las cajas las guardaron en un cuarto contiguo que servía de almacén.

—¿Podría trabajar aquí? —le preguntó Sienna. Había una mesa. Acondicionándolo un poco, podría servir de improvisado despacho.

—Sí, claro. Te lo prepararé por la mañana. ¿Tenéis hambre?

En Auckland habían comprado pan, leche, huevos y beicon. Brodie puso manos a la obra en la cocina.

—Estaba estupendo —comentó Sienna, satisfecha, cuando terminaron de cenar.

Brodie sonrió, transmitiéndole un secreto mensaje con los ojos. Sienna sabía que estaba pensando en la noche que habían compartido en Parakeo. No había la menor duda.

A la mañana siguiente, Brodie les preguntó:

—¿Estaréis bien si bajo un momento a echar un vistazo a la tienda? Cerraré bien la puerta.

Sienna lo miró con expresión divertida.

—¿Qué es lo que podría pasarnos? —miró por la ventana la calle desierta. Todo estaba tranquilo.

—Nunca está de más ser precavido —masculló Brodie—. Rogan me encargó que velara por vuestra seguridad. Si alguien llama a la puerta, no abráis si no se trata de algún conocido.

Volvió poco después con un tablero y unas banquetas para que Camille y Sienna trabajaran con los objetos del barco.

—¿Necesitáis algo más?

—¿Podrías conseguir unos bidones de plástico como los que teníamos en la gabarra?

—Claro. Iré a por ellos al puerto. Y aprovecharé también para comprar comida.

—¿Qué más?

—Un destilador de agua —le pidió Sienna—. Yo te acompaño.

Necesito encontrar a alguien que venda ácido sulfúrico y ácido nítrico. Ah, y me gustaría pasarme por la peluquería. Aunque quizá podría acercarme yo sola después...

—A mí me parece que tienes muy bien el pelo —observó Brodie—. Espero que no te lo vayas a cortar.

—Oh, sólo quiero arreglármelo... —parecía decidida.

—De acuerdo. Iremos después de comer.

Brodie preparó para comer unos mejillones al vapor, con pan integral y vino blanco.

—Eres una joya, Brodie —le comentó Camille cuando terminaron—. No sé cómo es que todavía no te ha cazado ninguna mujer...

—Bueno, Sienna es de la opinión de que ninguna aceptaría quedarse conmigo. Me lo dijo un día —repuso, sonriendo.

Camille lanzó a su amiga una mirada interrogante.

—Bueno, no se lo dije en serio. Sólo bromeaba...

Camille miró curiosa a Brodie, que no dijo nada. Sienna se levantó entonces para llevar los platos a la cocina.

—¿Cuándo nos vamos?

—Tan pronto como estén fregados los platos —Brodie se levantó también, con el suyo en la mano.

Cuando se inclinó para dejarlo en el fregadero, Sienna pudo aspirar su delicioso aroma masculino. Eso era algo que siempre le aceleraba el corazón...

—Creo que yo me quedaré aquí —dijo Camille—. Intentaré comunicar con el *Bribón del Mar*.

—No creo que sea muy prudente —pronunció Brodie, incómodo—. Le prometí a Rogan que cuidaría de ti...

—Estaré perfectamente, Brodie. Estando en casa no corro ningún peligro, de verdad.

—De acuerdo —consintió tras una ligera vacilación—. Pero acuérdate de cerrar bien la puerta y no abrir a desconocidos.

Sienna no tardó en encontrar una peluquería. Después de echar un vistazo a los alrededores, Brodie se fue a comprar los bidones de plástico.

—Pero no salgas sola. Espérame.

Volvió antes de que hubieran terminado con ella.

Se sentó en la sala de espera y se puso a hojear unas revistas. Poco después estaba inspeccionando críticamente su peinado.

—¿Y bien? —no pudo contenerse de preguntarle.

—No está mal... —rezongó, y a continuación esbozó una sonrisa que la dejó sin aliento—. Es broma. Pensaba que era imposible que ganaras en belleza, pero evidentemente estaba equivocado. Por cierto, he encontrado a alguien que puede venderte esos ácidos que querías.

Aquel brusco cambio de conversación le recordó que los cumplidos eran algo natural en un hombre como Brodie. Y que aquel último halago no debía de haber significado nada para él. Tendría que recordarlo en adelante, para no volver a perder la cabeza...

Compraron los ácidos y luego fueron al supermercado del pueblo. Estaban guardando las compras cuando un grupo de jóvenes pasó al lado y Sienna se incorporó de repente:

—¡Es él!

Capítulo 11

—¿QUIÉN? —preguntó Brodie.

—El chico que intentó robarme el bolso. Ése, la gorra...

Brodie echó a correr antes de que llegara a terminar la frase. El chico salió huyendo bajo la mirada asombrada de sus amigos. Perseguido y perseguidor desaparecieron detrás de una esquina, pero reaparecieron momentos después.

Brodie lo estaba agarrando del cuello de la camisa, mientras le inmovilizaba un brazo a la espalda con la otra mano. Sus amigos estallaron en protestas, pero no se atrevieron a actuar.

—¿Es éste? —le preguntó a Sienna.

—Sí.

—Yo no he hecho nada... —protestaba el chico, forcejeando.

Sus compañeros se mantenían a una prudente distancia, expectantes. Un par de transeúntes se detuvieron a contemplar la escena. Uno de ellos sacó su móvil y marcó un número.

—Intentaste robarle el bolso.

—¡No fui yo!

—Fuiste tú. Estoy segura.

—La policía está en camino —los informó el hombre que acababa de hacer la llamada.

Aquello dejó aterrado al chico.

—¡Sí, pero no me llevé nada! —exclamó, mirando a Sienna con expresión suplicante.

—Pero lo intentaste —le recordó ella—. Si no me hubiera resistido, te lo habrías llevado.

—Pero no le hice ningún daño, ¿verdad? —su tono resentido daba a entender que todavía le dolía la patada que le había dado...

—No se trata de eso —intervino Brodie—. Así que admites que fuiste tú.

—Yo, bueno... lo siento —se dirigió a Sienna—. No fue idea mía, se lo juro.

—¿De tus amigos entonces? —sugirió Brodie, volviéndose hacia ellos.

—¡Eh, Dub! —protestó uno de ellos—. No se te ocurra echarnos la culpa a nosotros...

—¿De quién fue entonces la idea?

—Un tipo mayor me dio cincuenta dólares si se lo quitaba...

—¿Cómo se llamaba?

—¡No lo sé, de verdad! Nunca lo había visto antes. Simplemente señaló a la señora y me dijo que tenía algo suyo en su bolso. Y me ofreció ese dinero para que se lo quitara.

—¿Lo has vuelto a ver desde entonces?

—No, no era de aquí. Mire, ya le he dicho que lo siento. Si ella misma no sabe quién era, ¿cómo voy a saberlo yo? Además, usted no tiene ningún derecho a agarrarme así... ¡usted no es un poli! ¡Podría demandarlo por agresión!

Una sirena se oyó a lo lejos. Segundos después, un coche de policía se abrió paso entre los curiosos que estaban contemplando la escena.

—Mira, ésta es tu oportunidad. Ha llegado la caballería.

Pero Dub no parecía nada contento con la perspectiva.

Después de una corta visita a la comisaría, donde los padres de Dub no tardaron en aparecer, avergonzados, y del interrogatorio de rigor, Sienna y Brodie regresaron a casa. Sienna se había negado a denunciar al chico.

—¿Qué diablos llevabas en el bolso para que alguien tuviera tantas ganas de quitártelo?

La policía le había hecho esa misma pregunta, y ella les había respondido que debía de haberse tratado de algún error, una confusión de identidades. Aunque, según Dub, el desconocido la

había señalado con el dedo, sin dudar un instante.

—No llevaba nada particularmente de valor.

Brodie dejó los bidones de plástico en la cocina y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Camille?

—¡Aquí! —gritó desde el dormitorio—. Ahora mismo voy...

De repente Brodie se volvió hacia Sienna.

—Tenías el disco informático con las notas que habías tomado sobre los objetos del barco, ¿no?

—Sí, pero no eran tan importantes, sólo algunas fotos con apuntes. Nada que no le hubiera pasado antes a Granger. Aunque supongo que alguien pudo haber pensado que contenía información mucho más interesante.

—Granger tenía su copia guardada en un lugar seguro. Y si hubieran querido entrar en el *Bribón del Mar*, la alarma se habría disparado —fue entonces cuando se dio cuenta—. ¡Claro! —exclamó, preocupado—. Tú fuiste la única que estuvo en peligro en todo momento...

—Dudo que esa información le hubiera servido de algo a nadie —insistió Sienna.

—Si alguna persona... no Drummond, porque él ya lo sabía... hubiese querido averiguar la localización del pecio... se habría fijado en tus notas. Ése habría sido el primer lugar donde habrían buscado.

—Pero si ni siquiera yo sabía dónde estaba. ¡Difícilmente habría podido decírselo a alguien!

—Pero eso era algo que ellos no sabían.

Sienna reflexionó durante unos segundos, estremecida.

—Si los objetos del laboratorio fueron robados por alguien que quería asegurarse de que procedían de un barco antiguo, que además llevaba un tesoro a bordo... eso sí que tiene sentido.

—No —Brodie sacudió la cabeza—. Eso no basta para que ese alguien se tomara tanta molestia. Pero... era de conocimiento público que el *Maiden's Prayer* llevaba un tesoro a bordo. Un tesoro lo suficientemente valioso como para matar por él. Ellos querían saber si tú habías confirmado la identidad del barco.

—Y me siguieron... —añadió Sienna con voz temblorosa—. Desde que me marché de casa. O tal vez incluso antes.

—Maldita sea... Lo siento, Sienna. Debimos haberte protegido mejor.

—Bueno, ya no tiene sentido lamentarse por ello. El caso es que no he sufrido ningún daño.

—Ya —convino Brodie, ya más relajado. En aquel momento entró Camille.

—Oye, ese peinado te queda muy bien...

—Ya se lo he dicho yo —comentó, Brodie, sonriendo, mientras se dirigía de nuevo al coche para recoger el resto de las cosas. Al pasar al lado de Sienna, le lanzó otra sonrisa que la dejó sin aliento.

Camille la ayudó a guardar la comida en la cocina.

—El barco navega a toda vela, y está haciendo un tiempo muy bueno —le informó—. Joe sigue convaleciente de sus heridas. No está dando ningún problema.

Pasaron el resto del día trabajando en el laboratorio improvisado del cuarto contiguo.

—¿Qué os parece si celebramos nuestro éxito saliendo a cenar? —les sugirió Brodie.

Había empezado a llover, así que bajaron en el coche de Sienna. Tuvo que aparcar detrás de la esquina del hotel, porque el aparcamiento estaba ocupado.

La cena transcurrió en un ambiente relajado y agradable. Sienna pidió un plato de marisco que comió con apetito y compartió postre con Camille. Brodie la miraba con expresión aprobadora, algo risueña.

Algo se le removió por dentro. Pensó que era injusto el efecto que ejercía sobre ella. Resultaba, de hecho, alarmante, teniendo en cuenta que no estaban hechos el uno para el otro. Allí estaba, tan atractivo como siempre, tranquilamente concentrado en su postre, absolutamente despreocupado. De repente Brodie alzó la vista, y la sorprendió mirándolo. Sienna se apresuró a bajar la mirada al *mousse* que estaba compartiendo con Camille.

Cuando se marcharon, había dejado de llover. La calle estaba

oscura. Tomándolas del brazo, Brodie las llevó hacia el coche. En el instante en que Sienna abrió la puerta, un vehículo aparcado al otro lado de la calle arrancó a toda velocidad, dirigiéndose hacia ella.

Brodie reaccionó con la rapidez del rayo: rodeó el coche y, agarrándola de la cintura, la apartó justo a tiempo. No dudó en protegerla con su propio cuerpo. A su espalda, el vehículo se perdió en la oscuridad. Apretada contra su duro pecho, Sienna podía escuchar el acelerado latido de su corazón. Lo estaba agarrando de la camisa. Nuevamente aspiró su delicioso aroma masculino, disfrutando de la seguridad de sentirse entre sus brazos. Estaba temblando.

—¿Estás bien? —le preguntó, apartándola para mirarla a los ojos.

—Sí. ¿Y tú? Tu brazo...

—Está perfectamente —se inclinó para darle un rápido beso en los labios, que tuvo el mágico efecto de detener su temblor.

—¿Qué diablos ha sido eso? —inquirió Camille, asombrada.

—Ojalá lo supiera —repuso Brodie. Le quitó a Sienna las llaves de la mano y abrió la puerta—. Subid al coche. Yo conduciré.

Sienna obedeció y Camille se reunió con ella en el asiento trasero. Brodie no dejó de mirar por el retrovisor durante todo el trayecto de vuelta.

—No llegaste a ver el número de matrícula, ¿verdad? —le preguntó a Camille.

—No. Todo ocurrió tan rápido... Seguro que no tuvo nada que ver con el tesoro. Esos tipos tienen que saber que aquí no tenemos nada de valor. Y tampoco han estado siguiendo al *Bribón del Mar*. Rogan me dijo que no habían localizado a nadie en el radar.

—Tal vez se trató de un gamberro, deseoso de darle un buen susto a alguien. En cualquier caso, debemos llevar cuidado —aparcó el coche en el garaje y las acompañó a la casa—. Aseguraos de cerrar bien las ventanas esta noche.

—No creo que nos haya seguido hasta casa —pronunció Sienna, decidida a no dejarse amedrentar—. Creo que Camille tiene razón. Esto no puede restar relacionado con el tesoro.

—Eso espero. ¿Te acuerdas de la noche que te acompañé al hotel?

Un coche estuvo a punto de atropellarte, como ahora...—la miró, frunciendo el ceño—. Aparte de lo del pecio, ¿es posible que alguien tenga algo contra ti? ¿Una inquina particular?

Sienna negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! Y aquella primera vez la culpa fue mía. Crucé la calle sin mirar.

—Es verdad. Supongo entonces que se trata de una simple coincidencia. Aunque no me gustan nada las coincidencias...

Después de salir de la habitación, Sienna lo oyó revisar todas las puertas y ventanas de la casa. Luego volvió para desearles buenas noches.

Mientras se acostaba, tuvo la impresión de que no iba a dormir nada.

Durante el desayuno, Brodie anunció:

—Voy a instalar un sistema de alarma. Mientras tanto, por precaución, será mejor que dejemos las cajas cerradas.

El instalador llegó esa misma tarde y colocó un sensor en una esquina del improvisado taller. Brodie aceptó su sugerencia de cambiar las cerraduras de los ventanales. El hombre se fue después de instalar varios sensores más en otras partes de la casa.

—Muy bien. A partir de ahora, conectaremos la alarma cada vez que salgamos de casa.

—Es una buena idea —reconoció Camille—. Recuerdo que respiré de alivio cuando instalamos un sistema parecido en el *Bribón del Mar*.

Brodie abrió las cajas y ayudó a las mujeres a sacar los objetos que Sienna había dejado guardados en serrín. Luego los metieron en un bidón de agua destilada.

—La otra caja podrá esperar —dijo Sienna—. No es probable que esas otras cosas se deterioren al contacto con el aire, como les ocurre a éstas. Mañana nos pondremos a trabajar con ellas.

A la mañana siguiente, Brodie les comentó que necesitaba ir a la clínica a que le quitaran los puntos del brazo.

—Luego quizá me pase un rato por la tienda, si no os importa. Aquí estaréis seguras.

—Como si quieres pasarte el día fuera —le aseguró Camille—. No

te preocupes.

—No tardaré mucho.

Y cumplió su palabra. Al cabo de un par de días, empezó a relajar la vigilancia, pasando cada vez más tiempo en la tienda de buceo. Camille estaba en contacto constante con el *Bribón del Mar*, que seguía navegando con buen tiempo. Rogan confiaba en llegar para la semana siguiente.

Cuando terminaron con la primera caja, cuyos objetos dejaron reposando en ácido, Sienna y Camille se concentraron en la segunda.

—¿Qué hay dentro?

—Unos cuantos anillos, relojes, leontinas... cosas que no necesitan mucha limpieza, pero que hay que revisar para averiguar cuándo y dónde fueron hechas. Tal vez encontremos informaciones interesantes que puedan incrementar su valor para los museos, o para los coleccionistas.

—Yo me encargo de ello, si quieres...

—Adelante —Sienna le entregó la caja—. Toda tuya.

Poco después estaba sacando brillo a un plato de metal cuando oyó exclamar a su amiga:

—¿De dónde ha salido esto?

—¿El qué?

Pálida, Camille sostenía un anillo con dos dedos y lo miraba como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Lo encontró Brodie —la informó Sienna—, pero a lo menor procedía de otro naufragio. Tal vez nunca sepamos el nombre del propietario.

—Yo lo sé —susurró Camille. No había despegado los ojos del anillo.

—¿Tú?

—Ignoro quién fue el propietario original, pero James solía llevar un anillo así —pronunció con expresión triste, dolida—. Exactamente así.

—¿James? —no le extrañaba ahora que pareciera tan afectada—. ¿Drummond?

—Sí. James Drummond.

Capítulo 3

BRODIE SE quedó casi tan consternado como Camille cuando se lo dijeron.

—¿El anillo de Drummond? ¿Estás segura? —se volvió hacia Sienna—. Tú me dijiste que se trataba de un anillo de duelo...

—Que se repartía entre los familiares y amigos del difunto. El número variaba: de uno o dos hasta un par de docenas como mucho. Es demasiada casualidad que hayan sobrevivido en pleno siglo XXI dos anillos idénticos...

—Pero si realmente perteneció a Drummond... —murmuró, haciendo girar el anillo entre sus dedos—. Oh, Dios.

—¿Pudo haberlo perdido cuando os retuvo a Rogan y a ti en el *Bribón del Mar*? —le preguntó Sienna a Camille.

—No. Aún lo llevaba cuando lo arrestó la policía. Una vez me dijo que no podía quitárselo, que antes tendría que hacérselo cortar, y que no quería estropear una joya tan fina —miró a Brodie—. ¿Dónde lo encontraste?

—Se lo quité a un esqueleto humano en el arrecife.

—¡Eso no me lo habías dicho! —exclamó Sienna—. ¿Se trata del mismo esqueleto del que diste parte a la policía?

—Pero eso quiere decir... —Camille se interrumpió de repente.

—Que Drummond está muerto —terminó Brodie por ella.

—Bueno, no es que me alegre... —apuntó Sienna— pero lo cierto es que ya no nos podrá hacer daño. Ni a nosotros ni a nadie.

—Lleva meses muerto. Rogan y yo nos lo encontramos buceando la primera vez. Eso fue... justo antes de la boda.

—¿Meses, dices? Esa primera vez... ¿el esqueleto ya estaba descarnado?

—Efectivamente.

—Entonces debía de llevar un par de meses muerto, como mínimo —afirmó Sienna.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaron Brodie y Camille, al unísono.

—Por mis conversaciones con los forenses. A veces hemos encontrado huesos, especialmente cerca de las playas, cuando excavamos algún yacimiento arqueológico. Tenemos que comprobar si se trata de restos recientes o antiguos. Hay muchos peces en un arrecife... que podrían fácilmente limpiar de carne un cadáver en dos meses. ¿Estaba entero?

—No. A no ser que la mitad inferior estuviera enterrada en la arena. Pero los tiburones...

—¿Alguna ropa?

—No. Quien disparó contra él debió de desnudarlo. No llevaba nada más. Solamente ese anillo.

—Sus asesinos no querían que nadie lo identificara —adivinó Sienna—. Tal vez no pudieron sacarle el anillo. O quizá les pasó desapercibido.

—Cuando Joe dijo que al hombre al que llamaban «jefe» no le importaba destrozar los objetos del barco con tal de acceder al tesoro —pronunció Camille, pensativa—, algo en aquella declaración me pareció extraño. Sé que James es un delincuente, y que ha elegido el mal camino, pero siempre ha tenido un gran respeto por las antigüedades...

—Nos equivocamos —concluyó Brodie—. La víctima fue el propio Drummond. Estaba allí, en aquel pesquero. Y su socio lo eliminó cuando discutieron.

Sienna se estremeció visiblemente.

—Debe de ser un tipo muy cruel.

—Quizá Joe quiera declarar como testigo de cargo. Y ahora tenemos esto en nuestro poder... —bajó la mirada al anillo—. Aunque probablemente no constituya una prueba lo bastante sólida para acusar a nadie.

—Joe juró que jamás hablaría con la policía.

—Sin embargo, me da la impresión de que en la cárcel estará más seguro que en cualquier otro sitio. Y somos cuatro las personas que avalaremos su versión.

—¿Crees que debemos llevar el anillo a la policía? —inquirió Camille.

Brodie esbozó una mueca.

—Creo que debemos esperar a que llegue Rogan con Joe, y a que la policía escuche su historia. Tengo una caja fuerte en la tienda.

El nuevo sistema de alarma saltó durante la noche, despertando a todo el mundo. Brodie se levantó el primero y corrió hacia la puerta... a tiempo de distinguir a una figura subiendo a un coche que la estaba esperando.

El vehículo partió a toda velocidad. Estaba tan oscuro que no logró leer su número de matrícula. Maldiciendo entre dientes, volvió a la casa. Sienna y Camille llevaban unas largas camisetas que les llegaban a medio muslo. Y Brodie los pantalones cortos que solía ponerse para dormir.

Sienna estaba hablando por teléfono con la policía. No tardó en colgar.

—La policía llegará enseguida.

Y así fue. Pero sin un número de matrícula o una descripción del vehículo, eran muy escasas las esperanzas de localizarlo.

—Últimamente están teniendo ustedes bastantes problemas —comentó el agente, cerrando su libreta de notas.

—Y más que tendremos —repuso Brodie—. Rogan traerá un sospechoso consigo. Llegará en unos días.

—Creo que no deberían tomarse la justicia por su cuenta, como parece que están acostumbrados a hacer —los amonestó el policía, ceñudo—. No pueden ir reteniendo a gente a su capricho.

—Fue él quien acudió a nosotros —le aclaró Brodie—. Y confesó.

—¿Qué fue lo que confesó? —inquirió el policía, impaciente.

—Robo y sabotaje. Además, fue testigo de un asesinato.

—¿Un asesinato, ha dicho usted? —de repente lo llamaron por radio—. Sí, ahora mismo voy para allá. Lo siento —se disculpó,

desconectando el aparato—. Un accidente de coche. Tengo la noche muy ocupada —mirando a Brodie con expresión pensativa, añadió—: Cuando llegue ese...testigo, veremos lo que tiene que decir.

—Deberíamos haberle contado lo del anillo —pronunció Camille una vez que el agente se hubo marchado.

Brodie se encogió de hombros.

—De momento, lo guardaremos nosotros.

—Bueno, yo me voy a la cama —bostezando, regresó a la habitación.

—Yo necesito beber algo —dijo él—. ¿Y tú, Sienna?

Vaciló por unos segundos. Ya estaba completamente despierta.

—Sí —respondió, y lo siguió a la cocina.

—¿Qué te apetece? —le preguntó, abriendo un armario.

—Un baileys. Doble.

—Eso sí que es vivir peligrosamente —bromeó mientras sacaba la botella.

—Algo que últimamente llevamos haciendo bastante, ¿no te parece?

—Desde luego.

Le entregó la copa y se sirvió un *whisky*. Se sentaron en el sofá del salón.

—Pero tú estás acostumbrado, ¿no? A vivir peligrosamente, me refiero.

—Sí. Supongo que bucear conlleva un alto grado de riesgo. Sólo un diez por ciento de los tipos que se dedican a esto sobreviven. Los errores se pagan...

Sienna lo observó mientras se llevaba el *whisky* a los labios. Era un hombre que emanaba fuerza y seguridad por todos sus poros. Estaba muy bronceado. Tenía las largas y musculosas piernas extendidas, con los pies apoyados sobre la mesa. No le extrañaba que no pudiera quitarle los ojos de encima...

Descubrió, sorprendida, que se había bebido la mitad de su baileys. Y que se sentía bastante relajada, a pesar de lo ocurrido. Era increíble lo que podía hacer el alcohol, en las circunstancias adecuadas.

—¿Por qué entonces sigues buceando? —le preguntó. Prefería que siguiera hablando. Así le resultaba más fácil dominar el impulso de tocarlo...

—El mundo submarino. Es tan extraño y hermoso a la vez... A eso hay que añadir los lugares interesantes en los que he buceado, y la gente que he conocido... sobre todo los buceadores, tipos a los que podría confiarles mi vida. El mar es implacable. La convicción de que nos necesitamos los unos a los otros para vivir crea una camaradería especial —de repente una sombra atravesó su rostro, y bebió otro trago de *whisky*. Bajando la mirada a su copa, añadió—: Por eso me cuesta tanto aceptar que Joe nos traicionó. Habíamos trabajado juntos. Creía que lo conocía bien.

En un impulso, Sienna le acarició el brazo desnudo. Era un gesto sencillo, amistoso, de consuelo, y sin embargo sintió algo parecido a una corriente eléctrica. Brodie se quedó absolutamente inmóvil.

Sabía que debía retirar la mano, pero no pudo. Ansiaba tocarlo, acariciarlo... y no solamente para consolarlo. Una fuerza primaria, elemental, parecía haberse apoderado de su persona. Brodie se irguió de pronto y ella dejó caer la mano.

—¿Sienna? —pronunció con voz baja, vibrante, mirándola intensamente a los ojos.

Estaba apenas a unos centímetros. Entreabrió los labios. Sabía que debía decir algo, cualquier cosa, para romper la magia de aquel momento.

Fue entonces cuando Brodie inclinó la cabeza y la besó. Sienna apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, aceptando aquel beso ligero, tentativo. «¿Qué estás haciendo? ¿Acaso éstas loca?», le preguntó de pronto una voz interior. Pero el desesperado aviso quedó acallado por la delicia de aquel contacto y las sensaciones que le despertaba.

Brodie parecía tomarse todo el tiempo del mundo para seducirla, tentarla, excitarla. Aquel beso era como una revelación maravillosamente sensual. Sólo sus labios estaban en contacto, y pese a ello jamás había experimentado una intimidad semejante.

En un momento determinado se apartó para mirarla, acariciándole la boca con el pulgar, y sonrió. Le brillaban los ojos.

Volviéndose, dejó su vaso en el suelo y le quitó el suyo de los dedos.

Deslizó luego un brazo por sus hombros y la atrajo tiernamente hacia sí, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sienna, no estás bebida, ¿verdad?

—No —respondió, sonriendo. Era mentira. Estaba embriagada de su beso, de su aroma. Y del hecho de que estuviera casi desnudo, con su magnífico pecho presionado contra sus senos, con la única barrera de su camiseta. Cediendo a la tentación, lo tocó de nuevo. Cuando le acarició el brazo, sintió la tensión de sus músculos.

La besó de nuevo, esa vez con más intensidad, dando y demandando placer. Sienna deslizó las manos por su espalda al tiempo que se tumbaba en el sofá. La abrazaba con tanta fuerza que podía sentir el latido de su corazón, acelerado de deseo...

Se apartó para acariciarle un seno con los labios, a través de la fina tela de la camiseta. Levantándosela, repitió la caricia en su ombligo. Jamás antes había sospechado Sienna que aquella pudiera ser una zona tan erógena. Pero con Brodie, todas y cada una de las partes de su anatomía parecían serlo. Se estaba quemando por dentro de pasión, de necesidad.

De repente alzó la cabeza.

—Llevo queriendo hacerte esto desde la primera vez que te vi.

Nunca en toda su existencia se había sentido tan viva, tan sensible al más ligero contacto. Alzó los brazos para dejarse quitar la camiseta. Sólo llevaba una diminuta braga de encaje. Brodie siguió acariciándola.

—Creo que deberíamos irnos a una cama, ¿no te parece? —le dijo, incorporándose—. La mía está disponible.

—No —protestó ella. No quería moverse, interrumpir aquella deliciosa cascada de sensaciones, a cuál más maravillosa.

—Sí —se inclinó para darle un rápido beso en los labios—. No llevo nada encima, cariño. Tenemos que ir a mi habitación, donde tengo lo necesario...

Se dijo que debería sentirse agradecida. Estaba siendo bastante más razonable y prudente que ella. Vio que se levantaba y le devolvía la camiseta. Pero cuando intentó tomarla de la mano, se apartó

bruscamente, cubriéndose los senos.

—¿Qué pasa? ¿Sienna?

Sus pensamientos eran un puro caos que entraba en conflicto con su propio cuerpo. Pese a su excitación, se sentía deprimida, furiosa, humillada y culpable, todo a la vez. Intentó decirse que no debería reaccionar así. Al fin y al cabo, ya habían hecho el amor una vez, y aquel recuerdo invadía sus sueños, la acosaba constantemente.

Brodie estaba frente a ella, mirándola con expresión preocupada.

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno —susurró—. Bésame, Brodie —le pidió en un intento por recuperar la sensación de abandono que la había asaltado unos momentos antes.

Al principio no se movió. Luego alzó una mano y le acarició una mejilla. Sus ojos buscaron los suyos antes de inclinarse para besarla... pero no fue en absoluto el beso que había esperado. Fue tierno, leve, casi casto.

—Sólo si lo quieres de verdad.

—Lo quiero —pero su voz sonaba débil, insegura. Se mordió el labio—. Todo saldrá bien.

Brodie retiró la mano y se la pasó por la cara, frotándose la barba. Soltó una amarga carcajada. Cuando volvió a mirarla, su expresión era triste, casi de arrepentimiento.

—Creo que has perdido las ganas. Lástima. ¿Quieres terminarte la copa?

Sienna negó con la cabeza, desgarrada entre el alivio y una incómoda sensación de culpabilidad. Al parecer ella no era la única que había perdido las ganas. Brodie se llevó el vaso a los labios.

—Será mejor que te pongas la camiseta. Estás temblando.

Lo estaba, pero no de frío. Era una reacción nerviosa.

—Lo siento.

—Yo también. ¿Sabes? Cuando me acuesto con una mujer, me gusta asegurarme de que lo hace por propia voluntad, porque así lo desea... Y ése no ha sido tu caso. ¿Qué estabas haciendo? —le preguntó, curioso—. ¿Someterte a alguna especie de prueba?

—¡No! Yo sólo... en el momento me pareció una buena idea...

—Una idea de la que no has tardado en arrepentirte.

—Más o menos... —se encogió de hombros. La fiebre que había barrido todas sus dudas y vacilaciones estaba cediendo a marchas forzadas—. Supongo que he cedido a la tentación. Eres un hombre muy atractivo... Y la última vez fue una experiencia... muy buena.

Demasiado tarde recordó todas las razones por las que no le convenía un hombre como Brodie Stanner. Ella era una mujer que anhelaba un compromiso, permanencia en una relación. Ya había pasado por aquella experiencia cuando era más joven, y como escarmiento había decidido corregirse. ¿Por qué siempre tenía que enamorarse de los hombres equivocados?

Capítulo 13

SI CAMILLE advirtió una cierta tensión entre Sienna y Brodie durante los días siguientes, no dijo nada.

El jueves, Camille se quedó a trabajar en el dormitorio con el ordenador y Sienna se dedicó a limpiar una pipa recubierta de coral. Brodie había vuelto muy inquieto de una visita a su tienda. Estaba paseando de un lado a otro del taller, mirando constantemente por la ventana.

—¿Pasa algo? —le preguntó Sienna, alzando la mirada.

—No —volvió a mirar por la ventana—. ¿Te acuerdas del tipo que subió al *Bribón del Mar* buscando una oportunidad de invertir en nuestra empresa? ¿Ese que decía conocer a Drummond?

—¿El hombre de las gafas oscuras? Se llamaba Fraser no sé qué...

—Creo que ayer lo vi en el pueblo. Y en el puerto hay un yate anclado que se parece muchísimo al que vimos en Parakeo la noche que pegaron a Joe —bajó la vista a los objetos que estaban repartidos sobre la mesa—. Quizá deberíamos sacar todo esto de aquí.

—En cualquier caso, sean quienes sean, tienen que saber que no tienen ninguna esperanza de quitarnos el oro. Y estos restos... ¿qué importancia pueden tener para ellos?

Llamaron a la puerta y Brodie fue a abrir.

—Estoy buscando a Sienna Rivers —pronunció una voz en el umbral.

Sienna alzó la cabeza y se levantó. Se disponía a salir del salón cuando oyó preguntar a Brodie:

—¿Para qué quiere verla?

—Aidan... —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una expresión de inmenso alivio inundó su rostro.

—Gracias al Cielo —musitó, lanzando una mirada temerosa por encima del hombro—. Estaba muy preocupado por ti.

—Yo estoy perfectamente. ¿Y tú? —ése no parecía su caso. Experimentó una punzada de compasión.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó Brodie.

—Es el jefe del Departamento de Historia de Rusden.

—Ah, ya —lo miró, hostil—. ¿Y qué es lo que quiere?

—Me gustaría hablar con Sienna. En privado.

—¿Para qué?

Sienna le lanzó a Brodie una mirada helada mientras tomaba del brazo a Aidan, haciéndolo pasar.

—Vamos a mi taller.

—¡Sienna! —le dijo Brodie antes de que pasara a la habitación—. ¿Te parece prudente? —se refería a los objetos del pecio.

—Aidan me dejó utilizar el laboratorio de la universidad para Rescate de Tesoros del Pacífico. Creo que no tiene sentido esconderle nada.

Abrió la puerta y lo hizo entrar, cerrándola firmemente a su espalda.

—¿Has encontrado el tesoro? —le preguntó él, acercándose a la mesa.

—El verdadero tesoro no está aquí. Todo lo valioso está guardado en Auckland.

Se giró en redondo hacia ella.

—¿En qué sitio de Auckland?

—En un banco. Y otros restos están en un museo.

Aidan miró los bidones de ácido y agua destilada, el cajón abierto, con un par de cajas en su interior, y los pocos objetos cuidadosamente colocados sobre la mesa.

—¿Qué es lo que tienes aquí?

—Piezas menores de joyería, botones artículos de uso cotidiano...

—Me gustaría verlos —un extraño brillo de emoción asomó a sus ojos—. ¿Puedo?

—No sé si...

—¡Por favor!

—Aidan... ¿qué pasa?

—Nada. No sabía nada de ti, y no podía contactarte en ningún sitio... ni siquiera en tu teléfono móvil.

—¿Por qué querías contactar conmigo?

—Estaba muy preocupado... corrían rumores muy feos. Te advertí que no te mezclaras con los buscadores de tesoros.

Sienna supuso que la noticia del ataque sufrido por el *Bribón del Mar* debía de haberse extendido.

—Bueno, ahora que estoy aquí... ¿vas a enseñarme lo que has encontrado? Puede que no aprobara tus actividades, pero debo confesar que siento una gran curiosidad...

Le fue mostrando cada pieza. Y cuando le preguntó por el mejor método de limpiarlas y restaurarlas, Aidan le dio las explicaciones pertinentes con expresión distraída, como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Esto es todo? —le preguntó, señalando uno de los anillos, mientras Sienna volvía a guardarlo todo.

—¿Estás decepcionado? Ya te dije que aquí no tenemos nada de gran valor.

—Es muy interesante, pero... ¿qué tipo de cosas tenéis almacenadas en Auckland?

—Ya te lo he dicho. Todo lo valioso —sabía que ni Brodie ni los Broderick querrían que entrara en detalles.

—¿Joyería? ¿Más anillos?

—Algunos, con piedras engastadas. ¿Qué tal está tu esposa? ¿Y Pixie?

—Ah, están... bien —miró a su alrededor—. ¿No tienes nada más que enseñarme?

Si estaba buscando una excusa para poder quedarse más tiempo, no iba a proporcionársela.

—Gracias por venir. Has sido muy amable al molestarte tanto.

—Yo... me alegro de que estés bien.

Lo acompañó hasta la puerta. Poco después Brodie se encaraba

con ella, disgustado.

—¿Qué significa todo esto? ¿Cómo sabía ese hombre que estabas aquí?

—Probablemente preguntó en el pueblo por alguien relacionado con Rescate de Tesoros del Pacífico —pensó en lo mucho que debía de haberse molestado en localizarla—. Estaba muy preocupado por mí.

—¿Por qué?

A Sienna la irritó que se creyera con derecho a hacerle ese tipo de preguntas sobre su amigo.

—Creo que había oído algo acerca del ataque que sufrimos en el *Bribón del Mar*. O quizá simplemente se preguntaba si estaría a salvo con gente como tú. Algo que yo misma me he preguntado, por cierto.

Brodie soltó una carcajada irónica.

—Ya sabes que conmigo estás perfectamente segura, Sienna —lanzándole una elocuente mirada, añadió—: En todos los sentidos.

Se lo había demostrado de manera terminante, y se ruborizó al recordarlo.

—Tengo trabajo que terminar —le espetó, volviéndose al taller.

Ese mismo día, más tarde, lo oyó salir de la casa y suspiró aliviada. Se notaba que estaba de mal humor. Incluso Camille lo había mirado de reojo, extrañada.

Cuando sonó el teléfono, las dos amigas habían hecho una pausa para tomar café. Sienna descolgó el aparato del pasillo. Era Aidan.

—Creía que te habías marchado. ¿Dónde estás?

—En el hotel. Pensé que a lo mejor te apetecería cenar aquí conmigo... ¡Dime que sí! —insistió, sin esperar su respuesta—. Es importante.

—¿El qué es importante? —obviamente, estaba muy inquieto por algo—. ¿Se trata de algo personal?

—No. No, tiene que ver con... con tu trabajo. No puedo decírtelo ahora. ¿Puedes venir al hotel a las siete?

—De acuerdo. Allí estaré.

Brodie llegó poco después con un paquete en la mano. Sienna y Camille seguían tomando café.

—Para esta noche tenemos salmón ahumado —anunció, guardando el paquete en la nevera—, cortesía de uno de mis clientes.

—Hoy voy a cenar con Aidan.

Brodie se giró en redondo.

—¿Que tú qué?

—Que voy a cenar con...

—¡Ni hablar! —estalló.

Sienna arqueó las cejas, esforzándose por adoptar una actitud de indiferencia.

—¿Qué te hace pensar que puedes dictarme lo que debo o no debo hacer?

—Tú no vas a salir de esta casa —declaró, rotundo—. Sin mí no, al menos.

—¿Y dejar a Camille sola? Rogan jamás te lo perdonaría. No necesito una carabina, Brodie. Iré y volveré del hotel en coche. Son sólo cinco minutos. Y estaré todo el tiempo con Aidan, en el hotel. Estoy segura de que querrá acompañarme hasta el coche.

—¡Aidan! Un maldito erudito de universidad... ¿qué podría hacer un tipo así si sucediera algo?

—¡No va a suceder nada! Sé que tus intenciones son buenas, y que Rogan te pidió que cuidases de Camille y de mí, pero estás exagerando. Francamente, estoy cansada de convivir con un perro bulldog. ¡Por eso tengo ganas de salir un poco!

—Bueno, pues el bulldog se toma su trabajo muy en serio. No estoy dispuesto a perderte de vista, así que será mejor que te vayas haciendo a la idea.

—Eh, ¿por qué no salimos todos a cenar? —propuso Camille—. Si pasa algo aquí, el sistema de alarma dará el aviso a la policía.

Brodie se volvió hacia ella. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Me gusta la idea. Me gustará ver la cara que pone Aidan cuando descubra que nos hemos apuntado todos a cenar con él...

Camille le lanzó una mirada reprobadora.

—No quería decir eso. Tú y yo cenaríamos juntos en el Imperial para que pudieras echarle un ojo a Sienna... de lejos, sin molestarla.

¿A ti te parece bien, Sienna?

—Supongo que sí —aceptó, reacia, antes de dirigirse de nuevo a Brodie—. ¡Pero no te atrevas a acercarte!

—De acuerdo —seguía sonriendo—. Pero estaré observándolo todo...

Brodie le dijo que no era necesario que fueran en dos coches al Hotel Imperial.

—Pero no quiero llegar y marcharme escoltada por ti como si fueras un padre Victoriano...

—Dame las llaves del coche. Yo te llevaré, y te bajarás en la puerta. Luego aparcaré el coche y entraremos Camille y yo, pocos minutos después que tú.

Sienna se dijo que no iba a recibir mejor oferta que ésa. Cuando bajó del coche en la puerta del hotel, Brodie esperó a verla entrar antes de arrancar de nuevo.

Aidan la estaba esperando en el vestíbulo, sonriente.

—Ya he reservado mesa —la informó mientras la guiaba hacia el restaurante.

Estaba bastante lleno, pero aún quedaban algunas mesas vacías. Los instalaron en una esquina apartada del salón. Abrieron sus cartas de menú en el momento en que Brodie y Camille se sentaban a una mesa cerca de la ventana.

Brodie miró a su alrededor. Cuando la descubrió, su expresión no se alteró en absoluto.

Aidan pidió vino. Se bebió la copa casi de un trago y se sirvió otra. Sienna advirtió que le temblaban las manos. Nunca lo había visto beber así. Les tomaron la orden.

—¿De qué querías hablarme, Aidan?

Estaba mirando para otro lado. Acababan de servirles.

—¿Aquél no es Brodie Stanner?

Por supuesto que lo era, pensó Sienna. Para su desgracia.

—¿Qué pasa? ¿Acaso es tu guardaespaldas?

—No, claro que no. Camille y yo nos estamos quedando en su casa. En Mokohina no hay muchos lugares donde disfrutar de una buena cena, aparte del Imperial...

—¿Te parece una coincidencia? —inquirió, receloso.

—¿Importa acaso? No nos molestarán.

—Supongo que no —tomó su tenedor y picó un poco el plato, pero al instante volvió a dejarlo a un lado—. Er... hay algunos anillos muy interesantes en esa pequeña colección que tienes. Aunque habría esperado ver algún que otro anillo de duelo. Ya sabes que eran muy frecuentes en esa época...

Sienna se quedó paralizada, con el tenedor a medio camino de los labios. De repente lo miró como si fuera un desconocido. Estaba sudando, aunque no hacía mucho calor en el restaurante.

—Se llevaban mucho en la era victoriana —se apresuró a añadir, nervioso—. Dime... ¿encontraste alguno?

—No —respondió con tono distante—. En el barco no. ¿Por qué quieres saberlo, Aidan?

Parpadeó varias veces, alarmado.

—Oh, simple curiosidad. ¿Qué quieres decir con eso de que en el barco no?

—Lo sabes perfectamente —inclinándose hacia delante, insistió—: ¿Por qué quieres saberlo?

—Oh, alguien... un conocido... está interesado en comprarlo. Quiero decir, un anillo... un anillo de duelo.

—Un anillo de duelo muy concreto —sugirió Sienna con tono suave—. Un anillo de oro con una montura de esmalte oscuro.

—Lo tienes —le tomó una mano, apretándosela. Casi le estaba haciendo daño—. ¡Sienna, por tu propio bien, dámelo!

Algo le hizo volver la cabeza. Al otro lado de la habitación se encontró con la mirada azul de Brodie, clavada en ella. Camille le estaba diciendo algo, pero él parecía ignorarla.

—Cuéntamelo todo de una vez. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para esa gente?

—Yo no...

—¡Dímelo!

—Sabía que esto no funcionaría —gimió—. Se lo dije a ellos...

—¿Quiénes son ellos?

—¡No puedo... Sienna, por favor! Estarás perfectamente segura

una vez que lo tengan en su poder. Y yo también... —se interrumpió, con un nudo en la garganta.

—¿Tú? ¿Esa gente te amenazó con matarte si no los obedecías?

—No lo comprendes... —musitó. Tenía los ojos llenos de lágrimas

—. ¡Si no les consigo ese anillo le harán daño a Pixie!

—¡Pixie! —exclamó, aterrada—. Aidan, tienes que acudir a la policía. Ellos pueden protegerla...

—Ya es demasiado tarde. Estoy metido hasta el cuello. Me tienen vigilado, así que se enterarían, y luego... No puedo arriesgarme. Te lo suplico de rodillas, Sienna. Por la vida de mi hija...

Brodie observaba indignado cómo la conversación de Camille con Aidan se estaba tornando cada vez más concentrada, más íntima. Primero Sienna se había inclinado sobre la mesa mientras le decía algo con tono urgente. Y él incluso le había tomado la mano...

—¿Qué? —se había distraído de lo que le estaba diciendo Camille—. Perdona.

—Te estaba preguntando si te gustaba el filete. Es la primera vez que veo que te dejas algo de comida en el plato.

Bajó la mirada a su plato. El de Camille estaba vacío.

—Está bien —masculló mientras se obligaba a seguir comiendo.

—Aidan está casado.

—¿De veras? —Brodie no alzó la mirada. Pensó que, para no estarlo, aquel tipo no se estaba comportando como tal. Se sentía irritado. La comida se le estaba amargando—. ¿Quieres postre?

—No, gracias. Toma tú, si quieres.

Pero negó con la cabeza. Cuando apareció la camarera, pidió dos cafés. Poco después vio que Sienna y Aidan estaban tomando también. Seguían hablando, o más bien discutiendo. Ella parecía bastante enfadada y él absolutamente triste, desgraciado. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Parece una escena de ruptura. Como si él le estuviera confesando que no quiere volver con su esposa, porque no lo comprende.

Apenas se dio cuenta de que había expresado un pensamiento en voz alta.

—Sienna jamás se liaría con un hombre casado —afirmó Camille.

Aquello lo consoló un tanto. Si nunca había llegado a perdonar a su padre, era muy improbable que decidiera seguir su ejemplo. Cuando vio que Sienna se disponía a levantarse, dejó la taza en su plato.

—¿Lista para irnos?

Camille asintió y se levantó. Sienna se reunió con ellos en la puerta.

Una vez de regreso en la casa, Camille les deseó buenas noches y se retiró a la habitación de invitados.

—¿Una copa? —le sugirió Brodie.

Sienna alzó la mirada, recordando lo que había ocurrido la última vez que le había aceptado una.

—No, gracias.

Brodie fue a la cocina y se sirvió un *whisky* mientras ella permanecía de pie en medio de la habitación, indecisa.

—Habéis mantenido una conversación bastante intensa.

Sienna alzó la mirada, distraída.

—Aidan tiene... problemas.

—¿Ah, sí? —a Brodie no le interesaban en absoluto sus problemas, siempre y cuando no le incumbieran a ella.

—Brodie... ¿podrías darme... ese anillo de duelo?

Al principio no comprendió, dada la brusquedad con que había cambiado de tema.

—¿El anillo de Drummond? ¿Para qué diablos lo quieres?

—Lo necesito —pronunció, tensa—. Es importante.

—Es una prueba. Una vez que Rogan llegue con Joe, dentro de un día o dos...

—Ya lo sé —bajó la mirada—. Es que... es un asunto de vida o muerte.

Brodie pensó que, evidentemente, aquello tenía que estar relacionado con la conversación que había mantenido con Aidan. ¿Pero qué diablos podía tener que ver aquel profesor universitario con el asesinato de Drummond? Poco a poco empezó a ordenar mentalmente una serie de datos. Los objetos robados en el

laboratorio de Rusden, donde forzosamente Aidan había tenido que estar en el secreto de su origen. El negocio del tráfico de antigüedades de Drummond, su conexión con el misterioso hombre que había contratado a Joe... y el propio asesinato de Drummond. Y ahora Aidan aparecía de repente y Sienna le pedía que le entregara el anillo que identificaba a la víctima del asesino.

Faltaban piezas, pero allí había algo raro.

—¿Un asunto de vida o muerte? ¿Para ti o para tu querido Aidan?

Sienna parpadeó asombrada.

—No es mi querido Aidan.

—¿Entonces por qué diablos estás intentando salvarle el pellejo? —inquirió, furioso. Rodeando el mostrador de la cocina, la tomó de los hombros—. ¿Qué significa todo esto? ¿Es él nuestro «señor X»?

—¿Qué? ¡No! —exclamó, aun más sorprendida—. ¡Aidan no es ningún asesino! Sólo es un...

—¿Un qué?

—Se ha visto atrapado en una situación que sobrepasa su control. No puedo decirte nada... así se lo prometí. Pero yo le hice prometer a él que acudiría a la policía cuando... cuando la situación sea segura.

—¿Segura? —frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

—¡Brodie, por favor! Tú dame el anillo...

—¿Y resignarme a que no respondas a mis preguntas? Ni hablar, cariño. Sospecho que si te lo doy desaparecerá, y entonces el mismo tipo que nos atacó en el mar, o su jefe... tendrá las manos libres para volver a matar.

Sienna se mordió el labio.

—Yo intenté decirle lo mismo a Aidan, pero...

—¿Entonces por qué lo estás protegiendo? —inquirió entre furioso y frustrado.

—A él no —gritó Sienna—. ¡A su hija!

—Su... hija.

—Tiene una hija pequeña, de seis años. Le dijeron que si no les conseguía el anillo... se arrepentiría de haber nacido.

Brodie se la quedó mirando de hito en hito, con un nudo en el estómago.

—¡Dios mío! Esos canallas...

—Teme que cumplan con su amenaza si se enteran de que ha ido a la policía.

—¿Cómo diablos se metió en este lío?

—Yo le prometí que...

—Será mejor que me lo cuentes todo.

Ante su implacable expresión, no tuvo más remedio que ceder.

—Lo chantajearon. Hace años, antes de acceder a su actual puesto en la universidad, se apropió de unos adornos maoríes de un yacimiento arqueológico y se los vendió a un traficante. En aquel tiempo andaba muy falto de dinero. Su hija acababa de nacer, y además su esposa se mostraba muy exigente...

—Así que es un pillo... —comentó Brodie, esbozando una sonrisa irónica.

—Estaba avergonzado, y no quería volver a hacerlo. Pero el traficante le exigió más. Por supuesto, si alguien se hubiera enterado, lo habrían expulsado para siempre del ámbito académico.

—¿Ese traficante era Drummond?

—No, pero ya sabes lo pequeño que es este país. Todo el mundo se conoce. Supongo que gracias a sus contactos en el tráfico ilegal, James Drummond descubrió el punto débil de Aidan. El caso es que él o un empleado suyo lo llamó por teléfono y lo convenció de que... me quitara de en medio cuando asaltaran el laboratorio.

—¿Que te quitaran de en medio? —inquirió Brodie.

—Yo pasaba mucho tiempo allí, trabajando con los objetos rescatados del pecio. Debí de echarme algo en el café.

Furioso, soltó una imprecación.

—Camille me dijo que te habías intoxicado.

—No lo hizo para matarme —sonrió con amargura— sino para que me quedara un día o dos en casa —y añadió, irritada—: Lo curioso es que Aidan todavía piensa que me hizo un favor, salvándome de que me pegaran o asesinaran. Los ladrones se llevaron los objetos, pero lo que más les interesaba eran las notas que había ido tomando. Los archivos.

—Es decir, la prueba de que esos objetos procedían del *Maiden's*

Prayer, el barco del tesoro. Supongo que el acceso al tesoro era el precio que tuvo que pagar Drummond a su misterioso socio para que lo ayudara a salir del país. Pero cuando lo llevó a donde estaba el pecio, ya no le servía de nada. Así que el tal «señor X» lo mató y lo arrojó por la borda —Brodie soltó un suspiro—. Y tu Aidan ha estado trabajando para esos canallas.

—Mientras yo estuve en el hospital, Aidan intentó encontrar mis notas. Sólo que estaban en un disquete que yo le había pedido a Camille que guardara bien hasta que me recuperara. Debió de haber sido muy frustrante para él. Es posible que llegara a mirar en mi bolso, sin encontrar nada.

—Y fue entonces cuando ellos fueron a por ti.

—Aidan no sabía nada de eso. No es uno de ellos, Brodie. Cometió un delito, desde luego, pero Pixie, su hija, no tiene la culpa de nada.

—Ahora ese «señor X» anda detrás del anillo... porque es la prueba identificativa de su víctima. ¿Cómo supo que lo teníamos? Joe debió de haberle informado de que yo te lo entregué cuando lo encontré. Por eso el «señor X» envió a Aidan... —de repente chasqueó los dedos—. ¡Aidan! ¡Él tiene que saber quién es ese tipo!

Pero Sienna negó con la cabeza.

—Él jura y perjura que todos los contactos se hicieron por teléfono.

Brodie tenía la sensación de que algo se le escapaba. Fue entonces cuando recordó el episodio del hombre que fue a visitar a Rogan al barco. Y el nombre de la tarjeta que le entregó.

—Aquel tipo que quería invertir en nuestro negocio... Fraser... ¿Cooper? No, Con... ¡Conran!

—¿No te estás precipitando un poco?

—Llegó justo después de que tú me entregaras el certificado médico. Me pregunto...

—¿Qué?

—Quizá pensó que ese sobre contenía tus notas sobre el *Maiden's Prayer*. Ellos ya habían registrado tu equipaje, sin encontrarlas, cuando forzaron tu coche. Y es lógico que pensaran que las

compartirías con nosotros nada más subir al *Bribón del Mar*.

—Camille y yo las pasamos al ordenador.

—Pero eso no lo sabían ellos.

—Bueno, pero... ¿qué vamos a hacer respecto a Pixie? —preguntó Sienna, impaciente.

—No permitiré que le entregues el anillo a Aidan.

—¡Brodie! Estamos hablando de una niña. Una niña que está en peligro... ¡no puedes consentir que le hagan daño!

—Desde luego. Pero a ti tampoco. Ella no es la única persona que está en peligro. ¿Sabe Aidan dónde está el anillo?

Sienna negó con la cabeza.

—Sabe que no está con los otros que tenemos en el taller —se mordió el labio—. Y supongo que, por lo que yo le dije... debió de deducir que tampoco estaba con el tesoro que tenemos guardado en Auckland.

—Así que... probablemente sospecha que lo tenemos aquí, en alguna parte... o que se lo hemos entregado a la policía. Bien. Lo que tenemos que hacer ahora es atraer a ese canalla fuera de su madriguera para que dé la cara....

Capítulo 3

EL VIERNES por la mañana, Brodie sacó el anillo de la caja fuerte de la tienda. Después de ponérselo en el dedo, se dirigió al Hotel Imperial y pidió que le dijeran a Aidan Rutherford que tenía una visita.

—El señor Rutherford bajará ahora mismo.

No tardó ni cinco minutos en aparecer.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó, temeroso.

—¿Acaso esperaba a otra persona?

—¿Sienna... se encuentra bien?

—¿Qué diablos le importa eso a usted? —le espetó Brodie. No había podido evitarlo. Aquel individuo había envenenado a Sienna, le había mentado, había puesto en peligro su vida... y ahora esperaba que lo sacara del apuro en el que él mismo se había metido.

—Yo... yo me preocupo por Sienna. No me gustaría que... que sufriera el menor daño.

Pero estaba dispuesto a sacrificarla por su hija. Brodie supuso que no podía culparlo por ello, pero desde luego era completamente culpable de todo lo que le había sucedido antes. Y de todo lo que había conducido a aquella situación.

Su expresión fue lo suficientemente explícita, porque Aidan pronunció con voz casi inaudible:

—Será mejor que subamos a la habitación.

Cuando Brodie regresó a casa, seguía llevando el anillo en el dedo. Sienna, que estaba tomando café con Camille, se dio cuenta de inmediato y le lanzó una mirada acusadora.

Después de servirse una taza, se sentó frente a ellas.

—¡Brodie! ¿Qué estás haciendo con ese anillo?

—Mostrar a quien le pueda interesar que Sienna Rivers no lo tiene. Espero que esto haga salir a nuestro «señor X» a campo abierto.

—¿Te estás exponiendo como blanco... para protegerme?

Se encogió de hombros. Parecía escandalosamente tranquilo y confiado. Sienna se levantó como un resorte.

—¿Cómo te atreves...?

—¿A qué?

—¡Esta mañana te marchaste sin decirme una sola palabra, excepto que confiara en ti! Y ahora vas y te conviertes en un objetivo viviente. ¿Qué pretendes hacer? ¿Enseñar a todo el mundo ese anillo hasta que alguien te haga lo mismo que le hicieron a Joe, o algo peor?

—No se lo permitiré.

—¡Oh, no, claro que no! Tú eres el gran héroe que hará morder el polvo a todos los malos, ¿verdad? Yo creía que ya no te considerabas invencible. ¿Te has olvidado de cómo te hiciste esa cicatriz del brazo?

—Esta vez estaré preparado.

—Dime, ¿de qué manera ayudará eso a Pixie?

—¿Pixie? —inquirió Camille, que hasta ese momento había asistido en silencio a su discusión—. ¿Te refieres a la hija de Aidan?

—Sí —le confirmó Sienna, y procedió a explicárselo todo.

La expresión consternada de Camille se tornó en otra de horror.

—No creo que se atrevan a...

—Claro que se atreverán —la interrumpió Sienna—. El riesgo es demasiado grande. Aidan así lo cree, desde luego —se volvió de nuevo hacia Brodie—. Por el amor de Dios, por la vida de Pixie... ¡deja de jugar al héroe y dale ese maldito anillo a Aidan!

—Eso eliminaría nuestras posibilidades de atrapar a ese tipo por asesinato. Y entonces estaría libre para matar de nuevo... quizá a otro inocente niño.

Pero aquella niña en concreto estaba ya en peligro. Antes de que Sienna pudiera expresar esa objeción. Brodie se apresuró a añadir:

—Tranquila, Sienna. La niña y su madre están a salvo. Hay un

policía instalado en su hogar, haciéndose pasar por un amigo de la familia, y los agentes tienen vigilada la casa.

—¿Has hablado con la policía? ¿Lo sabe Aidan?

—No. Existe la posibilidad de que cometa una estupidez y ahuyente a esos tipos. Ya les ha dicho que yo tengo el anillo.

—Supongo que todo fue idea tuya, ¿verdad? —replicó Sienna, presa de otro ataque de miedo y de rabia—. ¿Es que quieres que te maten?

—Me alegro de saber que te preocupas por mí.

Se sentía desgarrada entre el deseo de borrarle de una bofetada aquella sonrisa de autosuficiencia de la cara y las ganas de abrazarlo para protegerlo del peligro al que se estaba exponiendo.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? Si tanto te preocupas por mi seguridad, creo que yo también tengo derecho a preocuparme por la tuya.

—Gracias, cariño —sonrió.

—No me llames «cariño» —estalló—. Tengo un nombre, ¿sabes?

Brodie soltó una carcajada. De repente miró su reloj.

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A la tienda. En mi todoterreno, para que nadie pueda echármese encima durante el camino. Y cuando llegue, mi nuevo ayudante me estará esperando.

—¿Qué nuevo ayudante?

—Un inspector de policía de Whangarei. Los ha puesto al corriente de lo que pasa. No te preocupes, todo está controlado. Tú quédate aquí sentada, no dejes entrar a nadie, y espera a que todo haya terminado.

Sienna soltó una exclamación de frustración. Aquel hombre era insufrible.

Intentó concentrarse en el trabajo, para olvidarse de lo que planeaba hacer Brodie. Había dejado la casa en su todoterreno, acelerando a tope y haciendo ruido, probablemente para llamar la atención en caso de que lo estuvieran vigilando. Incluso sacó la mano derecha por la ventanilla para que el anillo brillara al sol. Todo para

hacer creer a sus enemigos que el maldito anillo no estaba ya en la casa... y proteger así a Camille y a la propia Sienna.

Cerca de una hora después, cuando estaba rascando la coraza coralina de unas monedas de plata, sonó el teléfono.

—Yo contesto —le dijo Camille—. Podría ser Rogan. El *Bribón del Mar* entrará en cobertura en cualquier momento.

Pero poco después volvía para decirle que la llamada era para ella.

—Es para ti. Creo que es Aidan.

Tenía razón. Parecía agitado, nervioso.

—Sienna, te necesito... ¿puedes venir al hotel?

—¿Por qué?

—Ha sucedido algo —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. Te necesito. Por favor, Sienna. Tienes que venir.

—Aidan...

—Por teléfono no puedo decirte nada—. Sienna, te lo suplico, por el bien de Pixie... Y de tu amigo Brodie.

—¿Brodie? —exclamó. ¿Estaba Brodie en problemas?

—¡Ven ya, por favor! No se lo digas a nadie —y colgó.

Sienna se quedó mirando por unos instantes el auricular y luego marcó el número de la tienda de Brodie. Comunicaba.

—¿Qué pasa? —quiso saber Camille.

—Quiere que vaya al hotel.

—Brodie te dijo que no salieras de casa.

—¡Ya lo sé! —todavía se resentía de la prepotencia que había demostrado. Y ahora temía nuevamente por su seguridad—. Algo ha pasado. Y Aidan me ha pedido que no se lo diga a nadie.

—No irás, ¿verdad?

—Es que parecía tan desesperado... —se mordió el labio.

—Telefonea a la policía.

Marcó el número de la policía. Un contestador automático la informó de que marcara el 111, para emergencias, o el número de la oficina de Whangarei para otros casos. Pensó que la llamada no tenía carácter de emergencia. Por otro lado, Whangarei estaba a una hora en coche. Además, según Brodie, ya tenían agentes en Mokohina esperando a que alguien fuera a robarle el anillo.

—No hay nadie —pronunció, colgando el auricular.

—Inténtalo con la tienda de buceo.

—Ya lo he hecho —el número seguía comunicando. Se preguntó si Brodie se habría atrevido a actuar por su cuenta, al margen de la policía. Era tan prepotente...—. ¿Sabes su número de móvil?

Camille negó con la cabeza.

—Voy a ir —afirmó Sienna.

—No puedes...

Ya estaba de camino a su dormitorio para recoger su chaqueta. Se guardó el móvil en el bolsillo.

—Sienna, si algo te sucede, yo...

—Es de día, y hay mucha gente en la calle y en el hotel. Además, no soy yo quien corre peligro. El anillo lo lleva Brodie.

—Te acompaño.

—No, tú quédate aquí y sigue llamando a la tienda. Si logras hablar con Brodie o con la policía, diles dónde estoy.

Si Brodie estaba en peligro por culpa suya, no estaba dispuesta a quedarse sentada esperando. Antes de marcharse recogió un pequeño frasco en el taller, que se guardó en el otro bolsillo de la chaqueta. Y salió corriendo.

Nada más llegar al hotel subió directamente a la habitación de Aidan. Una vez delante de la puerta, sacó el móvil y llamó a casa de Brodie. Comunicaba. Confiaba en que Camille hubiera logrado contactar con alguien. Finalmente, se decidió a llamar.

Aidan abrió la puerta y se apresuró a hacerla entrar, para cerrar de nuevo inmediatamente. Estaba pálido, ojeroso, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Sienna, lo siento.

Ella también. Porque en aquel momento estaba viendo a un hombre tranquilamente sentado en una mesa cerca de la ventana, con las piernas cruzadas. Tenía los ojos de un azul increíblemente claro, casi transparentes. Y la estaba apuntando con una pistola plateada.

—Señor Conran...

—No te muevas, corazón —le dijo el hombre al ver que se

disponía a meter las manos en los bolsillos.

—¿Qué es lo que quiere?

—El placer de tu compañía —se burló—. Siéntate —le señaló una silla al otro lado de la mesa—. Quiero que hagas algo por mí.

—No —replicó al instante—. Si me mata, esta habitación no tardará en llenarse de gente. Llamarán a la policía, y no podrá escapar...

—La policía está a kilómetros de aquí, en Whangarei. Para cuando lleguen, será demasiado tarde, créeme.

Sienna supuso que tendría un plan de fuga preparado. Pero no parecía saber que ya había agentes destacados en Mokohina. Suspirando, Conran se llevó una mano a un bolsillo de su chaqueta y sacó un tubo metálico, que procedió a enroscar en el cañón de la pistola.

—¿Sabes lo que es un silenciador, señorita Sabelotodo? Y ahora, por segunda vez... ¡siéntate!

Con el corazón acelerado, avanzó un par de pasos y tomó asiento. Como si temiera llamar la atención, Aidan seguía donde estaba, paralizado. Había una guía telefónica sobre la mesa, abierta, con un número subrayado, y un teléfono. Conran volvió el libro hacia ella. Era el de la tienda de Brodie.

—Llama a tu amigo. Y dile que quieres verlo aquí.

—No.

—No me pongas las cosas difíciles, cariño —acercándose a ella, la agarró de la barbilla—. Harás lo que yo te diga, ¿entendido? —sin la menor vacilación, alzó la pistola y le puso el cañón en la sien.

Sienna se recordó lo que esperaba aquel hombre de ella. No podía matarla sin salirse antes con la suya. Y se atrevió a levantar una mano para apartar el arma.

—¿Es que necesita esto... para sentirse un hombre de verdad?

Conran le soltó entonces una bofetada. Aidan quiso protestar y dio un paso hacia delante.

—¡No te muevas!

Se detuvo en seco, intimidado, y miró con expresión culpable a Sienna, que se estaba frotando la mejilla dolorida.

—Llámallo —le ordenó de nuevo Conran.

—No —le sostuvo la mirada, desafiante.

Por un instante, algo parecido a un brillo de humanidad asomó a sus ojos, y soltó una carcajada casi benévola. Luego se volvió hacia Aidan.

—Llama tú —levantándose, se colocó detrás de Sienna.

Aidan se acercó a la mesa, titubeante. Sin pensárselo dos veces, Conran la agarró del pelo, obligándola a alzar la cabeza.

—Marca el número —le espetó a Aidan—. Dile a Stanner que su chica está aquí, y que quiere verlo.

—No vendrá —pronunció Sienna con voz estrangulada—. Yo no soy su chica.

—El teléfono está comunicando —informó Aidan.

Sienna confiaba en que a esas alturas Camille hubiera logrado contactar con Brodie y con la policía, para informarles de dónde estaba. Conran la soltó, maldiciendo entre dientes.

—Inténtalo otra vez.

A la tercera llamada, contestaron.

—¿Brodie Stanner? Tengo... un mensaje para usted —se volvió para mirar a Conran, con las pupilas dilatadas de miedo—. Sienna se encuentra aquí, en el Imperial... Ella... lo necesita. Será mejor que venga cuanto antes —hubo una pausa—. No, es cierto... le digo que está aquí —de repente tapó el auricular—. Dice que quiere hablar con ella.

—Acércale el auricular —le ordenó Conran.

Aidan así lo hizo, y Conran la agarró de un brazo para retorcérselo detrás de la espalda. El dolor fue tan intenso que Sienna no pudo ahogar un grito de protesta. Oyó la voz de Brodie gritando su nombre, aterrado.

—¡No, Brodie!

De repente sintió que le estallaba la cabeza y todo se volvió negro.

Sonaban voces no muy lejos. Voces que parecían acercarse. Le dolía la cabeza, y algo líquido y viscoso le corría por una mejilla. Tenía la cabeza apoyada sobre algo duro, una mesa. Delante de sus ojos había un teléfono y una guía telefónica.

Parpadeó varias veces. Brodie. Una de las voces era suya.

—No te saldrás con la tuya. Y me las pagarás todas juntas.

Alguien se echó a reír. Conran. Sienna permaneció inmóvil, disimulando. Estaba de espaldas a ella, muy cerca. Ahora podía ver claramente a Brodie, y también a Aidan, medio oculto por Conran, que los estaba apuntando con su pistola.

Se había reído porque, evidentemente, pensaba matarlos a todos una vez que consiguiera arrebatarse el anillo a Brodie. Debía de pensar que Joe estaba muerto, y sabía que Brodie había encontrado el anillo en el esqueleto de Drummond. Era la única prueba que podía acusarlo de su asesinato.

Maldijo a Brodie y el empeño que se había tomado por protegerla. ¿Por qué no había dejado el caso en manos de la policía? ¿Y dónde estaba la policía? ¿Cómo habían podido permitir que terminara sucediendo una cosa así?

Tenía las manos en el regazo. Muy lentamente, intentó acceder al frasco que llevaba en un bolsillo de la chaqueta.

—Te has olvidado de algo —estaba diciendo Brodie.

—No lo creo —replicó Conran—. Dame el anillo.

Los dedos de Sienna se cerraron en torno al frasco. Cerró los ojos por un instante, resintiéndose de una nueva punzada de dolor. Poco a poco fue sacándolo del bolsillo.

—¡Dame de una vez el maldito anillo! Por cierto, ¿cómo lo encontraste?

—Cuestión de suerte. Pero tú no vas a tener tanta.

Podía ver el rostro de Brodie, con la mirada clavada en Conran, rabioso. De pronto se dio cuenta de que Sienna se había despertado. A sus ojos asomó un brillo de emoción, que no tardó en disimular con una expresión de indiferencia. Se quitó el anillo y se lo tendió.

—Toma. Ah, y encontré otra cosa más. Algo que acabará contigo en la cárcel. La bala.

—¿Qué bala? —inquirió Conran al cabo de un tenso silencio.

—La misma que le metiste en la cabeza a Drummond. Seguía allí cuando encontré su esqueleto.

—¡Joe jamás me habló de ninguna bala! Te lo estás inventando.

—No. Piensa en ello. ¿Viste alguna herida de salida de bala cuando mataste a Drummond? El proyectil seguía en el cráneo. ¿Sabes? La policía se mostró muy interesada...

—No me lo creo —Conran sacudió la cabeza—. ¿Por qué habrías de ir a la policía?

—¿Y por qué no? Al contrario que tú, yo no le tengo miedo a la ley. Como buen ciudadano, les informé de que se había producido un asesinato. De hecho... en este mismo momento la policía tiene rodeado el hotel.

—No me hagas reír.

—Es cierto. Están ahí fuera, esperando a que hagas el menor movimiento. Ríndete, Conran. Si contratas un buen abogado, tal vez te libres de que te condenen por haber matado a Drummond, pero no de disparar contra nosotros. Te has pasado de listo.

Al cabo de unos segundos, Conran soltó una carcajada.

—Buen intento —le espetó, desdeñoso—. Pero la policía no ha tenido tiempo de llegar hasta aquí.

—Te equivocas. Llevan horas en Mokohina. Y en Rusden también, vigilando a la mujer y a la hija de Aidan para que no les ocurra nada.

—Tú se lo has dicho... —se volvió bruscamente hacia Aidan, que retrocedió un paso, horrorizado—. Maldito estúpido...

—¡No fui yo!

Pero Brodie lo interrumpió:

—Si no me crees —le dijo a Conran— asómate a la ventana. Ya deben de estar apostados. Pero ten cuidado, no te vaya a disparar algún francotirador...

Esa vez el silencio se hizo interminable. Conran empezó a acercarse a la ventana, caminando de espaldas.

—No mováis ni un sólo músculo...

Tropezó con la mesa. A Sienna se le hizo un nudo en el estómago. Empezó a destapar el tapón del frasco, muy lentamente. Cerró los ojos con fuerza.

Cuando volvió a abrirlos, Conran había rodeado la mesa y ya estaba al lado de la ventana, pegado a la pared. Todavía estaba encañonando a los dos hombres. Volvió la cabeza para echar un

rápido vistazo.

—Yo no veo nada. Estás mintiendo.

—Mira bien. No te miento. Están ahí fuera.

Sienna se levantó de pronto de la silla y le lanzó el contenido del frasco.

Capítulo 3

SE OYÓ un sonido semejante a un siseo. Conran soltó el arma, gritando de dolor. Brodie se dirigió hacia él.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Sienna—. Es ácido. Mételo bajo la ducha.

De repente llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

Después de apartar el arma de una patada, Brodie agarró a Conran de un brazo y lo arrastró hasta el cuarto de baño, al tiempo que ordenaba a Aidan que abriera a la policía.

Sienna se le adelantó para abrir el grifo de la ducha. Entre los dos metieron a Conran, que no dejaba de gemir y protestar. Tenía una mano en carne viva, y la ropa se le había pegado a la piel del brazo.

—Tenemos que llamar a una ambulancia.

Dos agentes de policía entraron en la casa, colocándose en posición de disparo. Los seguía un tercero, vestido de civil, también armado.

—Podría denunciarlos por obstrucción a la labor policial. Ya les advertí que se mantuvieran alejados de esto. Podían haberlos matado.

—Sus chicos han tardado demasiado —replicó Brodie—. ¿Y si hubieran matado a Sienna mientras los esperábamos?

—Creí que te había matado —le confesó Brodie cuando volvieron a casa, después de pasar por la comisaría y por el hospital—. Estabas derrumbada sobre la mesa, sangrando. Hasta que de repente vi que abrías los ojos. Jamás me había sentido tan aliviado en toda mi vida.

—Gracias por haber acudido en mi rescate. Pero debiste haber esperado a la policía.

Camille se levantó para preparar un café. Estaban sentados en el sofá, uno al lado del otro.

—¿Queréis contarme qué es lo que ha pasado? —les preguntó cuando volvió con las tazas, mirando preocupada el moretón que Sienna tenía en la frente—. ¿Te encuentras bien?

El moretón era grande, con un pequeño corte en el centro, consecuencia del golpe que le había propinado Conran con la culata de la pistola.

—No es grave. Ni siquiera necesitaré puntos —en el hospital le habían aconsejado que pasara una noche bajo observación, pero se había negado.

—Por cierto... ¿qué diablos estabas haciendo fuera de casa? —le espetó Brodie a Sienna—. Te dije que te quedaras. Y yo que te creía a salvo aquí...

—¿Mientras tú te exponías como un pato de feria?

—¡Contaba con protección policial!

—Una protección que despreciaste olímpicamente. Al parecer, el inspector se quedó de piedra cuando descubrió que te habías ido.

—No escuchó la conversación cuando Aidan me llamó. Y yo te oí chillar de dolor...

—No chillé de dolor. Te grité que no fueras.

—El muy canalla te estaba haciendo daño... ¿qué esperabas que hiciera?

Sin pensárselo dos veces, había salido de la tienda a toda prisa para dirigirse al hotel en su todoterreno. Subió directamente a la habitación de Aidan. Si Aidan no le hubiera abierto inmediatamente la puerta, la habría tirado abajo. Se había llevado un susto de muerte cuando vio a Sienna derrumbada sobre la mesa, pálida, con un reguero de sangre corriéndole por la frente.

—¿Y tú qué esperabas hacer, enfrentándote sin armas con Conran?

—Lo habría reducido. Como fuera. Cualquier cosa para asegurarme de que no volviera herirte.

—Y morir en el intento, ¿no?

Pero aquella discusión era absurda. Sienna pasó a relatarle a Camille todo lo sucedido.

—Supongo que a Aidan lo habrán acusado de algo —añadió—, porque aún sigue en la comisaría. Pero al parecer está colaborando eficazmente con la policía, ahora que ya sabe que su mujer y su hija están a salvo.

—Ojalá hubiera acudido a la policía desde el principio —rezongó Brodie.

—Ya, claro. Para obedecerlos en todo. Como tú, ¿no? —inquirió Sienna, irónica.

En aquel preciso instante sonó el teléfono. Camille se levantó como un resorte.

—¡Ése debe de ser Rogan!

Fue a contestar al pasillo. Brodie se volvió entonces hacia Sienna, examinándole la herida de la frente.

—¿Te duele mucho?

—Un poco. Tuve suerte de que no fuera algo peor.

—Ya —su expresión se oscureció—. Hazme un favor y no vuelvas a hacer nada parecido.

—Dudo que se me presente la oportunidad...

Alzó una mano para apartarle con infinita delicadeza el cabello de la frente.

—Sienna...

—¿Sí? —susurró, estremecida.

—Yo... ¡oh, diablos! —en un impulso, la besó con pasión, acelerándole el pulso.

Sienna entreabrió los labios y le devolvió el beso, alegre de sentirse viva, de que quisiera besarla, hacerle el amor... Pero de repente oyeron a Camille colgar el teléfono, y Brodie se apresuró a apartarse. Camille no tardó en entrar en el salón.

—Ya han vuelto —anunció—. La policía ha subido a bordo y han arrestado a Joe para interrogarlo. Rogan y Tilisi vienen hacia aquí —sonrió—. Por cierto... ¿he interrumpido algo?

Rogan y Tilisi llegaron a casa poco después, y Brodie abrió una

botella de champán para celebrarlo. Camille estaba radiante, y Rogan no se apartaba de su lado en ningún momento.

Sienna pensó que quizá Brodie había tenido razón con lo que le dijo el día de su boda. Que no se podía imaginar a aquellos dos separándose. Tilisi no se quedó mucho tiempo, ya que tenía que tomar un autobús para Whangarei. Brodie lo acompañó hasta la puerta y volvió al salón. Rogan y Camille estaban sentados en el sofá, y Sienna ocupaba el único sillón.

—¿Más zumo? —le preguntó a Sienna, esbozando una sonrisa sensual que le aceleró el pulso.

Sienna habría dado cualquier cosa por que fuera un tipo diferente de hombre... o ella una clase distinta de mujer, que pudiera conformarse con una aventura pasajera. Desgraciadamente, ése no era el caso.

—Gracias.

Después de servirle el zumo que estaba tomando por consejo del médico, se sentó en el suelo, a sus pies. Sienna tuvo que resistir el impulso de acariciarle el pelo, fascinada con el reflejo de la luz de la lámpara en sus mechadas doradas.

—Y yo que pensaba que había asumido el riesgo principal de la operación... —comentó Rogan—. Supongo que después de violar su libertad bajo fianza, Drummond convenció a Conran de que lo sacara del país a cambio de compartir el botín con él. Probablemente pensaba largarse a un país extranjero y comenzar una nueva vida.

—Pero en lugar de ello, terminó en el fondo del mar —remachó Brodie—. Y con su socio en prisión.

Durante un rato no dijeron nada. Rogan estiró los brazos, desperezándose.

—Hora de volver al *Bribón del Mar*.

Camille se levantó, reacia.

—Yo volveré a bordo mañana. Esta noche quiero seguir cuidando a Sienna.

Rogan pareció entristecerse con la perspectiva, pero no dijo nada. Le dio un beso a su esposa y se dispuso a marcharse.

—No, yo me encargaré de cuidar a Sienna —se ofreció Brodie,

incorporándose también—. Tú vete con Rogan...

—Estoy perfectamente —insistió la aludida, con el corazón acelerado—. De verdad.

Tras una breve discusión, Camille optó por ceder.

—Si tan segura estás de que no me necesitas... —y se dirigió a Brodie—: Llámame si sucede cualquier cosa.

—Desde luego. Puedes irte tranquila.

Y se fueron. Después de cerrar la puerta, Brodie se volvió hacia Sienna con una sonrisa maliciosa.

—Al fin solos —pero de repente se puso serio, alzando una mano para tocarle el moretón de la frente con la punta de los dedos—. Será mejor que te acuestes. Ha sido un día muy duro.

—Mmmm... —no se movió, reacia a separarse de él. Aunque sabía que tenía que hacerlo.

—¿Te encuentras bien?

No pudo evitarlo. En un impulso, volvió la cabeza y le besó los dedos.

—¿Sienna?

Alzó la cabeza y lo miró, embebiéndose de su imagen. Allí estaba. Un hombre fuerte, vital, pero inmensamente tierno a la vez.

Brodie había dejado caer la mano, ceñudo. Saliendo de pronto de aquel trance, Sienna retrocedió un paso y se dirigió rápidamente a su habitación.

—¡Sienna! —la alcanzó en el umbral, sujetándola de un brazo. La miraba con una expresión extraña en los ojos. Una expresión que ella jamás había visto antes—. No tienes idea de lo que me estás haciendo...

Inclinó la cabeza y la besó. Fue un beso largo, tierno, exquisitamente sensual. Se apoyó contra él, dejándose abrazar.

—Buenas noches, Sienna —le dijo de pronto, soltándola.

Y se quedó sola en el pasillo, mientras él se retiraba de nuevo al salón.

Durmió hasta tarde. No recordaba que Brodie la hubiera despertado a mitad de la noche, aunque al parecer lo había hecho, siguiendo las instrucciones del médico. Pero había soñado con su

voz, con sus besos. Había soñado que buceaban juntos en el mar, de la mano...

—Estamos invitados a comer en el *Bribón del Mar* —la informó Brodie mientras desayunaban en la cocina—. Camille telefoneó hace un rato, pero no quise despertarte. Primero te llevaré otra vez al hospital. Dijeron que querían examinarte por la mañana.

La llevó hasta allí y esperaron el dictamen del médico, que les anunció que su estado era satisfactorio. Luego fueron al muelle y subieron al barco. Camille se negó a que Sienna la ayudara con la comida, insistiendo en que se tumbara tranquilamente en cubierta. En el puente, los hombres se enfrascaron en una larga conversación sobre lo que harían con el tesoro, para dar satisfacción a sus inversores.

Cuando Sienna se despertó, Rogan no aparecía por ninguna parte y Brodie, sentado frente a ella, la miraba fijamente.

—Hola, Bella Durmiente —la saludó—. Me estaba preguntando si debía despertarte... como en el cuento.

—¿Me he perdido la comida? —se incorporó, bajando los pies de la tumbona.

—No, te hemos esperado. Rogan se fue a servir el vino.

De repente Rogan se reunió con ellos.

—¿Te apetece comer, Sienna? No te muevas de aquí, lo subiremos todo.

Así lo hicieron, y comieron en cubierta. Sienna recordó todas las comidas que habían compartido en el barco. Ahora que el tesoro estaba en su poder, ya nunca más tendrían que volver a preocuparse por el dinero. Brodie sería libre para recorrer mundo, si le apetecía, y visitar exóticos lugares sin tener que ganarse la vida como buceador.

—Hora de volver —pronunció de pronto Brodie, tras la sobremesa. Levantándose, se volvió hacia Sienna para ayudarla.

—Deberíamos enseñarle a Rogan lo que ha hecho Sienna con los objetos que trajimos a Mokohina —dijo Camille—. Anoche se me olvidó.

—Venid con nosotros —sugirió Brodie—. Así cenaremos todos juntos en casa.

Subieron a su todoterreno. Una vez en casa de Brodie, Sienna y Camille se dedicaron a colocar todos los objetos sobre una gran mesa.

—Has hecho un gran trabajo —le comentó Rogan.

—Me ayudó Camille.

—Yo sólo me limité a seguir sus órdenes.

—Todavía quedan algunas cosas por bañar en ácido, para que termine de desprenderse la coraza coralina.

Volvieron al salón para cenar. Rogan y Camille se marcharon después del café.

—Debería guardar todo esto en el taller —observó Sienna, señalando los objetos de la mesa.

—¿No puedes esperar hasta mañana? Conectaremos el sistema de alarma por si acaso, pero no creo que tengamos ya que preocuparnos por Conran y su banda.

—No me importaría hacerlo antes de acostarme.

Se dirigió al taller, y Brodie la siguió.

—No vuelvas a cerrarme la puerta otra vez, Sienna —pronunció de pronto con tono suave.

—¿Qué? —se volvió hacia él, sorprendida. Cuando trabajaba, siempre dejaba abierta la puerta del taller.

—Anoche... me besaste con toda intención.

Sienna pensó que la frase anterior había tenido un sentido metafórico. Por supuesto que había querido besarlo.

—Yo ni beso ni hago el amor por frivolidad —replicó.

—¿Y crees que yo sí?

—Creo que tú estás abierto a cualquier oferta.

—De ti desde luego. Por cierto, para mí tampoco fue una cuestión de frivolidad. Si piensas que lo de Parakeo lo fue, te equivocas de medio a medio. Para mí significó y sigue significando mucho. Pero anoche no era el momento adecuado.

—Lo cierto es que no hay momento adecuado para nosotros, Brodie —declaró Sienna con tono firme—. O al menos para mí. Yo no soy tu tipo de mujer.

—¿Y qué tipo de mujer crees que es el mío? Ya sé que no eres

mujer de una sola noche, Sienna. Tampoco es eso lo que yo estoy buscando —la quería para mucho más tiempo. Quería hacerle el amor, por supuesto. Pero también quería reír con ella, despertarse con ella, y alejar aquella sombra de preocupación que nublaba sus ojos. Por mucho, mucho tiempo. Quizá por el resto de su vida.

De repente se le ocurrió algo. Fue como si lo golpearan con un martillo en la frente. Ahora lo entendía todo.

—Lo que realmente quieres decir es que yo no soy tu tipo de hombre, ¿verdad? ¿Es porque me dedico al buceo, o porque soy un bala perdida? Tú quieres a un hombre que sea alguien en la vida. Lo siento, no sé cómo no se me ocurrió antes.

—¡No! —exclamó, horrorizada—. No es eso en absoluto. Jamás sospeché que pudieras tener complejo de inferioridad...

—Y no lo tengo. Pero si no es eso lo que te preocupa, ¿entonces qué es?

—Una relación entre nosotros no sería sana... desde el punto de vista emocional —le confesó, haciendo un gesto de impotencia con la mano.

—¿Qué quieres decir?

—No se trata de ti, sino de mí —pronunció, evitando su mirada—. No confío en mí misma. Te arrepentirías. Créeme.

—¿Por qué? —preguntó, incapaz de imaginárselo.

—Porque... me pegaría a ti.

—¿Pegarte? ¿Tú? —exclamó, asombrado—. ¡Pero si eres la mujer más independiente que he conocido nunca! Cariño, si yo pudiera conseguir que te me pegaras a mí... ¡ahora mismo estaría en el Séptimo Cielo!

Sienna cerró los ojos por un instante.

—No, Brodie. ¿Es que no puedes reconocer un mecanismo de defensa cuando lo tienes delante de las narices?

Se la quedó mirando de hito en hito.

—Un mecanismo de defensa —repitió lentamente—. ¿Y para qué lo necesitas?

Mordiéndose el labio, Sienna sacudió la cabeza. De repente sonó el teléfono, sobresaltándola. Brodie maldijo, sin moverse.

- El teléfono...
- Al diablo con él.
- Podría ser importante.
- ¡Esto sí es importante!

Pero como el aparato no cesaba de sonar, giró en redondo y fue al pasillo a contestarlo.

—¿Diga? —bramó.

Sienna permanecía inmóvil donde la había dejado Brodie, en la habitación del taller. Soltó un profundo suspiro. Justo a tiempo. Había estado a punto de confesárselo todo. De hablarle de la humillación, del dolor y de la desesperación que la habían decidido a no volver a dejarse llevar jamás por las emociones. Por el amor.

Brodie, por su parte, había estado a punto de derribar todas las barreras que había levantado en torno a su corazón, para defenderse de hombres como él.

—Enseguida estoy allí —pronunció desde el pasillo—. Tengo que irme —la informó, volviéndose hacia ella—. Se ha producido un incendio en mi tienda.

Sienna se dispuso a acompañarlo, pero Brodie se marchó corriendo después de advertirle que no saliera de la casa por ningún motivo. Oyó el motor del todoterreno cuando arrancó a toda velocidad. Su tienda estaba ardiendo. Esperaba que no hubiera nadie trabajando a esas horas. Habría dado cualquier cosa por seguirlo, por estar a su lado. Pero sabía que su presencia en aquellos momentos no serviría más que de estorbo.

Salió de la casa y se acercó a la verja del jardín, para asomarse a la calle. Desde allí no se veía la escuela de buceo, oculta por las oscuras formas de las casas y los árboles. A lo lejos sonó otra sirena.

Se mordió el pulgar, rezando para que no le sucediera nada a Brodie. La brisa fresca la hizo estremecerse y se dio media vuelta. La luz se proyectaba sobre el sendero del jardín. La puerta seguía abierta de par en par.

Finalmente entró en la casa y cerró a su espalda. Se dirigió a la habitación donde los objetos del barco seguían colocados sobre la mesa. Y se quedó sin aliento al distinguir una silueta en el umbral.

No era posible. Tenía que tratarse de una pesadilla.
—Buenas tardes —la saludó Fraser Conran.

Capítulo 16

UN FRÍO brillo ardía en sus ojos casi transparentes. Iba vestido con una especie de mono, y llevaba la mano derecha vendada.

Sienna quiso gritar, pero Conran fue más rápido. Colocándose detrás de ella, le puso una manaza en la boca.

—Cállate —siseó.

Intentó morderlo, mientras forcejeaba desesperadamente. Consiguió escaparse, pero no muy lejos, ya que Conran se las arregló para derribarla. Cuando se estaba incorporando, la agarró con fuerza del pelo.

—Si gritas te mato —la mantenía inmovilizada contra el suelo, presionándole la espalda con una rodilla—. Gracias por haber dejado la puerta abierta. Pensé que tendría que forzarla de alguna manera, pero tú me has facilitado mucho las cosas.

—¿Qué es lo que quiere? —jadeó Sienna—. El oro no está aquí.

—Ya lo sé. Lo que quiero ahora mismo es vengarme de esto —le puso la mano vendada delante de la cara—. Me has marcado para toda la vida. Y nadie me hace algo parecido y vive luego para contarlo —la obligó a incorporarse, tirándola del pelo—. Arriba. Y nada de trucos.

—La policía le detendrá... Sólo está empeorando las cosas. Brodie estará de vuelta en cualquier momento —pronunció, desesperada.

—Oh, tu amiguito está muy ocupado... viendo cómo su precioso negocio se convierte en cenizas. Y cuando haya terminado contigo, me marcharé de aquí para siempre. Ahora mismo tengo un barco esperándome en el muelle. ¿Sabes? He echado antes un vistazo por

aquí y se me ha ocurrido un castigo muy apropiado para ti...

Brodie contemplaba cómo el negocio de varios años de trabajo se convertía en pasto de las llamas. Un negocio que había fundado con sus ahorros, y del que tan orgulloso se había sentido. Una multitud se había reunido a su alrededor. Los bomberos se afanaban en apagar el fuego con sus mangueras mientras un agente de policía pedía a los curiosos que despejaran el campo.

El agente no tardó en reunirse con él, y lo mismo hizo el jefe de la brigada, quitándose el casco.

—Lo siento, Brodie —le dijo el bombero—. Estamos haciendo todo lo posible, pero el fuego se ha extendido muy rápidamente. Es posible que hayan utilizado gasolina.

—¿Quiere decir que se trata de un incendio provocado?

—Diablos, últimamente estamos padeciendo una verdadera oleada de delitos en Mokohina, la mayor parte de ellos relacionados con usted —le comentó el policía, como si le estuviera echando la culpa—. Por cierto, hemos perdido a Conran.

—¿Qué? —exclamó Brodie.

—Nos montó un escándalo en la comisaría de Whangarei, diciendo que no le habían curado bien la mano aquí, que le dolía y que necesitaba cuidados médicos especializados. Se lo llevaron al hospital. Se escapó mientras estaban esperando a que saliera del servicio.

—¿Cuándo? —inquirió con un nudo de terror en el estómago.

—No estoy seguro. Acababan de decírmelo cuando me avisaron de lo del incendio. Pero no se preocupe, lo atraparán.

¿Que no se preocupara? ¿Cuando además Sienna estaba sola en casa? Maldiciendo, se giró en redondo y salió corriendo hacia su todoterreno.

Sienna seguía forcejeando, intentando gritar. Llegó incluso a arañarle la cara, obligándolo a que le soltara el pelo. Al verse momentáneamente libre, agarró un candelabro de bronce, pero él la lanzó violentamente sobre la mesa y la redujo de nuevo. Le retorció un brazo a la espalda, arrancándole un grito de dolor. Incluso con una sola mano útil era más fuerte que ella. Estaba fuera de sí, loco de

venganza.

—Esos bidones... —dijo, señalando los recipientes plásticos alineados contra la pared—... están llenos de ácido, ¿verdad? Quizá no sean tan abrasivos como el que me lanzaste a mí, porque supongo que estarán mezclados con agua, pero seguro que bastan para marcarte esa preciosa cara tuya. Te quedarás desfigurada para toda la vida, como yo —agarrándola nuevamente del pelo, la acercó al borde de un bidón—. Y ahora, despídete de tu belleza, cariño.

La obligó a bajar la cabeza. Sienna cerró los ojos un instante antes de sentir el líquido burbujeando en sus oídos...

Brodie frenó en seco delante de la casa y corrió por el sendero. Abrió la puerta sin perder el tiempo. La luz del taller seguía encendida.

—¿Sienna?

En medio segundo estaba en el umbral, contemplando la escena. Conran inclinado sobre uno de los bidones, volviéndose para mirarlo con un brillo de furia en los ojos. Y ante él, de rodillas en el suelo, Sienna, con el rostro... con el rostro sumergido en el bidón de ácido.

Soltando un grito de rabia y dolor, se abalanzó sobre Conran y le descargó un puñetazo en la cara. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. Sienna también estaba en el suelo, tosiendo medio ahogada...

Sin perder el tiempo, la llevó al cuarto de baño y le metió la cabeza bajo la ducha.

—Tranquila, cariño. No pasa nada. Te llevaré al hospital —la soltó para sacar su móvil y marcar un número—. Necesito que venga una ambulancia. Y la policía también, de paso.

Sienna se apartó un momento del chorro de la ducha para decirle algo que Brodie no llegó a escuchar, ocupado como estaba en dar las indicaciones a su interlocutor.

—Que traigan equipo médico contra las quemaduras —pronunció mientras volvía a meterle la cabeza bajo el grifo.

—¡No necesito ninguna ambulancia! —gritó, apartándose de nuevo—. A no ser que quieras ahogarme tú mismo, claro está.

—Pero Sienna, las quemaduras... Por Dios.

—¿Me querías si las tuviera? —le preguntó ella.

—¡Claro que sí! Seguirías siendo la mujer de la que me he enamorado.

—¿Enamorado?

—Sí, enamorado —afirmó, impaciente—. Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi, y que seguiré enamorado para siempre. Pese al aspecto que puedas tener. Y ahora... ¡déjame hacer esto, Sienna! —volvió a acercarla al grifo—. Tal vez podamos evitar que las quemaduras...

—No hay necesidad —replicó, rechazándolo de nuevo—. ¡Brodie, mírame! ¿Ves alguna quemadura?

Se oyó una sirena, acercándose. Brodie la miró de cerca. Estaba ruborizada, con el pelo pegado a la cabeza y el frente de la camiseta empapado pero, por lo demás, estaba perfectamente normal. Alguien estaba llamando a la puerta.

—Se equivocó de bidón —lo informó Sienna, soltando una nerviosa carcajada—. No había ácido, sino agua destilada. Muy buena para el cutis...

Y estalló en sollozos.

La policía se llevó detenido a Conran, y poco después Brodie se reunía con Sienna en el salón. Estaba tumbada en el sofá, cubierta con una manta y con una taza de cacao en la mano. Camille se había sentado en un extremo, observándola preocupada. Rogan y ella se habían enterado enseguida del incendio. De hecho, llegaron a tiempo de ver alejarse el todoterreno de Brodie a toda velocidad, hacia su casa.

—Puedo quedarme esta noche contigo, si quieres —le dijo Camille a Sienna—. Y Rogan también. Podría dormir aquí, en el sofá.

Brodie la miró frunciendo el ceño.

—¿Crees acaso que yo no puedo cuidar de ella? —pero de inmediato añadió con amargura—: Aunque quizá tengas razón. Esta noche no he hecho precisamente un gran trabajo.

—¡Lo has hecho muy bien! —exclamó Sienna—. Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien.

—No debí haberte dejado sola.

—¡Pero tu negocio estaba ardiendo! Y todos creíamos que Conran estaba encerrado a cal y canto. ¿Han sido muchos los daños?

—¿Te refieres a la tienda? Eso no importa. Lo único que me importa es que no te haya pasado nada —se arrodilló a su lado, apartándole con exquisita delicadeza un mechón de la frente—. Si no me hubiera dado tanta prisa en meterte la cabeza bajo la ducha, creo que lo habría matado con mis propias manos. Jamás volveré a perderte de vista ni un momento.

Camille intercambió una mirada de complicidad con su marido.

—Creo que debemos irnos.

—Sí, tendréis cosas que hacer —le dijo Sienna—. Brodie cuidará bien de mí.

Los acompañó hasta la puerta. Cuando volvió, ocupó el lugar que había dejado libre Camille, en el sofá.

—Gracias —pronunció muy serio.

—¿Gracias por qué?

—Por confiar en mí, a pesar de haberlo estropeado todo.

—Fue la policía quien lo estropeó. Y nadie habría podido imaginárselo.

—Debí haber sospechado que lo del incendio no podía ser una coincidencia. A partir de ahora, estaré a tu lado noche y día. Si tú me lo permites.

Sienna bajó la mirada a su taza vacía.

—Pronto te cansarás de ello.

—Nunca —le aseguró con tono ferviente, apasionado—. Jamás.

—Es algo que suele sucederles a los hombres.

—¿A los hombres, dices? —le tomó una mano y le dio un beso en la palma—. Deberías estar durmiendo ahora mismo, pero quiero hacerte una pregunta... ¿qué querías decir cuando me confesaste... que no confiabas en ti misma para no pegarte demasiado a mí? —le quitó la taza, tomándole la otra mano—. Habíamos empezado a hablar antes de que nos interrumpieran. Me abriste la puerta un poco, y no quiero que me la vuelvas a cerrar. Si no puedes decírmelo esta noche, podemos hablar mañana, o dentro de unos días... cuando hayas tenido tiempo de asimilar todo lo sucedido.

—Eso no hará las cosas más fáciles —repuso Sienna, con la mirada en sus manos enlazadas—. El caso es que... tú no sabes cómo soy.

—Te conozco lo suficiente para saber que quiero pasar el resto de mi vida contigo, aprendiendo a conocerte más. Cásate conmigo.

—¡Oh, Brodie! No puedo hacerte eso.

—Quieres decir que no me amas —le soltó las manos. Había dado demasiado por garantizado. Tal vez Sienna quisiera mantener relaciones sexuales con él, pero el matrimonio era algo muy distinto, que no figuraba en su agenda—. ¿Existe la posibilidad de que algún día puedas llegar a amarme?

—¿Una posibilidad? —soltó una carcajada nerviosa, casi histérica—. ¡No sabes lo que estás pidiendo!

—Claro que lo sé. Te estoy pidiendo a ti. Toda tú, para siempre. Porque te has apoderado de mi alma. Y, vayas donde vayas, llevarás mi corazón contigo.

—Y tú llevarás el mío —susurró con los ojos brillantes—. Pero...

Brodie tenía la sensación de que el corazón se le estaba saliendo del pecho. ¡Le había dicho que lo amaba! Casi furioso, inquirió:

—¿Entonces por qué no quieres casarte conmigo?

—Porque entonces... ya no podría perderte. Sería todavía peor que antes.

—¿Que antes de qué? —la tomó suavemente de los hombros—. ¡Dímelo, Sienna, maldita sea! Juntos podremos superarlo todo, si es que me amas de verdad. ¡No permitiré que vuelvas a esconderte debajo de ese maldito caparazón tuyo!

Sienna cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, hizo un esfuerzo inmenso por explicárselo todo.

—Después de la muerte de mi padre... mi madre se quedó tan consternada y traumatizada que apenas se ocupó de mi hermano y de mí. De alguna manera, yo siempre aspiré a encontrar el amor que mi padre me había arrebatado. Esperaba demasiado de los chicos, y a cambio siempre estaba dispuesta a darlo todo. Pero ellos eran jóvenes y egoístas, y yo, que también era joven, no me daba cuenta. Me... entregaba demasiado.

—A mí no me sorprende.

—Por supuesto, no es que me acostara con uno diferente cada fin de semana. No. Pero me sentía perdida y desorientada, como si estuviera buscando algo que nadie podía darme. Todos acababan dejándome, de una manera u otra.

—¿Así que decidiste que todos los hombres éramos iguales?

—Sabía que no. Aún tenía esperanzas... y hace unos años conocí a un hombre poco mayor que yo, que parecía amarme de verdad. Estuvimos juntos seis meses... hasta que descubrí que se había estado viendo con mi mejor amiga —intentó sonreír, pero no pudo—. Suena tan tópico... Mi novio y mi mejor amiga. Me quedé destrozada. Así que dejé de salir, hasta que estando en segundo año de universidad, mi profesor...

—¿Tu profesor?

—Un hombre mayor que yo, por supuesto, pero no tanto. Me halagaba, me estimulaba a estudiar, me decía que tenía un gran futuro. Cuando ahora pienso en ello, me doy cuenta de la sutil condescendencia con que me trataba, pero en aquel entonces me parecía algo maravilloso. Era mi mentor, mi maestro, lo admiraba, y él hacía que me sintiera especial, querida... Recuerdo una vez que estábamos en un yacimiento y se puso a llover. Me ofreció su impermeable, insistió en que me lo pusiera aunque él se estaba empapando —esbozó una sonrisa irónica—. Estaba estupendo con la camisa mojada. Yo era joven e ingenua y... habría hecho cualquier cosa por él.

—¿Llegaste a hacerlo? —le preguntó Brodie.

—Sí. Fuimos amantes durante todo un semestre.

—¿Estaba casado?

—No, divorciado. Dos veces. Eso debería haberme puesto sobre aviso, pero yo tenía veinte años y no era muy inteligente fuera de las clases.

—¿Qué sucedió al final de aquel semestre?

—Me dejó. Yo no podía creer que nuestra relación hubiera terminado, no entendía por qué. Me humillé ante él: supliqué, lloré, asumí toda la culpa de la ruptura, le rogué que me dijera lo que tenía

que hacer para corregirme... Al final, me dijo que lo único que podía hacer por él era dejarlo en paz. Estaba harto de mí, decía que me había pegado a él como una lapa pegajosa, que no tenía ni tiempo ni ganas de bregar con mis inseguridades. Durante el siguiente semestre, me enteré de que estaba saliendo con otra alumna.

—¿Lo tenía por costumbre?

—No lo sé. Quizá. El caso es que estaba en lo cierto respecto a mí. Yo era un blanco muy fácil para cualquier hombre que me ofreciera un poco de cariño y de seguridad. No era el sexo lo que me importaba. Eran todas aquellas otras cosas que echaba de menos desde que mi padre se marchó de casa y mi madre renunció a ser feliz. Patético, ¿verdad? Un típico caso de manual de psicología. Una vez que tomé conciencia de ello, resolví alejarme de los hombres que me recordaban de alguna forma a mi padre, sobre todo de aquéllos que tenían un carácter protector. Para entonces ya conocía mi debilidad. Aprendí a cuidar de mí misma, y a no esperar que nadie más lo hiciera. Posteriormente, cuando te conocí, saltó la alarma.

—¿Yo te recuerdo a tu padre?

—Era muy guapo. Gustaba mucho a las mujeres. Y a él también le gustaban mucho. Demasiado, tal y como tuvo oportunidad de descubrir mi madre.

—Yo nunca he engañado a ninguna mujer —declaró Brodie, disimulando su indignación—. Y, ciertamente, jamás engañaría a mi esposa.

—Ya lo sé. Tú no eres como mi padre. Pero tal vez te arrepintieras de casarte con una mujer que te hiciera sentirte atrapado, agobiado... si se apoyase demasiado en ti, o te pidiera demasiado... Quizá, en ese caso, terminarías cansándote de ella.

—Tú nunca me has pedido demasiado, Sienna.

Le brillaban los ojos por las lágrimas. Casi en un susurro, pronunció:

—No te puedes imaginar con cuánta desesperación me gustaría creer eso. Es un gran riesgo.

—Yo estoy acostumbrado a los riesgos, disfruto con ellos. Por supuesto que quiero cuidarte y protegerte, pero diablos, ¿crees que

no sé que eres perfectamente capaz de cuidar de ti misma? Acuérdate de cuando le lanzaste ese ácido a Conran. Te salvaste a ti misma y nos salvaste a todos. Mira, cuando quieras apoyarte en mí, hazlo con entera libertad. Y puede que yo también me apoye de vez en cuando en ti. Eres lo suficientemente fuerte para ello.

—¿Yo, fuerte? —inquirió, sorprendida—. ¿Cuándo habrías de tener tú la necesidad de recurrir, de apoyarte en mí?

—Bajo el agua, por ejemplo —respondió Brodie—. Tú sabes perfectamente lo mucho que un buceador depende de otro cuando surge algún problema. Es un sentimiento de doble vía, como el matrimonio...

Sienna ya no pudo resistirse más y lo abrazó.

—¿Te das cuenta de que me acabas de invitar a que me pegue a ti? Te lo advertí, ya nunca más te volveré a soltar. Te quiero...

—Dímelo otra vez. Porque yo tampoco pretendo separarme de ti. Jamás en la vida.

Tres semanas después, se casaban en la capilla de Mokohina. Camille ocupó su lugar como dama de honor, y Rogan el suyo como padrino mientras Sienna avanzaba hacia el altar del brazo de su hermano. Como anillo de compromiso, Brodie le había regalado uno de los preciosos hallazgos del *Maiden's Prayer*, un anillo de oro con un granate rodeado de diamantes.

Al banquete nupcial celebrado en el restaurante del Hotel Imperial asistieron los amigos buceadores de Brodie, que acribillaron a bromas a la pareja.

—No les hagas caso —le dijo Camille a Sienna—. Tienen envidia.

Mollie Edwards los felicitó efusivamente.

—Me alegro tanto de que sigieras mi consejo y te incorporaras al equipo... —exclamó, radiante.

—Yo también —comentó Brodie, tomando a su esposa de la cintura.

—Aunque supongo que cuando ese hombre tan horrible os atacó, seguro que tuvisteis vuestras dudas... —continuó Mollie—. Pero ahora estáis a salvo, con ese Conran en prisión, junto a sus esbirros... ¡Y ese Joe! ¿Cómo pudo traicionaros así? Bueno, en cualquier caso, al

final todo ha terminado bien. ¿Os dais cuenta de que los dos jamás os habrías conocido de no haber sido por el tesoro de Barney? Brodie es un gran muchacho —le dijo a Sienna—. ¡Cuídalo bien!

—Desde luego —le prometió Sienna, riendo—. Toda mi vida.

* * *

Días más tarde, Brodie y Sienna buceaban juntos en una solitaria cala de Parakeo, a pulmón, sin bombonas o aletas que les estorbasen.

Sienna emergió primero. Relajándose, se puso a flotar de espaldas.

—¿Has disfrutado de tu luna de miel? —le preguntó él.

—Mmmm... —cerró los ojos, disfrutando de la caricia del sol en los párpados.

Algo le tocó los labios, cálido y salado, arrancándole una sonrisa. Brodie la besó de nuevo y ella le devolvió el beso, abrazándolo. Entrelazados sus miembros, se hundieron juntos.

Volvieron a emerger, riendo.

—¿Quieres volver a la playa?

Sienna asintió. Había comprendido el elocuente mensaje de su mirada. Nadaron hasta la estrecha banda de arena salpicada de palmeras.

Brodie se despojó del bañador y ayudó a Sienna a quitarse el bikini. Se tumbaron en la arena. Acurrucándose contra él, apoyó la mejilla sobre su pecho.

—¿Sabes? Aquel profesor tuyo era un canalla. Se aprovechó de tu necesidad de cariño y te hizo creer que era culpa tuya. Eres fuerte e inteligente, y lo cierto es que, en realidad, no necesitas a nadie. Ni siquiera a mí. Eso sí, espero que me quieras durante el resto de tu vida...

—¡Claro que te quiero! —alzó la cabeza—. Siempre te he querido. Me resistí todo lo que pude, pero...

—No puedes resistirte al amor —repuso Brodie—. Estábamos destinados a encontrarnos.

Sienna se incorporó para cubrirle el pecho de besos. Sus respiraciones se aceleraron. Poco después se sentó a horcajadas sobre

él e hicieron nuevamente el amor. Se sentía feliz, ligera, como si estuviera flotando en otra dimensión donde el espacio y el tiempo carecieran de significado... y sólo existiera aquel misterio de los cuerpos fundidos en un sólo ser.

Saciada, agotada, enredó los dedos en su pelo.

—Contigo cada vez es mejor que la anterior —le confesó Brodie con voz ronca—. Jamás había imaginado que el sexo podía ser algo tan maravilloso.

—Yo tampoco —repuso Sienna—. La primera vez que nos vimos, te dije que ya me había enamorado antes. Te mentí. Jamás había sentido algo como esto. ¿Volvemos al agua?

Brodie le delineó los labios con un dedo antes de incorporarse para tomarla de la mano. Y nadaron juntos, zambulléndose en el mágico mundo submarino. En el futuro que los estaba esperando.

Fin